MANGANGÁ

1ª Edición, Buenos Aires 1927
2ª Edición, Santa Fe 1953

Queda hecho el depósito que previene la ley
Reservados todos los derechos

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINE

B. González Arrili

MANGANGÁ

(CUENTOS CRIOLLOS)

LIBRERÍA Y EDITORIAL CASTELLVÍ S.A.
SANTA FE — ARGENTINA

Mangangá

Poco más de medio siglo de vida, habíale cargado de hombros, blanqueado el cabello, gastado las articulaciones como a un octogenario. Ya no era sino una máquina sin una pieza intacta, que, al ponerse en marcha daba dentera, crujía, explotaba, falta de aceite en los muelles que suavizara su andar, descentrada... Un mecánico hubiera dicho de inmediato la verdad: excelente máquina maltratada que ya no valía la pena componer; mucho más barato y más seguro resultaría adquirir una nueva... Para completar el símil, digamos que habíasele borrado hasta la marca de fábrica: el nombre. ¿Cómo se llamó esta maquinita cuando funcionaba perfectamente? Llamábase... Nadie lo recuerda. Por más que se esfuercen, hasta los mismos viejos que lo conocieron de pequeñuelo, no pueden "hacer memoria". Transformado en una cosa zumbante, chirriante, pesada, la picardía popular lo bautizó con acierto: ¡Mangangá!

*

Como cualquiera, Mangangá tenía su historia. Fragmentada, llena de lagunas, conocíanla algunos en aquella ciudad entrerriana de la costa del Uru-

guay. En las tertulias, el forastero hallaba pronto quien se dispusiera a narrarla, a falta de tema mejor para pasar el rato. Existían, como se ha dicho, algunos viejos que lo conocieron en sus "buenos tiempos", antes del derrumbe... Es posible que un pueblo entero ignore cómo se alzó una torre flamante que hermosea el paisaje y alegra los espíritus, y es posible también, que nadie se aflija por su ignorancia, pero, no se conoce un solo caso de derrumbamiento que no interesara a todos y encontrara entre la muchedumbre un cronista decidido y entusiasta.

Mangangá había perdido su nombre en el camino, sin que a él mismo le importara gran cosa. Un día cayó preso en una comisaría lejana donde no lo conocían.

—Che, vos, decí... ¿cómo te llamás?, — le preguntaron.

—Mangangá... — respondió.

—¿Cómo?...

—Mangangá... — insistió.

Los "milicos" se echaron a reir. Uno escupió un chiste mordaz por entre sus bigotazos de foca. El comisario se sonrió complacido de que aquel a quien había creído uno de esos "lingheras" que infectan la campaña cuando no abunda el trabajo en las chacras, fuera un criollo borrachín e inofensivo.

—¿De dónde sos vos? — preguntóle.

—De ánde ví a ser... ¡De por ahí no más!

—Bueno, pero decilo, pues... ¿De dónde?

—Entrerriano... ¿No me lo está conociendo en los ojos?... Cha... Entrerriano... Primero de Villaguay..., endispués de Uruguay, de Gualeguay... guay... guay...

Le zumbaban las palabras en la boca antes de salir, de una manera tan rara que resultaba graciosa. Los "milicos" volvieron a reir.

—¡Mangangá! — tenía razón. — ¡Mangangá!... Y le repetían el apodo como un insulto.

*

Cuando nació, sus padres eran los dueños de dos o tres chacras. Como habían sudado y sufrido mucho, resolvieron educar a sus dos hijos varones en la ciudad, ayudándolos a subir unos cuantos peldaños de la escala social. Soñaban con los doctores que ganan el dinero sin llenarse las uñas de tierra, sin llenarse las manos de callos. En cuanto los "botijas" contaron con edad suficiente, el padre se los llevó a Concepción. Allí comenzaban a incubarse, por entonces, todos los doctores de la República.

Mangangá había cumplido sus doce años. Estaba de pupilo en una escuela particular, atendido por una viuda y su hija maestra. En esa escuela permaneció el muchacho cuatro inviernos. Los veranos los pasaba con su familia en las chacras. Terminadas las vacaciones regresaba a Uruguay todo apenado. Le agradaba la escuela, los estudios, pero mucho más le gustaba la vida libre en el campo. No obstante, obedecía, cumplía con su deber, complacía a los tatas...

Cuando ingresó al Colegio Nacional y se puso los primeros pantalones largos cortados por mano de sastre, una honda transformación espiritual borróle íntegro el paisaje nativo y le coloreó de diversa manera el alma. Se enamoró de la maestra, de la hija de la viuda de la escuela particular, donde aun continuaba como pensionista. El sumaba diez y siete años, era rubio, alto, casi buen mozo. Ya se afeitaba la pelusilla que le asomaba sobre el labio superior. Ya leía versos, los versos románticos que estaban de moda entonces. La maestra, Raquel, era justamente el doble más vieja; treinta y cuatro años cabales. Era una morocha

de ojos lindos, de boca gruesa, de voz suavecita, azucarada, acariciadora. Decían las malas lenguas... ¡Bah! decían lo que se dice en los pueblos chicos de todas las buenas mozas que se quedan solteras; unas historias confusas, mezcla de pequeños pecados y de insignificantes misterios...; unas historias que ayudan a la soltería, que la hacen eterna... ¡Quién se casa en pueblo chico con una muchacha con historia! En los pueblos las novias se eligen como los libros comerciales: en blanco. Si ya tiene un folio escrito, con una sola línea ocupada con el nombre de aquel a quien se abrió cuenta pero que no llegó a pedir nada, a deber un solo peso, el libro íntegro no sirve. Parece lo más natural. Cada comerciante escrupuloso desea llevar las cuentas claras. Además, el Código...

La señorita Raquel tardó mucho en enterarse de la pasión que ocupaba todo su tiempo al estudiante, casi un año demoró en comprender el significado de aquellas miradas bovinas que le clavaba su ex alumno durante el almuerzo y la comida; tardó un año en comprender el porqué dábale él a leer "para que se las corrigiera" páginas y más páginas llenas de líneas cortas, de versos balbucientes, de aquel silabeo un poco borroso en que sólo se entendía claramente el deseo de mirarse dentro de los ojos de una mujer morocha, de besar unos labios gordezuelos, de estar oyendo eternamente una voz dulce, suave, adormecedora...

Ella leía aquellos versos de su ex discípulo como una maestra lee la plana de un cuaderno, atenta a los errores, midiendo con los dedos las sílabas, cavilando seriamente sobre las consonantes y las asonantes, para luego devolverlos marcados con tinta roja, dando su opinión... El pobre muchacho poeta se desesperaba. Lagrimeaba. Rompía sus páginas llenas de versos, aquellos cantos a media voz, aquellos tarta-

mudeos infantiles de su amor por Raquel. Un día los versos le parecieron a la señorita maestra más difíciles que nunca y se confesó incapaz de corregirlos, de dar su opinión. Tenía un poco olvidada su preceptiva, no habíala estudiado más por ser materia inútil desde que abandonó la Escuela Normal. ¿Por qué no se los daba él a su profesor de literatura del colegio?... El muchacho, enrojecido, sudando, temblando, le dijo:

—¿El profesor?... ¿Y qué me importa a mí del profesor... y de la preceptiva?...

—¡Cómo!...

—Sí...; no me interesa nada la opinión del profesor. Estos versos..., estos versos los he escrito para usté..., para que usté me dé su opinión solamente.

Raquel comprendió entonces que su alumno... Se lo vió en los ojos húmedos de lágrimas, se lo vió en el sonido opaco, emocionado de la voz. No supo qué decir. Dos o tres minutos permanecieron uno frente al otro sin decirse una sola palabra. Al fin ella, reaccionando, procuró terminar con la enojosa escena:

—Bueno; déjemelos..., los volveré a leer... — y se marchó con los versos, dejando al muchacho en mitad de la sala toda llena por aquel sol alocado que se colaba por las ventanas que daban a la calle.

Y al otro día, como una vieja que calcula palabra por palabra las frases, habló diez minutos a solas con el estudiante enamorado. Razonó, explicó, fríamente, con la enorme sensatez de una mujer madura frente a un chiquillo. Mas, aquel chiquillo no entendía nada, no quiso comprender ni uno sola de todas las buenas razones de Raquel. Ella era la maestra frente al alumno un poquito crecido al que no hay que permitirle hacer determinadas locuras, pero él era ya un galancete enamorado perdidamente de la mujer que había tenido más al alcance de sus ojos y de sus pensamientos. Ella podía argumentar todo cuanto quisiera, pero

él con el tesón de los sinceramente encaprichados en su "primer amor" cerraba todas las entendederas, sin querer ver ni comprender nada.

Entonces ella contó a la madre lo que pasaba y llamaron al padre del estudiante para explicarle de la mejor manera la necesidad de que se lo llevara a otra casa de pensión...

El padre, cuando vino de su chacra y escuchó las un poquito embarulladas explicaciones de aquellas dos mujeres en las que él compendiaba todo el saber y toda la cordura oficial de escuelas y colegios, se enfureció. Lo que más ira inyectó a la mano con la cual sopapeó a su hijo en cuanto lo tuvo a solas, fué aquella terrible noticia de que, "en lugar de estudiar para hacerse gente, perdía el tiempo escribiendo versitos y pavadas".

El muchacho no pudo, —o no quiso,— soportar aquellos moquetes paternales y resolvió abandonar su Colegio Nacional e independizarse de toda tutela. Un amigo le dió unos pesos y con ellos se marchó de la ciudad.

Así empezó Mangangá...

*

La pobreza le obligó a hacer de todo. Fué empleado de comercio un par de meses; ayudante en una botica medio año; apuntador en una esquila; agregado a una estancia en calidad de amanuense, o cosa así, del mayordomo. Haragán siempre.

Unas enormes ganas de no hacer nada le machucaban la voluntad continuamente. Gustábale el baile, la taba, los naipes y las copas. Un cuarto de siglo tenía, apenas, y ya parecía un viejo. En sus pocos años aprendió una terrible verdad: ¡borracho olvidaba! Aquella imborrable imagen de la maestra, obsesio-

nante, martirizadora de su corazón, desaparecía a la quinta o sexta copa, y cuanta moneda obtenía gastábala en adquirir pedazos de olvido y fragmentos de su creciente idiotez...

La voz se le fué enronqueciendo más y más, hasta hacerse un zumbido. Todo él se fué desgonzando hasta chirriar, y así, en bien poco tiempo, convirtióse en el Mangangá popular, inofensivo, rezongón, mandria...

A veces, entre el humo oscuro de su memoria surgía el recuerdo de la señorita Raquel multiplicado en hermosura por la distancia y lo imposible...

*

Al paso de un overo maceta regresó a Uruguay después de muchos años. No se lo confesaba ni a sí mismo, pero lo llevó hasta allí, como "de tiro", el irresistible deseo de verla otra vez. La "señorita Raquel" ya no estaba en su escuela. Casada, hacía tiempo, con un chacarero viudo establecido en Basavilbaso, habíase marchado para allá después de sepultar a la madre, y no había regresado más. Tironeado otra vez de sus inconfesadas ansias, enderezó a su overo maceta camino de Basavilbaso. Antes, se fué a contemplar la casa de la escuela. Desde su montura, lo vieron algunos vecinos mirar y mirar el viejo caserón abandonado. Los yuyos se iban posesionando de todo. Invadían el zagúan y los dos patios. Se escurrían por los umbrales, asomaban por las cornisas, se echaban, cabeza abajo, en el brocal del pozo. Las lluvias y el sol habían desteñido las paredes, resquebrajado las puertas, agujereado los techos. Los gurises del barrio habían hecho añicos los vidrios y destrozado los frutales, como si las nuevas generaciones quisieran apresurar la desaparición de aquel "desasnadero" de sus padres y abuelos.

Estuvo Mangangá mucho tiempo frente a la puerta de la casa, sin reparar en la curiosidad que despertaba su presencia en algunos vecinos. Después taloneó a su overo y se marchó al paso hasta encontrar, calle abajo, camino del Puerto Viejo, el primer almacén. Desmontó. Gastó en copas cuatro reales y sin decir palabra, reanudó su viaje.

En Basavilbaso un bolichero fácilmente lo "puso en autos". Raquel ya no vivía. Al dar a luz su tercero o cuarto hijo, se fué, cansada del zoquete de marido que le había tocado en suerte. Estaba en el Camposanto de Uruguay. La llevaron hasta allí, cumpliendo su última voluntad, para enterrarla al lado de la madre.

Al pasito de su overo maceta Mangangá volvió a Uruguay. Se fué al Cementerio, buscó despacio, sin preguntar nada a los enterradores, la tumba de sus dos maestras, y al encontrarlas después de muchas vueltas, por última vez en su vida, se arrodilló. Dos lagrimones le cruzaron las mejillas sucias y se escondieron apresuradamente en la maraña de la barba.

El acrecentamiento de hermosura que daba al recuerdo de Raquel la distancia en el tiempo lo poetizaba, misterioso, la muerte.

*

A ratos trabajaba Mangangá para ganarse unos reales. Un año cayó a una chacra chiquita y pobre, de una viuda italiana que desesperaba de poder atender a su cosecha por habérsele marchado con intervalos de días su pobre marido enfermo y su único peón, dejándola cargada de hijos, de deudas y de angustias. Mangangá, falto de níqueles hacía medio mes que no bebía sus raciones de caña guindada, y un claro espacio de luz y de cordura se abría en su

cerebro, como hachazos de sol en la negrura de una selva. Se quedó con la viuda y trabajó cuanto pudo. Le ayudó a recoger el maíz, a embolsarlo y a venderlo. Mientras, en los descansos, le ayudó a cuidar los chicos, y compartía la mesa pobre, no como intruso sino como familiar. El mismo creyó que hacía muchos años que los conocía a todos, que vivía con ellos una existencia monótona de chacarero sin suerte y sin ambición. La viuda, resignada, contenta, imaginó en aquel barbado "crigoyo" el reemplazante necesario del pobre italiano muerto antes de tiempo. ¿Por qué no? Había que criar los hijos, cuidar el rancho, trabajar la tierra... Una tarde, en su media lengua, le explicó a Mangangá sus pensamientos. El pareció estar de acuerdo. Sonrió ante aquellos ensueños sencillos de la buena mujer que así le ofrecía todo cuanto tenía. ¡Cómo no! Trabajar la tierra; la tierra era, al fin, lo único noble que se encontraba en el mundo; devolvía con creces cuanto se le daba. Cuidar del crecimiento de aquellos chiquillos huérfanos; los muchachos eran la esperanza, los dueños del porvenir, los que realizarían todo cuanto no pudieron lograr sus padres... Conservar el rancho; cabalmente, un rancho era lo necesario para guarecerse de la intemperie cuando los huesos comenzaran a llevar con dolores el peso de la vida... Todo estaba bien, se quedaba.

*

Pero, al poco tiempo, todos los buenos propósitos desaparecieron de su voluntad. Vió oscurecerse otra vez la enmarañada vegetación de sus recuerdos, aflojársele los músculos, secársele la boca. Volvió a beber su ración de caña guindada, y en su naufragio sentimental, el dolor a empujarlo por los caminos, jinete de su overo maceta, buscando olvido...

Y así andaba, haragán que busca un mate al lado de cualquier rescoldo, una achura en no importa qué cocina, un rincón bajo un alero, para dormir, en el primer rancho a mano; siempre chirriante, zumbante, pesado: Mangangá...

"No te afijás..."

—Lo sabés de sobra... A mí me hubiese gustao cumplir, ser hombre de ley, "aprender a defender la patria" como nos gritaba un dos por tres aquel sargento Farías con su cara de sapo pisao..., pero...

Fidel alzaba sus ojos del suelo, fijábalos un instante en el recao donde apoyaba su brazo derecho, miraba luego el cuello erguido de su malacara, y al fin, hundía su mirar nostalgioso en la línea pareja de aquel horizonte campero, pampeano, donde no había nada que ver.

Su hermano viejo, — veinte años más viejo, — Juan José, estaba junto a él con las dos manos caídas a lo largo de su ancha bombacha de trabajo, contemplándose con profunda atención las alpargatas que tres meses antes fueran blancas.

Detrás de los dos, se levantaba, apenas, como animal dolorido, el rancho; cuatro estacas, barro y totoras. Unos arbolillos raquíticos, el corralito vacío, el pozo sin brocal y hasta tres perros flacos, señal de lo escasa de la ración diaria.

—Ya que l'has hecho!... — dijo mucho rato después Juan José.

—Natural, che... Ahura a disparar como cualquier bandido... Pero he de volver... No te aflijás...

—No, si no me aflijo... — respondió el hermano mayor procurando esconder sus deseos enormes de ponerse a llorar. — Si no me aflijo...; al fin... hay que ser hombre y hacer la pata ancha en la buena y en la mala, pero...

—¿Pero qué?... ¿Vos no hubieras hecho lo mismo?... ¿Decí?...

—No sé...

—No sabés... Bueno. Yo estaba dispuesto a cumplir. Cuando me llevaron al cuartel me olvidé qu'era Fidel Gómez, que tenía veinte años, qu'era juerte, qu'era hombre, que tenía ojos pá ver, oídos pá oír y corazón pá sentir... Lo sabés... Yo obedecía a todo como un perro. Nunca dije ni ¡ay!, ni cuando me molieron aquella vez a sablazos, porque me quedé dormido una tarde, a la siesta, debajo un carro. Yo decía, hay que ser varón, ¡caray! hay que ser varón... Y aguantaba. Lo único malo que hacía era ir contando los meses que faltaban pá volver a ser libre, igualito que un preso y contar de quince en quince los días que tardaba en ir a verme la Carmelinda, y saltease los quince en que demoraba en ir yo a visitarla, cuando me largaban franco... Ya vés... No; si de mí no tenían queja. Ni yo d'ellos; porque al fin, che, como te digo, ya sé que los hombres no se deben quejar, ¿no es así?... no se deben quejar ni anque los dueblen a hachazos...

—Dejuro, pues...

—¡Y bueno! ¿A quién meiba a quejar anque quisiera? ¡Al Papa! ¡Caray!... Todo, todito estaba bien menos eso que me hicieron al final.. ¡Qué los...! Porque si a mí me dejan el amor de la Carmelinda, yo no digo ni hago nada... Aguanto y ná más. Pero se me atraviesa en el camino ese teniente Robles, me la engatusa con su labia, me la visita cuando yo estoy encerrao, y... cuando hace lo que quiere y se cansa el "ni-

ño" la larga y se ríe d'ella y de mí... ¡Caray! Es cosa juerte pá tragar sin decir nada!

Se hizo un silencio que duró minutos. El malacara escarbaba con una mano en el suelo, y la tierra reseca sonaba como si debajo hubiera un hueco.

—¿Y, entonces, resertastes? — preguntó, por romper el silencio, Juan José.

—Sí, pues, reserté... Largué los chismes que me habían dao, me hice de un caballo y un cuchillo, y cuando volvía de la ciudad el teniente lo paré en mitá el camino... Estábamos solitos... Así lo quería ver al hombre! Le dije una cosa, ni sé... El pegó un salto pá atrás gritando: "Concristo, concristo Gómez, firme"... y peló el rególver... ¡Pchá que era maula! ¡Concristo! ¡Concristo! Qué embromar... Me le puse al lao. El tiró un tiro... a un carancho. Me le prendí de la nariz... y...

—¿Y?...

—¿Qué iba hacer? ¡Maula!... Lo degollé de un solo tajo... le quité el rególver, monté y me vine pá despedirme de vos... Pero, pá qué diablos quería yo ese chisme e rególver... Lo tiré al pasar la laguna...

—Y ahura sos resertor, ladrón y ases...

—¡Eh, no! Resertor y basta. Ladrón no he sido; el ladrón fué él, y asesino, tampoco, porque lo pelié de frente, como vos sabés que pelio... El "parte" dirá lo que les dé la gana. ¡Bah! ¡Pá lo que m'importa! A qué se meten a robarle el cariño a un gaucho pobre, aprovechando que lo tienen embretao y a oscuras. ¡Caray!...

—¿Y ahura?...

—Ahura me voy pá el lao de la costa. Pienso yegar mañana al alba... Por este malacara y el apero algún botero me ha de pasar a la otra banda... ¿No?... y allí haré lo que se tercie... Pero he de volver... no te aflijás...

—No, si no me aflijo...

Juan José estuvo arañando con sus fuertes uñas de gancho el interior del descolorido tirador. Sacó unos pocos pesos, arrugaditos y los entregó al "resertor".

—Tomá, no tengo más qu'eso...

—Bueno, viejo... me sobran... Al fin, sos el único que me queda pá querer... No te aflijás... Yo t'he de hacer escrebir por cualquier pulpero. Yo he de volver...

Se dieron un abrazo flojo, las manos en los hombros, mirándose a las caras barbudas.

—No te aflijás... He de volver...

—Dios te oiga, Fidel... Dios te oiga...

El "resertor" montó de un brinco, sin estribar, y el malacara arrancó a galopar, rumbo a la costa.

La línea pareja del horizonte se llenaba de tinta. Oscurecía.

Juan José secóse una lágrima con la mano vuelta. Y los tres perros flacos ladraron mirando a lo lejos, algo que ellos solos veían.

La fea

La cara larga, angulosa, verdiamarilla; la boca, al abrirse sus labios finos, mostraban unas encías pálidas y los dientes en despareja avanzada, al cerrarse, apenas eran el tajo de una herida sin sangre, poco más arriba de la barbilla en punta, agresiva; los ojillos, verdosos, pequeñitos, lamparillas a media luz; la frente, angosta y llena de surcos como uno de esos caminos utilizados para ganar tiempo, hecho a la buena de Dios por todos los que se atreven a salir del carril grande dispuesto a llegar unos minutos antes al pueblo o a la estación; el pelo, azulado de puro negro, lacio, alborotado hacia la coronilla; todo su cuerpo delgado, mediano, estirábase al caminar, dando la ilusión de ser gomoso. Así era la fea. Llamábanla fea comúnmente; en los enojos, fiera, y rara vez, con leve dejo de cariño, feíta. Sus mismos padres, mientras vivió con ellos, no supieron llamarla de otro modo.

—Che, fea, —gritábale el tata al amanecer—. A ver si te levantás y me cebás unos mates...

Y a eso de las ocho de la mañana, gritábale la madre, desde la puerta sin puerta de la cocina:

—¡Fea!, ¡Fea!... Apurate con esas gallinas que tenés que ayudarme a amasar...

Y a las nueve:

—¡Pero fea! ¡Tenés un chiquito e'vergüenza! Media mañana y entoavía no le has pasao la escoba al corredor...

Y a las diez:

—¡Fea del diablo! Te voy a quebrar un güeso si no te apurás!... ¡Haragana!... ¡Pulguienta!... ¡Fiera!

Y a las once, otra vez el padre, de vuelta de trabajar en los surcos, todo sudado como un buey:

—Che, fea..., a ver si me cebás unos mates para entretener las tripas...

Y se cruzaba, invariable, —como la realidad espinuda en un sueño de rosas,— el chillido materno:

—¡Esperate, Juan! ¡Qué embromar con tanto mate! Ya va estar la comida, pues... ¡Fea..., Feaa! ¿Dónde se meterá esa chiquilina de porquería? ¡Fea!... Ponéle la mesa a tu tata...

Fea en su casa y fea en casa ajena, como a cualquiera ternera guacha, ella misma tenía olvidado su nombre de pila. Costóle un gran esfuerzo mental cada una de las poquísimas veces que necesitó dar su nombre; Julia, —Julia Riogrande— por que ella, para ella misma no era más que la fea, la muchacha flaca y desgarbada que arrastraba sus veinte años como si cada uno de ellos le pesara por tres, la insignificante mujer que íbase poniendo vieja sin abandonar su condición de chiquilina y sin librarse de aquella mortificante postura de blanco sobre el que ensayaban su mala puntería todos los de su casa y todos los de las casas vecinas, los otros chacareros que trabajaban la tierra desde el alba a la oración y descansaban en aquellos ranchos sucios, en aquellos galpones de ladrillo y cinc diseminados aquí y allí en el campo chato y triste...

Julia fué poco a poco acobardándose como "mancarrón maltratao". Al avanzar en la vida parecía retroceder, antes de tiempo, hacia la infancia. A fuerza de gritos, pellizcos y empujones, todo infundíale mie-

do, un temor pueril, un acoquinamiento temblloroso, y con lágrimas.

—¡Apúrate muchacha que se te va a venir la noche antes de que acabés! — gritábale la madre y la fea encorvada sobre la batea llena de trapos sucios y de agua oscura coronada de espuma de jabón, miraba el lejanísimo horizonte tinto en violeta, volvía a contemplar toda la ropa que aun le faltaba enjuagar y tender, y poníase a llorar de miedo de que cerrara la noche antes de que sus manos flojas, —ya le dolían las muñecas como si se abrieran—, pudieran dar término a la tarea.

—Mire, tata, —gritaba una noche su único hermano Juancito—; mire tata a esta chiquilina de... cuánto tarda pá hervir l'agua...

Y la fea, hecha un cuatro frente al fogón de ladrillos, soplaba y soplaba dos tizones queriéndolos avivar antes de que se enojara el padre. Pero las instancias del hermano provocaban al viejo y ya comenzaba a oírse su vozarrón:

—Cha qu'es inútil ¡Ya no vale ni lo poco que come!...

Y al instante, como un eco, el agudo chillido de la madre:

—Eso porque le hacemos todos los gustos... Cada vez más mal criada, hasta que un día yo le quiebre los güesos, y entonces...

—Servirá menos que áhura...

Julia continuaba soplando, llenándose la carita de ceniza, desesperadamente. Con el rabillo del ojo miraba al hermano y veíalo sonreír, contento de haber desatado la tormenta. Las lágrimas le encharcaban los ojos, las mejillas descarnadas, las comisuras de sus labios finos. Soplaba, soplaba, hecha un cuatro frente a la hornalla del fogón. Los tizones se avivaban un poco; comenzaba a humear la calderita; nubecillas de ce-

niza, tal cual chispa, se alzaban frente a la cara enrojecida y mojada de la fea...

Su padre parecía el más bruto de toda la familia, pero era el menos malo. Alguna vez sentía en su pecho un leve escozor y entonces se decía en voz baja:

—¡Pobre muchacha! ¡Qué va hacer cuando nosotros le faltemos... Porque, quién me la va a querer a la pobrecita con esa cara y con ese cuerpo... ¡caray!

Después de decirse esas palabras azucaraba un poco las que le dirigía a su hija y en vez de llamarla fea llamábala feíta. Eso era todo.

Necesitó sentirse morir para acordarse que a su hija habíanla bautizado y puesto nombre cristiano. Una mañana ataba a la chata sus dos caballos grandotes y peludos, cuando a uno de ellos, al Sucio, se le ocurrió dar salida al mal humor sin duda amontonado durante la noche pasada en el corral sin un solo bocado de pasto. Dió el Sucio en no dejarse atar. Don Juar gritó en cuantos tonos pudo todas las zafadurías que sabía, hasta que, volados los pájaros, comenzó a castigar al animal con la gruesa cadena de uno de los "tiros". El Sucio no se conformó, como otras veces, con aquellos bárbaros cadenazos y coceó. Dos patadas parejitas dieron de lleno en el pecho del malhumorado chacarero... Cuando lo alzaron, a duras penas, para llevarlo hasta la cama, echaba sangre por la boca. Juancito salió al galope, en busca de un médico o un curandero. Su mujer, toda azorada, se fué a la cocina a preparar uno de sus inofensivos emplastos. La fea se quedó allí, frente a la cama, con los ojos desorbitados por el miedo, llorando. Fué entonces cuando el herido, que sólo abrió la boca para maldecir, dijo sus postreras palabras y oyó ella por vez primera que la llamaba por su nombre:

—Julia... Ju-li-ta... a-gua...

Salió corriendo, elástica, felina. Cuando regresó al instante, con el jarro enlozado lleno de los negros redondeles de las cascaduras, don Juan había dejado de penar. Un hilillo de sangre le acuchillaba una de sus mejillas negriazuladas por los cañones de la barba...

Desaparecido el padre, la casa comenzó a hacer agua como una barca vieja donde no hay quien achique. Al año, poco más o menos, enterraron también a la madre, harta de dar alaridos. Parecía mentira, que, muerta, mientras la velaban, no diera orden a gritos para que la fea despabilara a tiempo los cuatro cirios...

*

¿Dónde fué a parar la fea con su carita de animalito asustado? Dos semanas quedó sola en su casa en espera del hermano. Cuando éste regresó del pueblo resolvió que ella se marchara a casa de la tía Remedios, una vieja hermana de la madre que vivía en el suburbio del pueblo más cercano, con su hija Fabia.

Allá fué la fea, temblando. Pocas veces habíase encontrado frente a la tía Remedios, pero recordábala con el terror de un niño que espera ver salir a un ogro de cada cuarto oscuro. La tía Remedios era muy vieja, muy mala y muy sorda. Su maldad convertida en grasa, dábale aspecto de montaña. Pesaba más de quince arrobas. Al hablar chillaba de una manera desapacible, como casi todos los sordos. Los ojillos pequeños y escondidos entre los vejigones fláccidos que los rodeaban, no eran más que un punto fosforescente sobre dos líneas enrojecidas y repugnantes. Al despegar los labios hundidos, escapaban dos o tres dientes y colmillos negros, a punto de caerse. Movía incesantemente unas manoplas velludas, de dedos achorizados, con un gastado anillo de plata en uno de los meñiques. Al ca-

minar, tarda, desbordantes adiposidades temblequeaban hacia adelante y hacia atrás. Su hija, ni menos gruesa, ni menos fea, ni menos mala, era la "propia estampa" de la madre, con la única ventaja de ser cuarenta años más joven. Ambas tenían fama en el pueblo de brujas, y de esa fama obtenían suficiente provecho para vivir. No pasaba un día sin que llegara hasta su casucha maloliente algún crédulo campirano que buscaba remediarse males físicos; alguna pobre muchacha que deseaba hacerse amar enloquecedoramente por su galán "medio tibio"; alguna madre con su pequeñuelo "empachao"; tal cual viejo con el caballo "abichao", las vacas tristes o las ovejas con sarna... Para todos tenía la vieja su receta, y por todo cobraba la vieja sus monedas...

Allí fué a parar la fea, temblando, llena de lágrimas en los ojos y en el pecho. Su casa, su casa resonante de gritos y rezongos, de empujones y moquetes, era el paraíso comparado con el tugurio de la bruja. El alma de la fea se ahogaba en tristeza, en angustia, en dolor indecible, y le apretaba el pecho, hasta ahogarla. La tía sorda chillaba sus palabras de una manera horripilante, pero su hija miraba a Julia con unos ojos tan afilados que entrábanle hasta los entresijos, la fascinaban, la idiotizaban. Cuando lograba volver en sí, un dolor en la nuca le acuciaba el llanto, el deseo insoportable de llorar a gritos...

La bruja, entonces, preparaba un té de yerbas campestres, maravilloso. Tragado a la fuerza, presa por las cuatro manoplas temibles, Julia caía en sopor, y casi desnuda y en agosto, sudaba hasta dejar humedecidas las bolsas que servíanle de colchón, en un ángulo de la sucia cocina.

Un oscurecer, su angustia la empujó hacia la calle. Caminó, caminó... íbanse doblando las piernas flacas y en el cerebro, su debilidad le daba vueltas, como

una rueda de humo, cegándola. Las alpargatas deshechas golpeaban, secas, en sus plantas y sobre la tierra. El corazón, igual que las alpargatas, a cada paso pegaba un golpecito, plano, sordo, se diría que polvoriento.

La fea, caminó, caminó, hasta encontrarse en pleno campo, sobre el carril grande que serpenteaba entre los alambrados, hacia el ocaso, un ocaso de sangre vieja que se torna violácea, que se va ennegreciendo...

Casi arrodillándose, llegó hasta el rancho de la primera chacra. Diez perros flacos y dientudos saliéronle a ladrar, y ella sonrió, sin miedo. Aunque hubiéronla mordido, podía ella computar sus dentelladas por caricias; tan rota llevaba el alma...

Allí durmió, bajo el corredor, sobre unos cueros vacunos, más duros que tablas. Una taza de leche hervida y un gran pedazo de pan casero, la reconfortaron. A la otra mañana, después de ofrecerse como sirvienta y no ser aceptada por culpa de la pobreza de aquellos tamberos en la mala, reanudó su camino, bajo el sol, acariciada por un vientecillo perfumado, temerosa de encontrarse con las brujas...

A media tarde, otra vez rendida y hambrienta, pasó por el camino frente a su casa vacía. Un solo perro, el "barroso" merodeaba por allí, no decidido aun a apartarse de su querencia. Al ver a Julia, el "barroso" brincó y ladró de alegría, batiendo su larga cola llena de cicatrices, buscando las manos de la fea para lamerlas.

Poco antes de oscurecer Julia llegó a "las casas" de José Ferro, el más rico de por allí. Su mujer, la verdadera dueña, pues nadie movíase sin su permiso, era una vieja italiana, algo rezongona pero de excelente corazón. El último episodio de la historia de la fea, que ella misma le narró entrecortada por los suspiros, la conmovió, y como doña Filomena, madre de

ocho hijos varones necesitaba de una mujer que la acompañara, se quedó con ella.

El "barroso" que la seguía, debió sostener algunas escaramuzas con los perros de la casa, dar y recibir varios tarascones, antes de poder considerarse incorporado a la perrada de Ferro.

*

Al mes, la fea ya no era tan fea. Un poquito de más carne sobre sus huesos, un poquito más de tranquilidad sobre su espíritu, obraron el milagro.

José Ferro y su mujer, doña Filomena, —ya se dijo,— tenían ocho hijos varones. Los dos primeros, casados, ocupaban chacras más o menos cercanas y se les veía por la paterna únicamente cuando necesitaban pedir algo: plata, bueyes, un arado a préstamo. El tercero de los hijos estaba en el pueblo empleado en un almacén, el cuarto era milico, "gancho", el quinto y el sexto ayudaban al padre en los trabajos de la chacra, llamábanse Felipe y Marcelino; el séptimo era un vago que nunca sabíase con certeza dónde estaba y de qué vivía; el octavo apenas sumaba doce años y ayudaba a la madre los ratos que no entretenía en jugar con los perros, buscar nidos o matar sapos.

Al único que la fea túvole miedo desde que lo vió fué a Felipe. Un miedo raro, distinto en su origen y en su desarrollo a cuantos miedos experimentara durante su vida, pero idéntico a todos en su desenlace, un desenlace de suspiros y de lágrimas...

Era Felipe el más bien plantado de los hijos del matrimonio Ferro. Alto, rubio, coloradote. El más serio y trabajador; el más callado y respetuoso.

Un mes iba corrido desde que llegara a "las casas" la fea y apenas habíale dirigido la palabra dos veces, la primera para preguntarle qué sabía del her-

mano desaparecido del pago desde la muerte de la madre, y la segunda para pedirle que le estirara con la plancha un pañuelo de cuello. Conforme con la resolución de doña Filomena de dar un lugar a la fea al lado de ellos para que le sirviera de ayudanta y compañera, la presencia de aquella muchacha no le llamó a Felipe la atención en lo más mínimo. En cambio, para ella, la presencia de él irradiaba como una fuerza que tan pronto la atraía como la rechazaba, siempre temblando. Todo era verlo regresar de su rudo trabajo en la tierra, al medio día o al atardecer, y perder la serenidad que por ventura encontrara desde su llegada a la chacra. Si lo tenía cerca ya "no daba pie con bola" y los ojos se le hacían chicos para mirarlo una y otra vez, de arriba abajo, de costado y de frente. Nadie parecía enterarse, por suerte, de la situación incómoda en que poníase la fea al ver a Felipe; nadie, ni Felipe mismo. Ella esforzábase por mantenerse serena, por desechar aquel extraño miedo, por librarse de tan embargadora emoción. Procuraba hundirse en la tarea que estuviera realizando, como si así lograra escapar al hechizo. Lográbalo sólo a medias. Su afán por apartar de los ojos la figura de Felipe parecía meterla más adentro, entrarse por las pupilas verdosas y pequeñitas, agazaparse allí durante todo el día y esperar la noche propicia para reaparecer fulgurante en cuanto ella se echaba sobre su catre y buscaba el sueño remolón, el sueño que demoraba un par de horas en llegar.

Una noche, lo vió, en lo oscuro, de pie al lado de su catre, contemplándola. La pobre fea tembló toda, bajo las mantas y necesitó llevarse las manos a la cara, apretarse fuertemente los párpados, para borrar la visión. Otra noche túvole sentado a los pies, pero la noche de su terror máximo, la noche en que

la fea lloró más, fué aquella en que Felipe vino hasta su catre, sentóse en él, tomóle una mano, estuvo acariciándola largo rato y luego díjole con una voz suavísima:

—¡Fea!, ¡Feíta! Te quiero...

A la otra mañana, muerta de cansancio, toda ojerosa, levantóse como siempre, al amanecer. Fuése al fogón. Dió fuego con charamuscas a unas ramas secas. Puso sobre ellas la caldera chica y estaba desocupando el mate de la cebadura del día anterior, cuando vió venir a Felipe encajándose la boina sobre la cabeza greñuda. Y aquella fué la tercera vez que la habló:

—¿Ya va estar ño Mateo?...

Ella, ¡caramba!, tembló como una hoja antes de responder:

—Sí, ya va estar...

Y se quedó contemplándolo, como alucinada, el mate en una mano, la bombilla en la otra.

Felipe no reparó mayormente en ella; tomó de una pata a un banco y fuése a sentar frente a la puerta de la oscurecida cocina.

Gradualmente crecía la luz. Los pájaros daban comienzo a su salutación matinal.

Un rato después, "ño Mateo" fue a parar a manos de Felipe sin saber cómo.

El mozo dió la primera chupada y exclamó, arrugando mucho la cara:

—...cha q'está fiero!... Toditos los paraguayos boyando... y l'agua helada...

Aquellas palabras le dolieron a Julia más que si le chicotearan el corazón.

Esperaba ella, seguramente, que de los labios de Felipe brotara alguna palabra, —media palabra aunque más no fuera,— que viniera a confirmarle aquellas encantadoras que oyera pronunciar durante el

insomnio de la noche, al Felipe de sus visiones, cuando aquel inesperado ...chá qu'está fiero! le derrumbaba de un solo empellón la montaña íntegra. ¿Qué podía hacer en tan duro trance la apocada muchacha? Llorar. En seguida de irse de la cocina Felipe, después de haberse chupado una docena de amargos cebados por él mismo, fué Julia hasta el galpón donde se guardaban unas cuantas bolsas de maíz y de papas, la jardinera, algunos trebejos de labranza y las gallinas cluecas, y apoyándose sobre unos cajones vacíos dió libertad a su dolor. Allí se estuvo hasta que vino en su busca doña Filomena, cansada de revisar todos los rincones:

—¡Che! ¡Ma che, Culia!...

Ella se disculpó, el delantal apretado fuertemente con ambas manos sobre la cara, más verdiamarilla que nunca:

—¡Las muelas..., no puedo más...; las muelas!

Y para que doña Filomena la dejara continuar su lloro sobre el catre, debió permitir que la buena mujer le aplicara tres o cuatro cataplasmas de "ceniza caliente" y llenarse la boca varias veces de aquella famosa infusión de amapola que calmaba al instante todo dolor... menos el dolor de amar, el único que la desdichada sufría...

*

Desde aquella mañana Julia procuraba no encontrarse con Felipe. Unas gotas de despecho mezclábanse a su cariño por el mozo, pero bien pronto se diluyeron, perdiéndose. Sólo le veía en la ancha cocina a las horas de las comidas. Ella miraba entonces deliberadamente a Marcelino o a doña Filomena, pero los ojos solos, a pesar de sus propósitos, se refugiaban en la cara colorada del rubio Felipe, siempre

tan despreocupado de la presencia de la fea que dábanle a ésta más de una vez deseos de advertírselo arrojándole una de las muchas bolillas de miga de pan que iba confeccionando con un solo dedo sobre la tabla bien cepillada de la mesa de pino.

Durante el día, Julia se contraía tozudamente a sus múltiples tareas domésticas con el ánimo dispuesto a olvidar. Su movediza inquietud obligaba a realizar maravillas a su cuerpecillo delgado y elástico, y como era precisamente a las horas del yantar que poníasele por delante Felipe, y con él un mazacote en la garganta, apenas daba ella a su estómago el alimento necesario. Volvió con eso a enflaquecer mucho, perdiendo aquella poquita carne que revistió sus huesos durante los primeros días de permanencia en la chacra de Ferro. Al hundirse y afilarse las cuencas de sus ojos, parecieron agrandarse éstos y aumentar el verdesucio de su color. La cara tornó a ponerse amarillenta ya definitivamente desaparecido el leve rosado de las mejillas; los labios acuchillados, al apretarse en el gesto doloroso del que se esfuerza por no sollozar, dejaban irse a la barbilla afilada, hacia adelante, agresiva como nunca.

Regalo de doña Filomena era un espejo medio empañado, encuadrado en hojalata toda dorada y florecida. En él, día a día, contemplaba su fealdad la pobre muchacha y acrecía con ello su recóndito dolor. Si ella, como alguna muchacha que conoció en el pueblo, fuera un poquito más regordeta y no tuviera aquella cara, Felipe, al mirarla, —pensaba,— hubiera pronunciado las soñadas palabras que ella esperó... Pero, condenada a seguir sufriendo, a privarse de lo poco que ella quería del mundo, aquel trozo de vidrio medio empapado iba cada vez convenciéndola un poquito más de que era demasiado fea. Y un día dejó caer el espejo sobre los ladrillos

del piso... Trajo, después, la media lata que servía de pala y el escobillón de hojas secas; recogió los trozos de vidrio y fué a llevarlos al pozo, junto al gallinero, donde se arrojaban las basuras...

No por quedarse sin el espejo, dejó de verse. Dos vidrios conservaba la puerta del dormitorio de Ferro; la lámpara "nueva" del comedor tenía un redondo reflector de lata brillante y en el fondo del pozo de balde, al medio día, cuando el sol se derrama perpendicularmente por el negro agujero hasta el agua, bastaba con asomarse sobre el húmedo brocal para verse allá en lo hondo... Pero, ¿para qué quería verse? ¿Para averiguar lo que se tenía sabido de memoria?

Paulatinamente su escondido dolor la doblegaba. El arco de sus espaldas pronunciábase cada día más, y en lo interior, en el pecho enjuto, de tiempo en tiempo, su corazón alpargateaba, como ella misma sus chancletas, sobre la tierra endurecida, sonando a hueco y levantando polvo.

En los atardeceres, dilatados sobre los campos planos, llegaba al máximo su angustia de mujer sola, ahogada en suspiros por un amor imposible, y al cerrar la noche, sobre su cuerpecillo endeble parecía desplomarse una cordillera de penas.

*

Enloquecida, una de esas noches, cuando todos dormían, abandonó su catre. Salió al corredor, descalza, sin hacer ruido. Cruzó el patio y llegó hasta la puerta abierta del cuarto donde Felipe dormía. Iba a entrar, buscándolo, cuando paralizóla de terror el lengüetazo que en una mano le dió el "barroso". Luego, arrodillándose en el umbral de tablas alzó sus

dos manos unidas como si fuera a rezar. Y comenzó a llamarlo:

—Felipe..., Felipe..., Fe-li-pe...

El silencio nocturno era absoluto. Cuando entre sus palabras se abría un espacio, claramente percibíase el alentar del perro y la respiración, trémula, de ella.

—Felipe..., Fe-li-pe... — volvió a decir algo más fuerte.

Dentro de la habitación, oyóse al rato, un ruido de viejos elásticos y apareció en la puerta, restregándose los ojos con las manos vueltas, Marcelino.

—Pero, che, ¿qué estás haciendo? ¡Avisá! ¿Qué te pasa?... Fea del diablo... Pero, che...

La fea, esperaba ver aparecer a Felipe, —hombre, sin duda, de sueño mucho más pesado que el hermano,— agrandó desmesuradamente los ojos al encontrarse frente a Marcelino, y sin poderlo evitar, al querer ponerse de pie para huir, rodó por el suelo, hecha un ovillo.

—Pero, ¡caray! ¡qué le ocurre a la fiera!... ¡La gran perra! A ver, che, Felipe..., levantáte...; vení a ver. ¡Caray! que la...! ¿Dónde has metío los fósforos... Felipe? A ver... Levantáte... Dónde has puestos los fósforos... A ver, pues...

*

Afuera, bajo un resplandor tenue de luna, bajo un mezquino titilar de estrellas, en el silencio de la noche, el "barroso" lamía y lamía la cara helada de la fea hecha un ovillo sobre la tierra endurecida.

El estericao

¿De dónde le nacía aquella rabia que, a veces, le machucaba el pecho, la cabeza, los ojos, para quedarse, al fin, temblando en la punta de los dientes? ¿Qué querían morder sus dientes? ¿El pañuelo, la manga de su blusita de merino negro, su mano cerrada en puño inútil?

Era una pura rabia sin motivo que se amanecía con él, que lo estaba rondando el día entero, y, no contento con eso, como si fuera poco, caray, aún lo desvelaba hasta la media noche, como a un afiebrado. Era una pura rabia de enfermo, mechada con caprichos de mujer y colerines de infante, sin porqué, al "ñudo", para hacerlo sufrir no más, como a cualquier infeliz endemoniado desde la cuna.

Los días en que Dios quería dejarlo resollar, pensaba el pobre en el Destino, persona o cosa de la que oyera hablar sin enterarse satisfactoriamente nunca, algo así como un cuento de fogón narrado con misterios indescifrables por uno de esos forasteros barbudos, desconocidos, que "saben llegar hasta las casas" de vez en cuando, matean, churrasquean, endilgan media docena de "sucedidos", duermen luego a pierna suelta en el galpón, y a la otra mañana, ensillan su flaco mancarrón y se van para no volver

nunca, dejando en el recuerdo de los muchachos como una duda, parecida a esa estelita que dejan por ahí, olvidadas, las cosas que se sueñan, personaje ilusorio de una noche en que el sueño vino tarde. El Destino debía de ser así, a medias verdad y a medias mentira, que llegaba y se marchaba sin dejar mucho rastro, pero que hacíase presente después en las memorias, cuando la vida plantaba frente a los ojos incrédulos, el hecho que "aquel" narró entre sorbo y sorbo de amargo, con palabras espaciadas, sin mucho apuro escapadas de entre la pelambrera de las barbas. El Destino tenía que ser un tipito de esa laya, que se pasaba la existencia jugándole malas partidas al prójimo, que se sabía de memoria cómo habían comenzado y cómo terminarían las vidas de los demás, y que de puro maula se callaba, dejando sólo adivinar a trozos las penas que iban a llegar enristradas a lo largo de los años. El Destino tenía que ser un hombre así, barbado, misterioso, que se llegaba a las casas un atardecer cualquiera, se apeaba antes de que lo invitaran y se colaba en la cocina a comer como en su propio rancho, convirtiéndose en el centro de las miradas y en el bastonero de las charlas, como si fuera un viejo amigo que regresa cuando ya nadie lo espera, o, acaso, como si se viniera de la ciudad lejana con la noticia y las pruebas de que, desde ese mismo momento, él era el nuevo patrón de todo... ¡El Destino, caray, el Destino!...

*

Sabía que lo llamaban "El Estericao", y él comprendía perfectamente. Era un "estericao" a quien todo le repugna, cualquier tarea cansa y todo plato hace mal. Un fastidio vivito y coleando en mitad de la estancia pobre donde todos multiplicaban sus ta-

reas para suplir la falta de brazos. Con frecuencia, un estorbo. Aguafiestas. Y siempre con rabia, con una pura rabia inútil que le venía dando tumbos de adentro, hasta parar en dentera.

El no sabía ni de dónde venía. Dijéronle las viejas, alguna vez, que se había aparecido en la estancia en brazos de una chinaza gorda y fiera, ahora unos veinte años atrás. Tendría entonces, un año o dos. La china, a poco, se marchó, dejándolo como olvidado. Había encontrado quien la quisiera, así no más, gorda y fiera, y voló bajito, casi arrastrando el pecho por los charcos, como pato enfermo. No volvió más, ni siquiera a preguntar en qué batea le daban de comer a su lechón olvidado, ¡la muy chancha! A él lo criaron guacho con los hijos del patrón, entre el montón de chiquilines que, a la antigua, se fueron haciendo hombres en la estancia. Cuando los otros crecieron, los llevaron, primero al pueblo, a la escuela, y después, pupilos a la ciudad, al colegio. A él lo dejaron, —otra vez olvidado— en la estancia, sin saber qué hacer. Era, siempre, el niño "estericao", que se parecía ligeramente a la china que lo trajo, petizón y gordito, con las manos redondas, suaves, el pelito lacio, la cara sin pelos, los ojitos descoloridos, que no sabían mirar nada con fijeza. Era siempre el "estericao" que no servía para gran cosa, que no comía churrascos, que no tomaba amargos, que no mordía galleta, que no bebía agua de pozo, que se indigestaba comiendo choclos, que vivía a fuerza de leche como un "mamón", y engordaba en fofo, barrigudo como un caballo a pesebre que no se ata a las varas. No servía ni para hacer "mandaos" porque la memoria le fallaba de una manera que daba lástima. Equivocaba los mensajes, se olvidaba de los nombres, trastocaba los números. Se iba al pueblo —cuatro leguas largas— y al llegar comenzaba a rascarse la mollera

y a mesarse el pelito lacio, apareciéndole un sudorcito precursor de la cólera infantil que lo poseía al instante, antes que el recuerdo de lo que debía hacer o decir. Una vez se fué ligero, al galope, para avisarle al médico que el capataz se moría dando brincos en el catre como un demonio, y al llegar a las primeras casas del pueblo ya no sabía a qué iba. Se metió en un almacén, a descansar, sobre un banco, frente a una botella de limonada. Bebió la limonada y estuvo horas "haciendo memoria" sin que le valiera de nada ni el tiempo ni la bebida. El almacenero, que lo conocía, le preguntó tres o cuatro veces:

—Ché... ¿A qué has venío? ¿Venís a buscar algo pá la casa? Ah? ¿No te acordás?... ¿Serán fideos?... ¿Será galleta?... ¿Harina?... ¿Yerba?...

—No, si no es eso... respondía, y tornaba a rascarse el cuero cabelludo hasta rayarlo con las uñas filudas.

Y así no más se estuvo, sin poder acordarse, hasta que llegó allí un peón de la estancia y le refrescó la memoria dándole de sopetón la noticia de que el capataz:

—...ya había clavao las guampas...

*

Cuando el "Estericao" conoció a la "Pecosa", comprendió con mayor claridad su situación en la vida. Fué como si le hubieran encendido un candil en el cuarto negro de su conciencia angustiada. Humeaba mucho el candil, desparramaba un humazo negrísimo y apestoso, pero daba una lucecita rojiza e inquietante a su corazón.

La "Pecosa" era una mujercita que vivía con sus padres en un rancho, que venía a quedar, conforme se iba hacia el pueblo, después de pasar el montecito de

los talas. Tendría veinte años. Era la hija primera de un matrimonio de italianos chacareros, los únicos capaces de cultivar unas cuantas verduras distintas e ir a venderlas, una vez por semana, al poblado. Media docena de hermanos tenía, entre hombres y mujeres, encomendados a su exclusivo cuidado, pues la madre se pasaba el día junto al viejo y los terrones, trabajando mucho más que dos hombres. La "Pecosa" era rubia, rubio colorado, tan llenita de manchas la cara, el pescuezo, las manos, los brazos, que a veces, la piel parecía del mismito color del pelo. Los ojitos verdosos claros se le achicaban entre las pestañas rojas. La boca grande, afilados los labios, enseñaban, al hablar, los dientes y las encías. Las pocas ocasiones en que reía, la agresividad de su mandíbula dábale al semblante un aspecto de animalito carnicero que gruñe a un hueso. El cuerpo flaco, como un palo mal vestido; las piernas prolongadas en dos secciones de equis que se despatarra sobre un papel de estraza; los pies dentro de unos grandes botines deformados, untados con barro viejo, reventados los contrafuertes. La voz, en fin, enronquecida, medio hombruna, y el gesto hosco, de pocos amigos. Era, cabalmente, el reverso del "Estericao", gordezuelo y suavecito, petizón y lampiño, haragán y fastidioso, que se estaba amargando la existencia, él solo, con aquellas continuas rabietas de chiquilín caprichoso o de nene flatulento.

Acaso por razón del contraste, desde que la vió la quiso. La quiso como él sabía querer las cosas: rabiando. No le había dicho todavía ni una palabra por no atreverse, y ya estaba maldiciendo de ella y de todos cuantos la rodeaban. Achacaba la culpa de su indecisión y poquedad de ánimo a los demás para conformarse con su propia conciencia, pero la conformidad no le llegaba tan fácilmente. Era necesario que antes se crisparan las manecitas, viniera el sudor

de la ira mal guardada y se trazaran tres o cuatro rayitas nuevas en el cuero cabelludo a fuerza de rascar y rascar...

*

Juanín llamaban al hermano mayor de la "Pecosa". Era un muchachón revestido con la misma piel del diablo. No se le ocurrían más que maldades y las llevaba a cabo con una firme resolución que daba miedo a los suyos. Se le ocurrió una vez que, así como los pavos quietos engordan, las vacas ciegas multiplicaban la leche de sus ubres, y el desalmado punzó los ojos de dos lecheras, enceguecíéndolas. Los golpes de la madre, prodigados sin compasión, no le sirvieron nunca de gran cosa. Lloraba, maldecía, se revolcaba en el suelo hasta pelarse los codos y machucarse la cabeza, pero olvidaba todo enseguida para realizar otra de las suyas que vengara la paliza.

Su víctima predilecta era siempre la "Pecosa". No hubo vez que "la tuviera a tiro" que no la hiciera chillar espantosamente. Media cabellera le tenía arrancada aplicándole bien diversas maneras de tironear, y los golpes que ella misma se dió al caer en sus trampas, resultaban incontables aun computando las descalabraduras y cicatrices.

Cuando el "Estericao" comenzó a rondarles la casa, Juanín pareció adivinarle las intenciones y, de inmediato, púsose a imaginar una que fuese sonada. El "Estericao" al acercársele, ignoraba el tamaño del enemigo que venía a su encuentro. Pero, como no todo en este mundo ha de salir tal como debiera, resultó que en la primera ocasión que Juanín se le aproximó al "Estericao" para gastarle la broma inicial de la serie preparada, el "Estericao" estaba poseído por una rabieta terrible, y sin quererlo, —por-

que si se lo propone no lo realiza— se apoderó de Juanín y a arañazos, pataditas y mordiscos casi lo desencuaderna si no le ayudan las piernas a huir a galope largo. Distanciado ya del furioso enemigo, se vengó corriéndolo a su vez a cascotazos. Pero el "Estericao" echó a correr al revés de lo que la prudencia aconsejaba, y en lugar de irse, se vino. Así, sin proponérselo, se entró en casa de los chacareros y fué la misma "Pecosa" quien tuvo que refrescarle con agua de pozo, un extraordinario chichón que le apareció de pronto en mitad de la frente.

Juanín, sorprendido al principio y admirado después, simpatizó con el "Estericao". Atribuyó a valentía el ataque de nervios y el atolondramiento subsiguiente, iniciándose entonces en su espíritu el rarísimo proceso que remató en amistad. Juanín, incapaz de querer a nadie, dió en querer al enamorado de su hermana la "Pecosa" y aun en ayudarlo a su manera. Porque un día el "Estericao" —que desde el lavatorio de su frente achichonada se empeñaba más que nunca en su enamoramiento— le confesó a Juanín sus cuitas de amor, confusamente explicadas, con mezcla de desesperanzas y deseos.

—¿Y vos, — le preguntó su flamante amigo, con grande admiración— la querés a la Pecosa?

—Sí, sí, yo la quiero... yo la quiero muy mucho — afirmó el "Estericao" repentinamente enseriado.

La admiración que Juanín sentía por el "Estericao" creció después de oírle esta confesión. Le parecía más que admirable asombroso, que alguien quisiera a su hermana, y que ese alguien fuese precisamente aquel...

*

Más de un mes hacía que Juanín no hablaba con la "Pecosa", ya ni recordaba por qué motivo. El agravio se había perdido por completo en su memoria, y dispuesto a ayudar a su flamante y admirado amigo, una mañana, mientras se desayunaba con uno de aquellos famosos tazones de leche y galleta, entre bocado y sorbo, le dijo:

—Ché, "Pecosa", a ver si lo mirás siquiera a Ruperto cuando viene por aquí...

—¿A Ruperto?... — preguntó extrañada su hermana, suspendiendo a la altura de la nariz la enlozada taza.

—Si pues, a Ruperto... No te vengás ahora a caerte del nido...

—¡Avisá!...

—Claro que aviso... Ponés una jeta que parece que recién te averiguaras para qué viene Ruperto tan de seguido por las casas...

—Pero, ¿quién es Ruperto?

—Ese pobre muchacho que por mal nombre lo llaman el "Estericao".

—¡Vaya!... — y la "Pecosa" fingió que reía enseñando todos los dientes.

—¡No hay vaya ni vaya!... Vos te querés hacer la sonsa, como siempre. Ahí lo tenés penando como un perro que espera una achura...

—¡Pero, vos y él están tocaos!... ¡La ocurrencia!... ¡Decime si vos querés volver a las de siempre para plantarte la taza e' gorro!

—No, no, ché... endeveras... te estoy hablando en serio. Ruperto...

—¡Otra vez Ruperto!... ¡El don Ruperto!... ¿Cómo lo llamabas vos antes de hacerte tan compadre de él? ¿Eh? Decí...

—Ya ni me acuerdo...

—Y bueno, decile entonces como todo el mundo...

—No quiero.

—...el "Estericao"...

—No quiero, porque no es un estericao...

—¿Y qué es?

—Un buen muchacho, un hombre, che, y valiente como cualquiera.

—Porque te sopló los mocos a vos...

—No digás pavadas... Ruperto es un hombre, che... y valiente.

—¡Valiente cosa!

—Y ahí anda porque vos le digás algo, o tan siquiera lo mirés a la cara...

—Por buen mozo... y por el padrino que le ha salío...

—...cuando viene a verte y vos ni te dás por enterada de su presencia...

—¿Yo hago lo mio, sabés? No estoy aquí pá mirarle la cara a todos los que tengan ganas de venir a amolar, sabés?...

—No sé nada... Vos no tenés por qué dispreciar a un buen muchacho como el Ruperto...

—Como el "Estericao"...

—Como Ruperto, que viene con toda su santa intención...

—Que se vaya a carpir...

—Ruperto...

—Bueno, mirá, si querés tener la fiesta en paz, callate la boca y hablá de otra cosa, ¿sabés? ¡Qué tanto fastidiar con tu Ruperto y don Ruperto!...

Y volvió a enseñar los dientes como si fuese a morder.

*

Juanín logró su objeto: llamar la atención de su hermana hacia aquellas visitas diarias del vecino enamorado. Y ya estaban las cosas en su punto, es decir, ya se conversaban ambos hasta cincuenta palabras seguidas en el silabeo inseguro de todos los comienzos, cuando surgió el inconveniente del padre.

Con su media lengua —y su raciocinio de chacarero completo— manifestó su encjo por aquellos amoríos que el "Estericao" pretendió formalizar sin más trámites utilizando la tercería de Juanín. Pero Juanín sacó del desempeño desinteresado de su misión tan tremendo sopapo que renunció sobre la marcha a meterse en asuntos que no le interesaban directamente. La "Pecosa" que intentó luego defender su derecho a aceptar o rechazar "pretendientes", se ganó dos moquetes con gusto a tierra de surco.

Ruperto, —de acuerdo con el tratamiento que le dió sin titubear Juanín desde el día que comenzó a admirarlo,— se las tuvo tiesas con el chacarero, tiesas pero a prudencial distancia, pues no era cosa de dejarse golpear en el primer corcovo. Él sabía perfectamente que al potro ha de asentársele el jinete en firme y luego dejarlo gastar su enojo hasta cansarlo, para doblarlo y enseñarle a obedecer, si es posible, sin castigar. Esta sabiduría teórica de Ruperto, fué puesta en práctica por vez primera aplicándola al personaje que no quería en manera alguna que él lo llamara suegro. Pero la teoría, de entrada, fracasó en redondo. No lo golpeó, pero tampoco se cansó, ni se dió por vencido, ni quiso obedecer en lo más mínimo a la rienda. El que se dió por desrriñonado en las primeras vueltas fué el "amansador"; el que "obedeció a la rienda" fué el que quería hacerse obedecer, pues el italiano le prohibió que volviera por su chacra so pena de quebrarle un hueso, y el "Estiricao", esta vez en frío, pensó que el gringo era

demasiado capaz de cumplir su promesa y no jurar en vano por todas aquellas vírgenes y santos que siempre andaban en su boca, reforzando sus ternos, con tanta familiaridad como irreverencia.

Y las cosas hubieran seguido por ese camino si no interviene la madre con su indiscutible autoridad y las dos manoplas más decididamente fuertes de aquellos lugares. La madre parecía tener cierta simpatía por el "Estericao", al menos ese comienzo de simpatía de las mujeres fuertes hacia los hombres débiles, y de las mujeres rudas y ásperas, por esos muchachones rechonchos, suavecitos y lampiños. De entrada se puso del lado de él, y entonces, su marido guardó silencio prudencial. Para estos asuntos de casorio, claro estaba que las mujeres saben más y disciernen mejor.

Ruperto era, sin embargo, un flojo decidido a no aflojar. Se valió del maltratado Juanín para comunicarle a la "Pecosa" sus pensamientos, y entre los tres tramaron la gran aventura: el "Estericao" se alzaba no más con la prenda, y en el pueblo cercano, cumplirían como la ley manda.

La dificultad estaba reducida a su mínima expresión: el dinero. Le hacían falta al hombre un puñadito de pesos, y él confesó enseguida que no conocía ni sospechaba medio alguno que le sirviera para salir del paso. Fué la "Pecosa", decidida a jugarle una mala partida al padre, quien resolvió el problema, y a un connacional y compadre de su progenitor le sacó en préstamo cien pesos sin ocultar su verdadero objeto.

Una mañana, a la media hora de comenzar las tareas de la chacra, el "Estericao" y la "Pecosa" se marcharon al pueblo en la "mariposa" del verdulero.

*

Ocho días después, agotados los cien pesos en una tienda y en la fonda del pueblo, la pareja transó con el italiano y de su mano fué al Registro Civil y enseguida a la Iglesia, para que no quedara nada por hacer. Todo lo presenciaron los padres y Juanín. La madre suspiraba con intervalos de minuto y medio: el padre rebuscaba en su memoria malas palabras para musitar seguiditas; el hijo se relamía de gusto.

De regreso a la chacra, la "Pecosa" besuqueó a toda su gente con un cariño flamante. El "Estericao" se portó como un verdadero hombre en tales trances. Hablaba medias palabras con gesto de quien comprende y reconoce que hizo una chiquillada, pero luego la repara con toda honradez.

La familia quedaba conforme con aquel añadido, y el añadido más conforme aun por abandonar la estancia de sus primeros años a cambio de un lugar reposado en la chacra de la que se creía ya medio dueño.

Quince días se fueron volando. El "Estericao" parecía completar el redondeo de sus formas y la apacibilidad de su semblante. Ya comenzaba su estómago a aceptar sin remilgos la cocina italiana de la casa sin echar de menos la cocina criolla y elemental de la estancia, cuando volvió el suegro a cruzársele en el camino, dispuesto, al parecer, a amargarle la vida, con una pretensión que tenía mucho de absurda "ahora que estaba casao". ¡Pretendía que Ruperto trabajara a la par suya! Jamás había sospechado el "Estericao" que remataría así su aventura amorosa, y mucho menos que su mujer y todos los suyos, — incluso Juanín — apoyaran el deseo paterno como la cosa más natural y lógica de este mundo. ¡Pero estaban frescos! Él no pensaba ponerse a aprender ahora, — después de casado como Dios manda, por el Registro y la Iglesia, — los menesteres de una cha-

crita de verdura como cualquier gringo recién llegado al pago. Y como lo pensaba lo dijo, primero a la "Pecosa", después a Juanín, enseguida a sus sorprendidos suegros. Vió entonces que todos, con una uniformidad admirable, defendían la integridad de la familia y de las verduras, dando contra él sin miramiento alguno. Tras poco andar, la sentencia del tribunal fué: tenía que trabajar o no comía.

—¿El qué?... — preguntó dos o tres veces para asegurarse y la respuesta no varió pese al tono o a las aclaraciones que cada cual quiso agregarse por su cuenta.

Ruperto supuso que en esto, como en otras muchas cosas, una era decir y otra hacer. Al mes justo de escaparse con la "prenda", la misma "prenda" le notificaba que aquel día no habia para él ni la mitad de una galleta.

El "Estericao" no aflojó porque se trataba de su dignidad. Dejó la chacra, dejó la mujer elegida por su corazón, para volverse a la estancia en busca de la cocina criolla cuyos platos no digería del todo bien su estómago.

Allí lo saludaron coros risueños de los peones, ásperos y paternales consejos de los dueños, tal cual palabra subidita de color de las mujeres. Pero él, como si tal cosa. Le ayudaba su excelente facultad para olvidar agravios.

—¿Ché, y tu mujer?... — le decía uno.

—¿La cual?... — preguntaba él, y sonreía, las manitas regordetas sobre la curva de su abdomen.

Un día, un peón, quiso gastarle bromas:

—Ché, "Estericao", dicen que la "Pecosa" está por darte un gurí...

—No puede ser, — respondió muy serio Ruperto.

—¿No puede ser decís, y porqué?

—El por qué se me ha olvidao, pero yo sé lo que digo...

Y se puso a tomar mate aprovechando una vieja cebadura que encontró sobre un trozo de papel de diario en un extremo del fogón.

Los peones reían hasta aflojárseles la faja.

*

Pasó unos añitos así. A veces pensaba, nostalgioso, en la buena cocina de la chacra: fideos y polenta a pasto, y ¡le daba una rabia!

Hasta que una mañana supo que había fallecido su suegro. Entonces se fué a la chacra para ayudar al velorio, pues lo creyó de su obligación. La vieja lo recibió llorando, llena de perdones. La "Pecosa" le enseñó los dientes. Los demás no le hicieron caso. De regreso del camposanto, se quedó. Un tiempito más y ya nadie pensó en discutirle su derecho a ocupar un lugar entre todos aunque no se agachara para recoger un tiento caído.

Así envejeció, gordito, suave y haragán. Los vecinos nuevos del lugar lo llamaban Don Ruperto. Los viejos, como siempre, el "Estericao". Su mujer le había dado un nuevo apelativo: Ese.

¡Cavar un hoyo!

¡Lo qu'es no saber cuando se habla! — dijo alzando los brazos por encima de su cabeza el viejo Soria. — ¡Lo qu'es no saber!

—¡Siguro! — afirmó Fausto. — Usté, claro, pensará que no hi de poder, pero...

—Calláte, calláte. ¡Hacer un hoyo! ¡Y pá un dijunto! Hablando, hablando, se te hace fácil cavar un hoyo. Pero ¡ponete a hacerlo! Agarrá la pala é puntear y comensá a sacar tierra! Palada tras palada y mirando de ojito al dijunto que tenés al lao, mirándote con los ojos cerraos de esa manera que saben cerrar los ojos los muertos, que no los cierran nunca del todo! No me digás! Si parece que nunca acabás de sacar tierra, muchacho!

—Haré el hoyo antes de mandarlo a ver a Mandinga, y ya está...

—No pensés burradas, muchacho. Hacele caso a mi esperiencia de viejo. No hay vida de hombre que valga la pena ensuciar el cuchillo. ¡Haceme caso!... Todo lo más, marcalo, pá que no olvide. Uno, dos tajitos en la jeta y...

—No, si lo he de despachar y de enterrar bien hondo, pá no volver a verlo...

—No te ofusqués y dejate de pensar en enterrar hondo a un dijunto. Si lo matás siempre lo vas a estar viendo, de cuerpo presente. Y por muy adentro que lo metás en la tierra siempre dejará ajuera una mano o un pie pá que lo vea el comesario y te denuncie...

Fausto sonrió de la ingenuidad del viejo Soria.

—¡Parece mentira, viejo, que usté me crea tan chambón!

—Es que yo te lo digo así pá que me entendás, pero hay días en que vos sos más cerrao que tercio e yerba. ¡La pucha que te cuesta entender! ¡Caprichoso del diablo! Al fin de cuentas, qué te ha hecho de irremediable el sotreta ese. Vos decís que quitarte el cariño a la chirusa! ¡Bah! Vos te crés que él te lo ha quitao. ¿Entonces, pá vos, el cariño de una mujer es como un cojinillo que se roba sin que el cojinillo se entere? Tá bueno. Si ella se ha dejao robar el cariño es por que a ella le ha parecido bien. Así que el meterete ese no tiene más que la mitá é la culpa...

—¿Y ella, según usté, la otra mitá?

—No; ella la mitá de la mitá, porque en esta vida, hasta pá las cosas del amor es bueno saber sacar las cuentas cabales. Ella, la mitá de la mitá, es decir la cuarta parte no más, porque la otra cuarta es culpa del destino, muchacho, el destino que ustedes no tienen en cuenta cuando se ponen a cavilar... El destino, muchacho, que siempre tiene su partecita en toditos los repartos, buenos y malos...

—¡Viejo, viejo! ¡Qué tengo yo que ver con esas cosas!

—Yo te lo digo, y créme. Al ñudo no llevo mis años encima, ni he llorao y sufrío como cualquiera, el doble de lo que debí sufrir si hubiera sabido lo que ahora sé... El sotreta que vos querés achurar no tiene más que la mitá é la culpa; la otra mitá la partís en

dos y le dás un pedazo de culpa a ella y el otro lo das al destino. Entre los tres está la cosa. ¡Pa qué lo vas a castigar a él solo! O repartís justamente o más vale que te quedés quieto. Total, chirusas, vas a encontrar a montones en cuanto te lo propongás...

—Usté, Soria, ya está viejo pá comprender bien estas cosas...

—¡Viejo! Sí, viejo... Por eso las veo bien. ¿No comprendés que pá estos asuntos vé más el que tiene los ojos más cansados de ver? Cuando yo te digo que no vale la pena, no lo digo al cuhete. ¡Sé lo que son! ¡Sé lo que son! Vos te encontrás con ese mañana al mediar el día, en el camino e las ranas... ¿No es eso?

—Así es.

—Y aprovechás la soledá pá partirle el corazón de un solo tajo. Así decís vos...

—Lo digo y lo hago.

—Bueno. Endispués lo enterrás y todo concluído... ¿No?

—Sí.

—¡Todo concluído! Eso se cré, eso se piensa, eso se le mete en la cabeza a uno, pero eso no resulta. La realidá cambea, cambea las cosas de una manera que nadie se esplica ni nenguno entiende. Pero lo cierto, muchacho, es que eso que vos pensás no se puede hacer así como querés. Algo te va a fallar que te va a llevar a la cárcel para una punta de años, y allí, ni esa chirusa, ni otra, ni caballo, ni mate, ni libertá pa respirar. ¡Nada! ¿Entendés? ¡Nada! Te hacés de cuenta que te han enterrao y seguís viviendo... Mirá, te vi a contar un sucedido de ahora treinta años. Un mozo encontró a su mujer con un amigo. Se cegó. Le tiró una cuchillada al amigo, y como éste se hizo humo se la pegó a ella en el pecho. La mató. Pá esconder el delito, de puro sonso, la enterró. Era un muchachón mucho más fuerte que vos, hecho a la pala y al

pico ,y sin embargo, che, demoró un medio día en cavar el hoyo. El no se esplicaba cómo era que cuanta más tierra paleaba más tierra parecía tener que sacar para formar el hujero correspondiente. Sudó sangre, muchacho. Por fin, la echó y la tapó lo mejor que pudo. Arriba é la tumba volcó un carro é ramas y hojarasca, pá disimular... ¿Y, sabés lo que pasó?

—Que el que huyó lo denunció a la polecía.

No; eso no hacemos los gauchos. El que huyó, se jué y nada más. Si algún día lo hubiera encontrao puede que le hiciera frente con un fierro en la mano, pero ir a contar ¡ni en sueños!

—¿Entonces?

—Que la polecía entró en sospechas por que no aparecía la muchacha y se jué a revisar el rancho. Nadie pensaba en la verdá de lo sucedío, nadie. Revisaron el rancho, hasta la paja del tejao, y ya se volvían sin ver nada cuando un milico avirtió al perro e la casa tironeando con juersa una cosa, que desde lejos parecía una lonja aparecida debajo de un montón de ramas. Se acercó el milico, por curiosidá, y ¿qué era? ¡La trensa e la muerta! El otro había tardao medio día pa hacer el hoyo, creyó haber hecho un hujero pa meter un regimiento y apenas había arañao medio metro, y tan asustao anduvo con los ojos de la dijunta que lo miraban estando medio cerraos, ya, ¿oís?, estando medio cerraos, que la enterró dejando ajuera la trensa!... ¿Vos te crés que es fácil hacer un hujero, cavar una sepultura? ¡Ah, muchacho, muchacho! No hay nada más difícil, más trabajoso en este mundo que cavar una sepultura pá meter a uno muerto por uno mesmo! Parece que te atan las manos, te aflojan los brasos, te duelen las rodillas y se te anubla la vista. ¡Vos mesmo te denunciás, sin querer!

El incrédulo Fausto continuaba sonriendo. No desistía de su idea y no creía al viejo Soria. Éste se quedó mirándolo fijo, como si esperara verlo reaccionar después de su relato. Pero lo único que dijo Fausto, al rato, fué:

—¡Usté lo cuenta todo tan bien, como si lo hubiera visto!

—¡Ah, muchacho! — respondióle, a media voz, el viejo Soria. — A mi edá se saben muchas cosas que ningún joven quiere crer. Pero son ansina, ni más ni menos. Hacéme caso y dejate de réir enseñándome los dientes. ¡De nó, te vas a olvidar de reirte pá toda la vida!

El viejo Soria levantóse despaciosamente de donde estaba sentado y echó a andar para las casas con sus dos manos apoyadas en la cintura.

¡Pero vé...!

El camino habíase abierto en pampa, como una vida. De su primitivo trazado no quedaban más que dos huellas, borrosas, curvas. Muy lejos, media docena de árboles formaban una mancha como olvidada en la tela de un pintor extraordinario y sin imaginación; un derroche de tierra siena en la parte posterior; nubes transparentes, incoloras, petrificadas en lo alto y por sobre todo aquello derramado en profusa oleada de mica, el sol, un sol de enero en la llanura y al filo de las doce, que es, como decir el resplandor de infierno de un horno inverosímil volcado sobre la tierra hecha una pura lástima de sed.

Por sobre aquel camino, acabados los alambrados de tres hilos, iba, lerdo, un caballito porcelano, y sobre él, laxo, las piernas y los brazos como de préstamo, un jinete aplastado bajo un sombrerón tiñoso.

—"¡Pueblero, pueblero!, — monologaba lleno de melsa, — ¡pueblero! De seguro que si me vieran así, deshecho, ya estaban riéndose todos... Pueblero zonzo que se atreve a esta locura del camino a medio día... ¡para dejar caballo y huesos en la aventura!... ¡Pero no vé amigo, cómo no miden ni calculan, ni a ojo siquiera, las consecuencias y después se arrepienten lo mismito que chiquilines!... La travesía, pues, se hace

con la fresca, de mañana o a las oraciones... No vé, amigo, que va a reventar usté y el caballo... el caballo y usté... ¡Bah! ¡Pueblero!..."

El caballito acortó el paso, las orejas gachas. chupando el freno.

—Dale otro poquito... — le dijo el jinete y le pasó la palma de una mano sobre la cruz resudada, por sobre la cruz donde los huesos iban y venían rasguñando la piel. — Dale otro poquito, que ya llegamos... y vas a descansar más de un mes, a la sombra y con agua, oíme bien, ¡a la sombra y con agua!...

Los ojos iban muertos en sus órbitas, semicerrados los párpados, doloridos de sol. ¡Sombra y agua! Los párpados se alzaron y las pupilas tuvieron un alegrón de infante goloso ¡agua! La lengua pesaba como un remordimiento que el insomnio agranda fantástico en la noche embrujada: ¡agua! ¡Agua, sombra, sueño!... Todo tornó a su aplastamiento. Los párpados cayeron sobre las pupilas marchitadas por la luz y el caballito porcelano continuó dando sus pasos medidos, tardos, siguiendo las huellas borrosas del camino, abierto en pampa.

—Dale un poquito... Llegaremos... Y se han de reír todavía de nosotros como si no mereciéramos lástima... "¡Pero amigo! ¡Qué ocurrencia! ¡Vélo al pueblero! ¡Como si juese gringo!..." ¡Bah! Dale un poquito más ligero... ¡Ellos qué saben!... Ni ella... Al fin...

El recuerdo allá adentro salpicaba de sol, a su vez, el cerebro. El cansancio y la sed acrecían el tormento. En las pupilas, doloridas por la luz, un ligerísimo escozor de lágrimas apretaba como dos dedos.

*

Mancarrón criollo, sin mezclas aristocráticas, sin el más remoto antecedente de hipódromo ciudadano, ni siquiera el parejero de la penca pueblerina una tarde de fiesta patria, el porcelano estiró sus ansias hasta llegar a la chacra. Su jinete, monologante, lleno de alucinaciones, hecho un garabato sobre el "recao", se apeó como pudo, olvidado de todo para agradecer mentalmente aquel esfuerzo del pingo. Miróle los ojos entrecerrados, cordial como un camarada en un momento de angustia. El caballito devolvió la mirada con un reojo manso, mansísimo. Caíanle del belfo hilos de baba espesa y en los encuentros se aplastaba, como cristales, la espuma de su sudor machacado sobre la marcha. Las manos se le doblaban ligeramente. Un postrer empujón de la cola larga quiso, y no pudo, oxear los doce moscardones verdosos que se le clavaban en las ancas sumidas.

Un viejo barbudo salió lentamente de una de las dos piezas de material y techo de cinc construídas un poco más allá de la tranquerita y del pozo. Miró al recién llegado haciéndose sombra con una mano sobre los ojillos claros y exclamó:

—¡Pero vé... Quién ha llegao... Caray... Pero vé... Con este solazo!...

—¿Quién, tata?... — se oyó preguntar desde adentro, con un hilo de voz femenina.

—¡Pero, vé!... ¡No digo!... ¡Si es don Ricardo, pues!...

De las piezas llegaron hasta el patio unos sollozos cortados, breves. El viejo barbudo y lerdo avanzó un paso al encuentro del recién llegado, medio sonriente, estirada la mano:

—¿Pero, cómo le va, don?... ¿Qué anda haciendo con este solazo?... ¡Pero vé!... ¡Qué ocurrencia!...

Don Ricardo estiró a su vez la mano y quiso decir alguna palabra que no atinó a pronunciar. De pie,

frente al viejo, sin mirarlo, después de medio minuto, dijo apenas:

—Manuela...

Se borró entre la pelambre de la barba del viejo la sonrisa del saludo, y respondió:

—Pero pase, don... Pase... ¡Vé!

Dió unos pasos Ricardo, y se detuvo sobre el umbral de tablas del cuarto primero, mientras el viejo levantaba un poco más la espesa cortina de paja. Oyéronse nuevos sollozos, y cuando el forastero pudo ver en la penumbra interior, las piernas solas obligáronle a sentarse sobre una sillita que estaba cercana a una cama de hierro pintada de blanco. Sobre ella, la Manuela buscada, estiraba la blancura mate de su cuerpo, afilando el perfil con reflejos marfileños. A su lado, su hermana suspirante, abanicaba con una hoja de palma para no dejar a las moscas posarse sobre la cara inmóvil.

Ricardo abría los ojos interrogantes sin poder decir una sola palabra. La lengua se le adhería al paladar y la garganta reseca se apretaba hasta ahogarlo.

La hermana de Manuela no respondió a aquella interrogación. Con el extremo doblado de la sábana cubrió la cabeza yacente y dejó de abanicar. Una gran M marcada con hilos rojos quedó justamente sobre el semblante que cubría.

—¿Pero?... — pudo decir al rato Ricardo.

—Sí, pues, — aclaró el viejo, sin darle mucha importancia a lo que decía. — Sí, pues... se nos cortó no más, como a las diez...

Su hija menor, sentada a los pies de la cama, las manos juntas sobre la falda de percal, la cabeza caída, la cara mojada, las crenchas de su pelo retinto sobre la frente sudorosa, los ojos cerrados con fuerza, sollozó.

Recién entonces comprendió Ricardo que su Manuela había muerto. Su cuerpo, rendido de cansancio, machucado por el sol, roto de pena, reaccionó bajo aquel latigazo.

—A las diez... —pensó.— A las diez... Yo salí a las siete. Si hubiera estado más cerca, llego... Doce, catorce leguas, con este calor... ¡Claro! No se puede... No pude...

Abrió la boca para decir algo. Ni el viejo ni la muchacha lo advirtieron. Cada uno rumiaba el dolor a su manera. A Ricardo le costaban las palabras un esfuerzo increíble. Después de tres o cuatro tentativas pudo pronunciar una:

—¡Agua!...

El viejo salió tranqueando. Al rato regresó con un jarro enlozado, lleno de mataduras. Ricardo hundió en él sus labios de corcho. El agua espesa, salada, le fué corriendo boca abajo con una pesadez de mercurio. Agotado el jarro, volvió a decir:

—¡Agua!...

El viejo salió arrastrando los pies y estas palabras:

—Ahora sí le va a hacer mal... Vé... Con este solazo... estos mocitos... ¡caray!...

Y antes de llenar el jarro nuevamente en el balde del pozo, chorreante sobre el brocal, contempló al "porcelano" espatarrado y tembloroso bajo el rayo del sol.

—¡Chá digo, vé!... Sin consideración saben tratar los animales... Vé... Aplastao pá toa la siega... ¡Chá con los mocitos!... ¡Vé!...

*

La muchacha, sin cambiar de postura ni abrir los ojos, le narró a Ricardo los últimos momentos de Manuela. Había estado aguardándolo más de un mes. Cuando, dos días antes, le enviara aquel recado con el panadero, que llegaba hasta allí en su "jardinera" cada ocho días, estaba segura ella de que no lo encontraría en el pueblo, de que estaría en la ciudad, y aunque lo hallara, el corazón le decía que ya no se acordaba más de ella, que no vendría a verla ni aun sabiendo que era aquella la última vez... Y así se había muerto, convencida de que Ricardo no vendría...

La hermana apretaba con más fuerza los párpados. Por entre ellos se iban hacia abajo dos hilillos de lágrimas.

El "mocito" oía con el espíritu lejano. Mientras Manuela se iba del mundo pensando en él, creída de que ya la había olvidado y para siempre, él cruzaba las catorce leguas de campo bajo un sol fortísimo, sin una mata de sombra y sin una sed de agua, para llegar a destiempo, deshecho de cuerpo y de alma, con el caballo inutilizado en el esfuerzo estéril.

—Así es no más... — dijo, por decir algo.

La muchacha agachó un poquito más su cabeza y cerró con fuerza sus puños sobre la falda de percal.

En la pieza penumbrosa, con aquel chorro de oro solar sobre la puerta, la cama se agrandaba en el blanco tenue de las sábanas. Bajo ellas se dibujaba, como una estatua, el cuerpo de Manuela. Sobre la cara abría sus patas de sangre la M marcada por ella. Un moscardón borracho zumbó sobre las cabezas varias veces hasta que fué a dar, crujiente, sobre una pared. En el patio un gallo cacareó con desgano y hubo un cloqueo de gallinas escarbando en la tierra reseca.

—Así es... — repitió Ricardo.

—Si usté, — dijo la muchacha, — llega enantes... llega ayer, pongo por caso... no se nos va la Manuela...

Un sollozo cortó la frase.

—¡Quién sabe!...

—Sí... ella lo sabía bien... y me lo dijo...

Sonó la voz carrasposa del viejo:

—A ver, chiquilina, pues... No hallo el mate... Vení de una vez... Pero vé...

La muchacha salió. Ricardo estuvo un instante contemplando la camita blanca. Luego se acercó a ella. Levantó la sábana y sobre la cara amarillenta y angulosa de la muerta, puso un beso largo.

Ascensión, de regreso de la cocina, lo contempló desde la puerta, y se alegró tanto, tanto, que entre las lágrimas de su dolor fraterno le floreció una sonrisa.

Un rato después se acordaron de poner en los golletes de dos botellas unas velas de sebo. En la penumbra del cuarto ardían amarillentas y humosas, a los lados de la cama. Sobre la puerta, como en un charco, se remansaba el sol.

*

A las oraciones, llegaron unos parientes, con Pancho, el hermano de Manuela, sentados sobre un ataud forrado de zarasa negra. Todos ellos miraron a Ricardo con ojos endurecidos de rencor.

Toda la noche se les fué en la cocina a parientes y amigos. Mate, caña, charla. Ascención iba y venía, los ojos enrojecidos de lágrimas y sueño. En la pieza, junto a la muerta, sólo Ricardo velaba. Las horas se alargaban mucho aquella noche antes de que la aurora, como las resignaciones, fuese anunciándose con una suavidad de seda blanca. Ricardo escarbaba en sus recuerdos, encontrando un placer desconocido

para él, semejante al picazón de las heridas al cerrarse...

Enterrada Manuela, el "mocito" quedó en la chacra hasta que le buscaran un caballo en que volverse. Durmió aquella noche en la pieza de la muerta, con sueño profundo. Por la mañana mateó con el viejo, mano a mano, oyéndole contar historias insubstanciales del lugar y de las gentes. Pancho habíase ido hasta una chacra lejana en busca de unos caballitos casi inservibles que habían prestado hacía mucho a un gringo amigo. Durante todo aquel día no volvió.

Por la noche, dormido el viejo temprano, Ascensión y Ricardo conversaron. Al principio fueron recuerdos de la muerta y su amor mal correspondido por el pueblero. Después, ameno divagar sobre cosas de acá y de allá. Ascensión tenía el alma dulcemente predispuesta para sufrir el influjo de la luna, y aquella noche la luna lo plateaba todo... La muchacha mientras hablaba, a media voz, de cosas sin importancia ya ni para él ni para ella, clavaba en los ojos de Ricardo las dos puntas aceradas de su miradita...

Fué todo sortilegio de la luna y atracción de las miradas. La noche, cómplice, mansa, con un levísimo rumor de sauces y álamos movidos por el viento, romántica y lunática, los vió amarse... Dejaron de hablar para abrazarse. Ella mordía al besar...

A la otra mañana, Ricardo, mateando con el viejo mano a mano, le dijo su resolución de enmaridarse con la muchacha "en cuanto pasara el luto".

El viejo lo miró un largo rato, rascóse la cabeza con fuerza, pasó la diestra mano dos y tres veces sobre la barba y luego exclamó:

—¡Pero vé!...

¡Como una sonsa!

Mirado desde las "casas" el camino ascendía suavemente hasta encontrarse con otro, el que "iba al pueblo". Cuando los caminos estaban secos, polvorientos, blancos, formaban una enorme cruz extendida sobre el verde brillante de los alfalfares nuevos, y en las noches con luz de luna, la gran cruz era de plata pura, con las filigranas que ponía en sus bordes el cerco de tres hilos.

Mariana, la dulce y bella Mariana, desde el corredor de "las casas" era la única que advertía el milagro del camino. Con ella, desde aquel mísero lugar, sus padres, el viejo Rey, la vieja doña Ricarda, y sus hermanos menores, José, Juan, Diego, Ricardita, Antonia, 'El Ñato" —una verdadera cachorrada,— podían contemplar la cruz, pero sólo veían el camino que subía, y el otro que, allá arriba, lo cortaba, útil para ir al pueblo y volver del pueblo, que estaba "ahí no más", a las cuatro leguas largas...

Trabajaba Mariana desde el amanecer, como una hormiga. Su cuerpo de muchachita, flexible, delgadito, no parecía cansarse. Con menos de quince años era ya la madre que sabe criar "un montón de hijos". También, ¿qué hubiera hecho doña Ricarda si aquella hija primera no le sale hacendosa y la ayuda a criarlos?

Todo el día en el trajín; los muchachos, la comida, la ropa, las gallinas... Dos horas en la batea jabonando vestiditos, restregando sobre la tabla rayada trapos sucios con un hueso de costilla y ceniza; dos horas pisando maíz para la mazamorra y para los pollitos; dos horas detrás de la vaca con cría para ordeñarle la leche que con galleta engullen los más chicos; dos horas "haciendo callar" y dos horas haciendo dormir al Ñato, pergenio de doce meses, malo y caprichudo como su tata, don Rey, ante quien temblaban todos, desde la derrengada compañera de su vida, hasta el penúltimo de los "gurises", todos, menos el Ñato, por "ser su misma estampa".

Y así los días se iban y volvían iguales, larguísimos en verano, breves en el invierno, pero siempre lo mismo; cansadores, tristones. Para Mariana no había lugar durante todo el día para descansar unos minutos. Érale necesario esperar a la noche, a que todos los muchachos se quedaran dormidos, rendidos de tanto potrear, para poder darse el gusto de sentarse en el corredor y mirar el camino...

En las noches oscuras los bellos ojos de Mariana se abrían como queriendo horadar la espesa sombra que le ocultaba la cruz. Eran aquellas noches un poquito más tristes que las otras... Pero cuando la luna llenaba de palideces el campo, haciendo una vez más de plata pura la cruz de los caminos, extendida hacia arriba, toda afiligranada por los cercos de tres hilos, Mariana descansaba soñando, las duras penas de todos sus días...

Por la cruz de plata de aquellos caminos enlunados, vendría lo desconocido, el cambio, la libertad, la dicha. Ella no sabía qué esperaba ver llegar, pero esperaba regocijada, resignada a sufrirlo todo hasta el instante en que, por aquellos caminos, por aquellos brazos y aquel pie blanco y pálido de la cruz se

le apareciera... ¿qué? ¿Hada?, ¿Hombre?, ¿Diablo?, ¿Dios?...

Ella no sabía nada y apenas presentía con el corazón cuanto el cerebro ignoraba. Los ojos oscurecidos por un hilo de lágrimas perpetuo, formado a gotas por las pequeñas angustias de siempre y el continuo roer de sus tristezas, se agrandaba frente al misterioso encanto, deseando descubrir, adivinar, asir lo imposible, hallar lo inhallable.

A veces, en mitad del ensueño, un galope de nubes se iba sobre la luna hasta ahogarla en una polvoreda enorme. Lentamente borrábase la cruz, desapareciendo. Sólo quedaba en las pupilas de Mariana la visión luminosa en tanto la tormenta comenzaba a rodar en la noche con un ruido de maderas y de hierros, y el viento, despeinando los sauces y arqueando los álamos que robeaban "las casas" cantaba un triste en el cordaje del alambrado...

De súbito, entre el fragor creciente, se acuchillaba el negro cielo con la luz del relámpago y por un instante, la cruz del camino volvía a alzarse más grande, más de plata que nunca...

Luego, la lluvia rayaba el aire y golpeteaba sobre la tierra y las cosas, como sobre un tamboril...

El camino, inexpresivo para todos, tenía vida propia sólo para Mariana. Ella lo conocía a todas horas y en todas sus épocas; seco y polvoriento, encharcado por las lluvias o lleno de las hondas huellas de los carros que se llevaban las cosechas. Lo contemplaba siempre y podía llegar a decir cuándo el camino estaba triste y cuándo estaba alegre.

Cierta vez, su padre, el viejo Rey, hombre brusco, de pocas palabras, habíale dicho:

—¡Parecés sonsa!

Y en efecto, Mariana parecía entontecerse contemplando durante muy largos ratos el camino que

se cruzaba con el otro camino, tan largos ratos que fueron transcurriendo los años, la niña se hizo mujer, siempre delgada, flexible e incansable como una hormiga; hiciéronse mozos los "gurises", se fué del mundo la madre, después el padre, sufrió algunas transformaciones la vieja casa, apuntalada aquí, derribada allí, edificada de nuevo en este otro lado, y siempre la cruz del camino contemplada únicamente por Mariana, en espera de no sabía qué...

Cualquiera otro camino, —llegó a pensar, ya canosa y desilusionada,— cualquiera otro, hubiera servido para que llegara por él lo presentido, cualquiera menos ese. Por allí no pasaba nadie, recodo olvidado del mundo, cruz de la que huían todos; hombres, hadas, diablos, Dios...

Recordaba al difunto padre cuando le decía:

—¡Parecés sonsa!

Humedecíansele los ojos. Perdidos los años contemplando el camino, no restábanle ya fuerzas ni esperanzas de nada.

Algo confusa, nacía lentamente una idea de su cerebro, larva primero, mariposa oscura y fea mucho después.

—Parecés sonsa... ¡Sonsa! ¡Sonsa! — repetíase en todos los tonos, hasta cansarse, llena de fastidio.

Ella debió irse por aquel camino, irse al pueblo, de allí a la ciudad, distante y desconocida, perderse en el mundo, buscar lo presentido que no supo llegar hasta ella, el hombre, el diablo, el Dios con tanta y tan inútil fe esperado.

Era tarde. ¡Cómo irse ahora, vieja, arrugada como una pasa, ahora que era efectivamente la madre de todos aquellos mozallones, sus hermanos, de Antonia y de Ricardita que comenzaban a dejar de ser gurisas para convertirse en mujeres!

—¿Y ellas? — pensaba.

Contemplaba el camino, la gran cruz del camino inalterable a través de los años.

¿Y ellas? ¿Las dejaría allí a su lado, solas y tristes como ella, o las empujaría para que se marcharan al pueblo, a la ciudad distante y desconocida?

Un hondo dolor le achicaba el corazón y se hacía agua en los ojos.

La cruz del camino, no ofreciéndole nada, ya no la consolaba. Por ese camino no vendría nadie, nadie...

No obstante, de noche, cuando la dejaban sola, libre del trajín de la casa, sentábase en el corredor y agrandaba sus ojos contemplando el camino, como veinte años antes, descansando y soñando:

—¡Como una sonsa!

Tretas de enterradores

Muy pocos eran los comerciante que en el lugar librábanse de irse con uno de los dos bandos en que estaban divididas las opiniones políticas. Se era liberal o se era cívico, y el ser cualquiera de esas dos cosas significaba tener la obligación de ayudar al correligionario comerciante comprando los artículos que fabricara o vendiera excluyendo, en absoluto, hasta la posibilidad de darle a ganar unos centavos al comerciante rival.

Así, había una fábrica de soda liberal y otra cívica, —pues cada uno de sus dueños éranlo furibundamente,— dos casas de compra-venta, cada una de su color; dos jabonerías; dos santerías; dos empresas de "pompas fúnebres".

Los demás negocios, —almacenes, confiterías, tiendas,— de suyo abundantes, asumían el color político de la mayoría de sus parroquianos, conforme conviniera al interés del momento, pues si al almacén de "La Paloma Herida", por ejemplo, dejaba de comprar la casa de don Hermógenes, conspicuo liberal, porque a su esposa se le ocurría que le robaban unos gramos en cada kilo de frangollo o le vendían apolilladas las "chancacas" de que era golosa, ipso facto el dueño de "La Paloma Herida" cambiaba de convicción

y de opiniones haciéndose cívico nada más que para "hacer rabiar" al liberal trompeta que no quería seguir dejándose explotar por él...

*

Las empresas funerarias, como ya se dijo, eran dos.

Las muertes no abundaban, y ciertamente, con una sola empresa bastaría si los "extintos" hubieran dejado encargo a sus deudos de abandonar durante las veinticuatro horas de su velorio y sepelio sus pasiones partidarias. Pero, como ni aun en el momento de entregar el alma al diablo se le podía venir a las mentes a un cívico el reconciliarse con los liberales, ni a un liberal el perdonar las pellejerías cívicas, eran necesarias las dos "pomposas" empresas de pompas fúnebres.

Se sobreentiende con esto, que la vida de ambas íbase escurriendo lánguida y agonizante, y que sus dueños andaban siempre cometiendo el pecado mortal de desear excelente salud a sus adversarios y la muerte fulminante y sin misericordia a sus propios amigos y compañeros de causa, aunque con ello, claro está, se restaran votos para "triunfar en los próximos comicios".

*

Llamábase el enterrador cívico Don Ferdinando Juliatti y era italiano de origen, "aunque con hijos argentinos", como dijo un cronista de sociales. El liberal, que era de origen boliviano ("aunque soltero y sin hijos", según el mismo cronista), respondía al nombre de don Prudencio Yacuiba, o al sobrenombre de "Cirio Ahumao", al parecer, por lo negro.

Juliatti ingeniábase siempre para molestar a Yacuiba en cuanto pudiera y "Cirio Ahumao", a su turno, andaba siempre "a las vueltas" buscando barrial donde empantanarle los caballos a don Ferdinando.

Los días en que no tenían "servicio" que atender, por seguir viviendo todos los correligionarios, cada uno usaba de su competidor como de un "rompecabeza" para entretenerse.

Don Ferdinando fué siempre hombre de mayor ingenio, sin duda porque como más viejo, había logrado amontonar picardías y experiencia en su memoria, con mayor provecho que don Prudencio.

Algunas de las "malas pasadas" que mutuamente se hacían los enterradores, se las sabían de corrido hasta los chiquilines. La "mas gorda", —y no fué mucho— es la que sigue:

Yacuiba se sorprendió un buen día de que la familia de su gran amigo y correligionario don Críspulo Sánchez Sánchez, no lo llamara, cuando murió, para que se encargara de llevarlo al cementerio. Y, sorprendióse aun más, cuando, días después, al toparse en la calle con uno de los hijos de don Críspulo, le negó éste el saludo y miró para otra parte...

—¿Se habrá hecho cívico? — pensaba Yacuiba algo inquieto.

Poco tiempo después, le sucedió algo parecido. Murió "de un redepente" la señora de don Cornelio Oceano, vicepresidente segundo de un subcomité liberal y "gran amigo de sus amigos" y de la causa. ¡Y se encargó el entierro a Juliatti! Más que eso: cuando don Cornelio lo encontró en el cementerio a don Prudencio, pues éste fué a acompañar el cadáver aunque no fuera de él el "servicio", tuvo que soportar una mirada dura, llena de reproches, del flamante viudo y vicepresidente segundo de un subcomité...

La cosa le pareció a Yacuiba más fuerte de lo soportable y sin más, se fué a casa del presidente de "su partido" y le planteó resueltamente la cuestión: "Sus correligionarios y amigos se hacían enterrar por Juliatti; ¿era acaso, que habían perdido la confianza que le tenían y pensaban que quedarían mejor enterrados por Juliatti que por él?..."

El presidente del Partido Liberal, gran orador, gran comilón y gran patriota, "cuyas virtudes habíanse acrisolado en largos años de sacrificios y diáfanas purezas", después de rascarse la cabeza un buen rato, quedó en averiguar las razones que tenían los amigos para hacerse enterrar por los enemigos.

Y la averiguación "le salió bien". Todas las razones quedaban reducidas a una sola: Don Prudencio Yacuiba no hacía honor a su nombre y tenía el descaro imperdonable de mandar un empleado a la casa de los enfermos graves a ofrecer sus servicios fúnebres, cuando todos, el médico inclusive, estaban precisamente esperando "una reacción de la fuerte naturaleza del paciente".

Así había ocurrido en la casa de don Críspulo y en la casa de don Cornelio. Estaba el primero gravísimo "pero con vida aún", cuando se presentó a su casa un mozalbete rebosante de zalamerías y les ofreció a los hijos el servicio fúnebre de la "Casa Yacuiba" a un precio módico. Fué expulsado de allí, perdonándosele una paliza por las circunstancias tristes, etc., etc., pero, cuando horas después, pasó don Críspulo a mejor vida, se llamó a Don Ferdinando que, aunque adversario, era más educado que el otro bruto". Con el señor Oceano pasó otro tanto. Poco a poco iba muriéndose su cara mitad y él lloraba su próximo fin, cuando una "chinita" le avisó que un señor lo esperaba en la sala. Salió don Cornelio y se encontró con uno que le dijo, sin mayores circunloquios: "Se-

ñor, la "Casa Yacuiba" se ha enterado de que su señora esposa va a fallecer hoy y se apresura a ponerse a sus órdenes, recomendándole el nuevo estilo Doumont, recientemente recibido de..."

El señor Oceano, que al principio había abierto la boca de asombro, reaccionó bravamente y le había dicho al empleado de Yacuiba "cuatro frescas bien dichas". Naturalmente, al necesitar un enterrador, se dirigió sin titubear a su adversario de toda la vida, persona sin embargo, mucho más digna que don Prudencio...

*

Cuando Yacuiba, cirio más "ahumao" que nunca, se enteró de estas "historias", fuése a casa de los Sánchez Sánchez y de los Oceano a decir la verdad.

El empleado que iba a casa de los moribundos a ofrecer los servicios de su cochería, era un empleado de don Ferdinando Juliatti que se valía de esa treta "para fastidiarlo y hacerlo quedar mal".

Aclarado el asunto, se dirigió don Prudencio al diario de su partido y se hizo redactar una larga "Carta abierta" poniéndolo a Juliatti de oro y de azul, que al otro día apareció "en lugar preferente".

No contento con eso, hizo insertar un permanente, durante treinta días, que decía así: "A mis favorecedores. Por la presente aviso a mi numerosa y distinguida clientela que no tengo corredores para contratar entierros anticipados y que, personalmente, yo mismo, daré presupuestos por sepelios de 1ª o de 2ª clase a los deudos, una vez que haiga dejado de existir el difunto. — Cochería de la Primavera de Prudencio Yacuiba. (A una cuadra de la plaza. Local propio.)"

Y si encontrara...

Una música, cualquiera, le llenaba las piernas y los brazos de vibraciones, el pecho de deseos, la cabeza de sueños. Un órgano carrasposo como aquel del viejo Candelas que harto de rodar por los boliches, las yerras y los caminos, venía los domingos de misa cantada a rezongar en la iglesiuca; un acordeón como el de Juanín, el zapatero remendón y borracho; una guitarra como aquellas que en las tardes arpegiaban la hora íntegra de espera entre el regreso del rastrojo y el asado a punto, bastaban. ¡Música! Dos acordes y ya estaban las piernas de Marijuana pidiendo cancha, los brazos de Marijuana esperando otros brazos que la arrastraran en las vueltas embriagantes de la danza. ¡Música!...

Había nacido ahí no más, en la casucha maltrecha que está en el camino Real a la derecha mano antes de llegar a la banda del río. No salió nunca del pueblo. No fué, en los veinte años de vida, más que a seis bailes. No sabía nada. No pensaba en nada. Pero, la música, cualquiera, llenábale los brazos y las piernas de vibraciones, —una quemadora y saltarina retorcedura de los nervios electrizados,— el pecho de deseos, la cabeza de sueños...

Cuatro o cinco estrofas, partidas, como su vida, arbitrariamente, sabía de memoria la Marijuana. Una hablaba de amor, otra decía de ausencia, otra refería a la muerte. Todas ellas eran tristes, empapadas en tristeza, como los oscureceres contemplados desde la casucha que está al final del camino Real, antes de llegar a la banda del río...

Aquellas estrofas servíanle de música, cuando estaba sola. Las tarareaba, y mentalmente, sin dejar de mano lo que estuviera haciendo, daba vueltas y más vueltas en un baile sin fin.

Viejas canciones camperas, que rodaron por toda la campaña argentina, de boca en boca, ignorantes de su origen, aun daban vida a su ensueño, repitiéndose incansables, siempre iguales, siempre nuevas.

El verte me da la muerte,
El no verte me da vida,
Mas quiero morir y verte
Que no verte y tener vida...

—Ché... Marijuana... Andá vé esas gallinas que se han ganao al galpón... — gritaba la madre desde el interior de las piezas.

Marijuana estaba en el corredor estirando ropa con una plancha medio fría, canturreando incansable.

—¿Me has óido, ché?...

—Voy, mamita...

—Andá pués... corré, que esas condenadas me hacen un estropicio enseguidita... y cerrá con la tranca... pá que no dentren...

—Voy, mamita...

—Qué diablo de voy y voy... andá te digo, corriendo...

Faltaba un verso a la estrofa y la Marijuana quería canturrearlo antes de romper su ensueño y dejar

la plancha sobre la vieja baldoza en un extremo de la mesa.

—Demonio de chiquilina, mal criada... — repetía la madre desobedecida.

Y allá iba, a las cansadas, arrastrando sus chancletas de entrecasa, la Marijuana, para espantar a las gallinas:

Unos ojos negros
Vidalitá
Me quitan la vida;
Y me la devuelven,
Vidalitá
Cuando ellos me miran...

—Chú... Chú... Chuúú... ¡Juera!... Chuúú... ¡Juera!...

Un gallito batarás, cacareaba, rondando a una catalana remolona.

—¡Juéeeera!...

Tomó una piedra y la arrojó. Matemáticamente dió en la cresta pretensiosa del batarás. Un revuelo, cacareos, una nube de polvo, sobre las treinta gallinas en dispersión. Un gallo viejo clarineó en la media tarde, como un antiguo guerrero desteñido.

Marijuana trancó la puerta del galpón y volvió a decir sus versos:

"Palomita de ojos tristes..."

Bajo el corredor, frente a la mesa, la plancha fría en las manos otra vez, oyó que la madre preguntaba:

—¿Y...?

—Ya'stá, mamita... — respondió. Y apresuradamente ,para recuperar la postura deliciosa del que soñaba cosas buenas, le floreció en los labios el verso eterno:

Mas quiero morir y verte
Que no verte y tener vida...

Un lejano murmullo de conversaciones y un ruido apagado de pasos, le acariciaron el recuerdo...

*

Un nuevo ramal ferroviario que partía del pueblo viejo, siete kilómetros hacia arriba, en busca del nuevo caserío formado alrededor de las colonias florecientes, trajo al lugar gran número de gentes forasteras. La quietud habitual se marchó por unos días y la reemplazó el trajín del trabajo, la charla viva de voces nuevas, la alegría bullanguera que da a los vecindarios pobres y antiguos la gente que está de paso y tiene dinero para gastar...

De noche, el pueblo estiraba su vida un par de horas más. Los boliches ya no cerraban sus puertas a las ocho. Hasta las diez, las once, las lámparas de alcohol y querosene, echaban sobre el barro seco de las calles, el parvo reguero de su luz. A veces llenaban las esquinas los gritos destemplados de una discusión de jugadores de naipes. Una noche, un peón murió en mitad de una vereda sujetándose con ambas manos los intestinos cortados de un solo tajo. Los vecinos se hacían cruces, rogaban a Dios por la perdida calma, alzaban sus preces al cielo creyendo que aquello era un castigo. Pero no ocurrió nada más. Gritos en la noche, discusiones de borrachos, alguna que otra vez música. Los trabajadores, mojados aun de sudor, rendidos, querían alegrarse un poquito antes de meterse bajo las carpas de lona a dormir el sueño de bestias cansadas que no pueden soñar. Llamaban a Candela y a su órgano carrasposo. Invitaban a Juanín el zapatero, con su acordeón. Sacaba de un bolsillo, el capataz, una flauta. Caía de no se sabía donde, uno o dos guitarreros. Y era bastante. En la noche, se iba al cielo, se desparramaba por todas las callejas, se

colaba dentro de todas las fincas, despertando a los perros guardianes, una música desacorde y hermosa. Lejanísima, la oía Marijuana, con los ojazos abiertos, como soñando...

¡Pobre Marijuana! Estaba en la cama, a oscuras, escuchando a los perros y aquella música llena de encantos. Bailaban en el boliche, en la sala grande, en el pasillo. Ella imaginaba la escena y un rítmico movimiento interior le balanceaba el alma. Con el alma acompañaba ella el baile del boliche distante y con el alma lo transformaba todo. No era en el pueblo. La música desacorde de órgano, flauta, acordeón y guitarras, que alborotaba los perros guardianes, era una música suave, hermosa, magnífica, allá lejos, más allá de todos los caminos que ella conocía. Le bailaba con un rítmico ir y venir y dar vueltas, señalado desde lo alto por un bastonero divino. Las gentes sonreían. Las mujeres eran soberbios ejemplares de belleza bajo una rutilación luminosa que casi no podían contemplar los humanos ojos...

Marijuana tenía los ojos llenos de lágrimas, mientras soñaba despierta. La música desacorde del boliche continuaba llegando hasta ella, cortada a intervalos por ladridos desesperados... Con el alma acompañaba ella aquella música y creía que era muy lejos, más allá de todos los caminos donde ella danzaba, vestida de seda, adornada con tules, con flores, con piedrecitas de color, en los brazos de un hombre que ella no vió nunca...

*

Hechizada, media hora después, Marijuana abandonó su catre. Vistióse apresuradamente, sin hacer ningún ruido, conteniendo el aliento. Iría a bailar...

Salió de su cuarto, en el corredor quitóse sus zapatos nuevos, para que no oyeran sus pasos. Cruzó el patio enladrillado, atravesó el jardincito, abrió la puerta, volvió a calzarse y echó a correr...

En la negrura de la calle, el ladrido de los perros parecía multiplicarse, aumentar hasta ahogar todo otro ruido. Era ya aquello un infierno de ladridos que metía pavor.

Antes de los cien metros, Marijuana detuvo sus pasos, se arrimó al poste de la esquina, miró el cielo, tan azul y tan sin estrellas, que estaba negro. Sintió miedo. Miedo de que todos aquellos perros que ladraban furiosos le salieran al camino, a morderla. En eso volvió a oír la música del boliche más clara, más firme que nunca. La calle de tierra, oscura, parecióle señalarse íntegra como si la espolvorearan con yeso molido, indicándole el camino. Estaba mal vestida y sin peinar. De baile, sólo los zapatos nuevos, pensó. Pero, ¡qué importa! ¡Andando! Olvidó los perros, lo oscuro de la noche, sus temores, y volvió a caminar. Faltaban unas cuadras... No eran gran cosa. ¡El baile! Bailaría, bailaría, hasta caer rendida, aunque después, la madre al enterarse, le moliera los huesos a palos... ¡Y si!...

El pensamiento audaz, imprevisto, le asaltó como un tigre en la selva. !Y si!... Quedó clavada, sin poder dar un paso... ¡Y si encontrara a un mozo que después de bailar con ella todita la noche, se... la llevara enancada!...

*

Cuando llegó al boliche, baile y música habían cesado. Algún que otro peón rezagado, se iba, poco seguro sobre sus piernas y canturreando, hacia las carpas.

Al terminar la música, la perrada del pueblo habíase aquietado. El silencio era enorme. Caía desde arriba, como una lluvia de algodón negro, envolvía las cosas hasta darles aspectos fabulosos...

Marijuana, desilusionada, amarga la boca, húmedos los ojos, volvió a tener miedo. Desaparecidos todos los sueños, le pareció rodar como en una pesadilla, por un barranco interminable. Le acometieron deseos de llamar a la madre en su ayuda...

El boliche aun echaba sobre la calle de barro seco la ancha pincelada de luz de sus dos lamparones a alcohol. Un hombre salió de él, con una guitarra en la mano. Se acercó al único caballo que quedaba maneado cerca del palenque. Lo desató, montó y se fué...

Marijuana suspiró desde la sombra... Tenía amarga la boca, húmedos los ojos...

Y, paso a paso, volvió por la calle negra a la casucha que está en el camino Real, a la derecha, antes de llegar a la banda del río.

Bordame un clavelito colorao

—Bordame en el poncho un clavelito colorao...

—¿Y pa qué?...

—Pa ricordarme... — y los ojillos negrísimos le rebrillaron jubilosos.

Media hora más tarde, en la pulpería cercana al puesto, Nemesio se topó con su amigo y medio pariente Juan Soriano.

—¡Chá que soy suertudo!... — le dijo.

—¿Qué te ha pasao?...

Pero Nemesio advirtió que, locuaz como todos los enamorados, iba a ser pasto de la fácil chacota lugareña si lo oía el pulpero y concluyó:

—¡Chá que soy suertudo... pá taiar al monte!...

Y se arrimó al mostrador con cubierta de hojalata y pidió una caña.

Nemesio se iba del pago. Contratado por un inglés para cuidar animales que se mandaban a Buenos Aires, preparábase para efectuar el viaje más curioso para él que podían ofrecerle: conocer la capital y pasarse un día entero en el "fierrocarril".

—¿Y cuánto tiempo, — habíale preguntado a su nuevo patrón, — estaremos en Güenos Aires, don?

—Si osté porta bien y coido animales como yo quiere que coida, mi lo toma para siempre...

—¡Eh! pa siempre no va a poder ser, patrón...

—¿Por qué?

—Por que he de golver al pago algún día si Dios me da vida y resueyo....

—Allá va estar mucho mecor que en éste.

—Así será, pero yo he de pegar la güerta en cuanto pueda no más...

El nuevo patrón no le entendió y no hablaron más. La Nicolasa era lo que hacíale pensar a Nemesio que no podría demorar mucho el regreso. Buenos Aires será lindo, — cavilaba, — será grandote, pero ¿y Nicolasa? ¡Tan linda la Nicolasa! Bordame un clavelito colorao en el poncho, pa ricordarme... — le había dicho riendo, pero apenado, — y la china, una maravilla hecha carne morena, se quedó lagrimeando, cuando él se fué pensando en lo injusta que era la vida; cada vez que estaba alegre, lo ponía triste alguna cosa. No hallaba alegría completa...

*

Nicolasa bordó en un extremo del poncho un sangriento clavel, que Nemesio escondió para mirarlo él sólo, en oportuno doblez. Y ya en la capital formidable que llenaba la cabeza de ruidos y de humos, tenía que encerrarse como un delincuente en su cuartucho oscuro y húmedo de la fonda, para contemplar a solas el bordado de la Nicolasa, que le recordaba más que completa, su boca, pues entre el hilo de seda roja que se apeñuscaba en el clavel un poco tosco, Nemesio encontraba sus labios, carnudos, un poquito ásperos y bravos para el beso...

Nicolasa vivía en su recuerdo y en el extremo de aquel poncho, vida completa, y de su brazo o sobre sus hombros, se iba con él a correr calles y más calles, entraban ambos, con recelo, a un café o a un

teatro, o ya rendidos, antes de la media noche regresaban al cuarto del fonducho y dormían juntos. El poncho le cubría a Nemesio, amorosamente, y el extremo del clavel, quedaba sobre su cara, acariciante....

*

Nemesio sentíase cada mañana menos contento de su vida ciudadana. Buenos Aires le gustaba, pero unas horas. Aquella sucesión de días iguales, obligado a vestir el traje dominguero aunque fuera lunes, esperando no sabía qué orden del nuevo patrón para irse "al sur" a cuidar unos potrillos mestizos, no lo complacían... "Me tengo que ir, —pensaba cada hora,— me tengo que ir." La reflexión convertíase en idea que se perfila cada vez más clara y nítida y se aferra de manera inevitable. Así, un buen día se fué al patrón y sin rodeos le dijo:

—Mañana me voy ir pá allá...

El inglés creyendo que lo necesario para su peón era robustecer con unos pesos el vacío bolsillo, alargóle unos papeles, sonriendo con alguna malicia, pero Nemesio ni los tomó.

—No, si no es eso, si plata tengo... es que me voy nomás...

Y se fué. A la otra mañana se trepó a un tren con el poncho en una mano y su lío de ropas en la otra. Durante todo el trayecto, definitivamente olvidados los consejos y las recomendaciones del "patrón" sintióse inquietado por una para él inexplicable emoción. Hacía un mes, un mes larguísimo que no veía a Nicolasa... ¿Cómo la hallaré a la Nicolasa? — se preguntaba y sonreía...

Pero, a "la Nicolasa" no la halló. En el boliche tardaron dos días en explicarle su ausencia, y al fin de ellos, se la dijeron. Nicolasa habíase "mandado

cambiar" con Juan Soriano no bien partió el tren en el que se fué Nemesio a la ciudad...

*

El poncho de Nemesio tiene ahora una de sus puntas acribillada a tajitos. Con la punta de su cuchillo él se entretuvo en deshacer, hilo a hilo, el bordado clavel rojo que tenía el color, la esperanza y a veces, hasta la tibieza de los labios de Nicolasa... Y cuando piensa en la infiel, pega y despega la lengua al paladar sonoramente, aprieta los labios y luego se dice sin entenderse claramente, como un eximio filósofo:

—¡Bah! Mujeres... más fácil cuidar potrillos... y más siguro... Tenía rasón el mister...

Maricarmen

De tarde en tarde, los vecinos de aquella cuadra, veían en la puerta de calle de la "casa de las enredaderas" a una mujer que no representaba más de treinta años, alta, delgada, paliducha, con una cabellera de un color castaño desteñido, que a veces parecía rubio. Los que habíanla visto de cerca aseguraban que tenía una manera sumamente extraña de mirar, que sus ojos eran de color de uva moscatel, como la heroína de cierta novela, y que su voz, apenas oída como respuesta de algún saludo al pasar, no era más que un hilo de voz, escapado por entre unos labios finos, un poquito trémulos, casi siempre contraídos en un rictus de dolor antiquísimo, de esos que dejan huella en el espíritu y en el semblante y remarcan, cerca de los lagrimales, una ligera mancha de humedad...

¿Quién era aquella mujer tan fuertemente timbrada por recios y antiguos dolores, que bastaba verla para adivinarlos?

La "casa de las enredaderas" figuraba entre las más antiguas del barrio y seguramente había pasado hacía tiempo del medio siglo. En ningún barrio de Buenos Aires se encontraba con facilidad, vecinos con una residencia de treinta o cuarenta años en la mis-

ma casa, o en la misma calle. Cierto es que muchos de esos barrios, excluyendo los centrales, no alcanzan a tener esa cantidad de años de existencia. Hace dos o tres décadas, la mayoría de esas calles suburbanas de la gran capital eran terrenos baldíos, charcos o lagunas, que en unos días se poblaron de gente y se llenaron de ladrillos apresuradamente convertidos en paredes y en cercos, siguiendo el impulso espasmódico del crecimiento de la ciudad, admirable, aun para aquellos mismos que pusieron sus manos y sus hombros a la obra.

No tiene nada de extraño que la historia de la pálida muchacha de la "casa de las enredaderas" no la conociera ninguno de los vecinos de su cuadra. Su casa era la más vieja, y su historia tenía ya una vejez de treinta años, cuando aquella casa cuya fealdad arquitectónica disimula ahora el entretejido de muchas enredaderas, estaba solita, en medio de una gran chacra que se encontraba camino de la Chacarita, en lo que es ahora la parroquia de San Bernardo, cercana al arroyo Maldonado...

2

Maricarmen, como la llamaban, se crió sola entre su padre, Don Juan y sus tres hermanos varones, Juancito, Alberto y José. La madre murió cuando ella tenía apenas un año. El padre se pasaba el día íntegro removiendo los terrones de su chacra, sembrando, regando, recogiendo sus frutas y sus verduras. A veces, los hijos le ayudaban, especialmente el menor, José, muchachote que a los diez años ya ataba el carro y se iba con él lleno de hortalizas para los puesteros marchantes del "Mercado del Centro". Los otros, Juancito y Alberto, no siempre estaban dispuestos a trabajar, ni a quedarse en la chacra. Salían de paseo,

y volvían a los dos o tres días a pedir dinero al padre o a robarle productos de la chacra para malvender por ahí. Contaba Juancito diez y ocho y Alberto diez y siete años de edad, cuando habían desobedecido al padre y alzado el vuelo, como animalejos precoces que abandonan el nido frío antes de tiempo.

Maricarmen vió sus primeros días desde el suelo de la casa, donde se revolcaba y gateaba sin que se preocupara nadie mayormente de ella. Algunas veces, bien pocas, el padre, al regresar de su labor, y mientras hervía agua en la hornalla, para la comida que él mismo se preparaba, teníala sobre las rodillas un ratito, le daba uno o dos besos, la contemplaba atentamente como a un retrato no bien nítido en el que hallaba un remoto, un borroso recuerdo de la compañera muerta. Eso era todo. Su hermano José en cambio, la llenaba de cuantos cariños podía él imaginar en sus pocos años y su simplicidad de muchachote ignorante. Alguna mañana le lavaba la carita y las manos, y cada tantos meses con un par de pesos pedidos al padre, adquiría en algún tenducho del camino un vestidito que le quedaba sobrado de mangas o corto, pero que le servía a las mil maravillas. Los únicos dulces, — caramelos largos, una fruta seca, un alfajor, — que en su niñez gustó, José los trajo en sus bolsillos del pantolón de vuelta del Mercado, y hasta un juguete una vez, una muñequita de trapo con cara de cartón, que duró muchos años, afectuosamente mimada por Maricarmen que descubría a medida que los días pasaban, un hondo pozo de amores escondidos en su seno, venidos a la superficie espontáneamente acaso para ir supliendo todo el amor que le negaron los demás...

Los recuerdos de Maricarmen referentes a sus primeros años, no eran muchos. Comenzaban en realidad, con la historia de su muñequita de trapo y con un vestidito de bombasí colorado que debió sentar

muy bien a su palidez de semblante y a su pelito casi rubio... Después, tras de una laguna de años irrecordables, aparecían Juancito y Alberto en sus visitas espaciadas a la chacra que nunca duraban gran cosa, terminadas invariablemente con una discusión, fuerte casi siempre, con el padre. De aquellas discusiones conservaba aun Maricarmen un recuerdo tan vivo, que asustaba el pensar en ellas, como si no hubieran transcurridos los años. Una tarde, teníalo bien presente, llegó Juancito a la casa, minutos antes de que regresara el padre de sus tareas. Maricarmen estaba con José, —ella tendría entonces unos diez años,— y entre ambos preparaban el puchero para la comida que se hacía temprano.

—Cómo te vá, ché, sonsito... — fué el saludo del hermano mayor dirigido a José.

—No tan bien como a vos... por que no sé andar nunca de parranda...

—¡Tá bueno! Eso es por que no querés hacerlo... ¡Siempre vos has sido así, medio inclinao, como el güey, al yugo!

—Así será... y no me disgusta...

—¿Y Maricarmen?... — dijo Juan acercándosele y dándole un tirón de la trenza, — cómo está de crecida... pucha con la chica... ¡Si va ser una buena moza, de cuidar!

Maricarmen no protestó por el tirón ni entendió el elogio y se quedó mirando, concluído el repaso de unos platos recién lavados, el pañuelo de seda que llevaba al pescuezo y el chambergo gris de Juancito, que parecía sentarle tan bien con aquella melena abundante que le cubría casi las orejas.

—Media sonsita, como vos, me parece...

Aquellas palabras hiciéronla enrojecer a Maricarmen y experimentar unas grandes ganas de irse, con

cualquier pretexto, lejos. En eso oyó que José respondía:

—Me parece que aquí el único sonso sos vos... Pucha que venís con ganas de hallarnos inconvenientes... como si te importara gran cosa...

—¡Oh! no seas pavo...

—El pavo ya te he dicho quién es... Haragán liendrudo...

Los ojos de Juan brillaron extrañadamente, aunque la sonrisa inicial no se borró de su cara de cínico. Se aproximó a José, y dándole a Maricarmen otro fuerte tirón de trenza dijo:

—Vos sos un mocoso que está necesitando una buena tunda, ¿entendés? y me parece que te la voy a dar ya mismo...

José, disponiéndose a utilizar sus buenos puños, respondió algo incomprensible. Maricarmen dió un grito y se interpuso entre ambos. Durante unos segundos los dos hermanos se insultaron bárbaramente, y en el mismo instante en que Juan para que no les estorbara la muchacha le daba un empellón y la hacía rodar por el suelo, abrióse la puerta y se presentó, con una pala y un rastrillo en la mano, el "viejo"...

Lloraba Maricarmen con un llanto de terror indescriptible...

3

Desde aquella escena en adelante, los sustos de Maricarmen se fueron multiplicando. Cada vez que veía a Juan o a Alberto, poníase a temblar sin remediarlo. Para ello, érale igual que estuviera o no, presente el padre, pues la insolencia de los hermanos mayores no reparaba en nada. Las disputas terminaron muchas veces a golpes, primando siempre el nervudo viejo, que aun se hacía respetar por sus puños.

Cierta vez, transcurido un año, o más sin que se presentara Juan por la casa, el padre se encontró con Alberto que había venido de visita.

—Buen día, tata, — díjole éste, simulando humildad.

—¿Ya estás por aquí otra vez?... ¿Y tu hermano? ¿Dónde anda tu hermano?

Alberto confesó que estaba preso. Habíanlo descubierto, con otros de su laya, en un robo, y tenía cárcel para un par de años más, según decían los entendidos, pues aun no había sentencia.

El padre no respondió, sintiendo, lo que nunca, aflojársele las piernas y enrojecérsele el semblante. José, cuando lo supo, quedóse como perdido, y Maricarmen que estaba presente, púsose a llorar con un sincero dolor que ni ella se sospechaba.

En cuanto a Alberto, la prisión de Juancito, no parecía sorprenderlo ni apenarlo lo más mínimo.

—¡Y, qué querés! — dijo al rato. — no siempre uno tiene suerte...

El padre levantó la cabeza y lo miró con ojos de asombro.

—Fué la fatalidá, — prosiguió Alberto. — Fué la fatalidá que metió la pata, que si nó, el trabajo les iba a salir lo más lindo... un tano con plata... ¡Vá...! Así es la cosa...

Don Juan volvió a mirarlo indignado. El hijo soportó la mirada sin pestañar, ligeramente sonriente. El viejo quiso decir algo pero no pudo. Púsose de pie, abrió la puerta, y le señaló el camino. Alberto pareció no entenderlo. Entonces, el padre, lo tomó de un brazo y lo empujó hacia afuera reciamente...

Al otro día, Alberto volvió, a media tarde, sin que lo viera el padre que trabajaba en la tierra. Maricarmen dióle una taza de caldo, un pedazo de pan y un trozo de cerdo ahumado, José, que hacía un instante

regresara del "centro", quitó al dinero que traía dos papeles de a un peso, y se los dió... Varias tardes volvió en busca de los sobrantes del almuerzo que la hermana le guardaba. Hablaba lo indispensable y se notaba que aceptaba la comida con profundo disgusto, por extrema necesidad. Una tarde no vino, la otra tampoco... A la semana apareció con ropa nueva, con dinero, más locuaz; devolvió a José los pocos pesos que habíale dado y regaló a Maricarmen cinco. No quiso comer nada y manifestó que aquel día había almorzado opíparamente. Después volvió a faltar por espacio de muchos días...

Los hermanos habíanse guardado muy bien de comunicarle al padre las visitas que Alberto les hacía, para evitarle un disgusto. El pobre viejo lagrimeaba cada vez que por una u otra causa recordaba a sus dos hijos mayores, sin que aquella inconfesada emoción evitara un sacudimiento de indignación, reflejado instantáneamente en los puños cerrados. Evidentemente, érale doloroso el recuerdo, y tanto Maricarmen como José, procuraban evitárselo.

Alberto no era tan comunicativo como Juancito. Nunca supieron sus hermanos nada de su vida, ninguno de sus sentimientos, conformándose con imaginarse lo uno y adivinar lo otro, según llegara hasta la chacra con dinero o sin él. Juancito era mucho más brusco y manifestaba su pensamiento en cuanto se lo pedían. Alberto, no.

Cuando se obstinaba en permanecer callado, era completamente inútil formularle preguntas. Ni aun cuando se aparecía "con una copa de más en el buche" decía lo que tenía adentro.

José no quería a ninguno de los dos desde el momento que comprendió que ellos no querían a "la nena". Les perdonaba, mejor dicho, no les tenía en cuenta, el hecho de que no respetaran al viejo, de que no

lo quisieran a él, de que no trabajaran, fueran viciosos, tuvieran a cada rato cuentas pendientes con la policía, hiciesen una vida inconfesable. Nada de eso asumía tanta importancia para él como el que no quisieran a Maricarmen como debía querérsela. Les tenía rabia, —según confesaba—, ¡les tenía rabia, por eso!

Maricarmen cuando lo supo, se quedó triste y arrimadita a José con la cabeza que le llegaba al pecho, sin mirarlo, le pidió que los perdonara, que los quisiera, dicéndole que ellos eran buenos. José sonrió, tomóle con ambas manos le cabeza, púsola frente a sí, y le dijo, pausadamente:

—¡Qué sabés vos, nena!... Son malísimos. Tienen la entraña más negra que un carbón... No quieren a nadie, ni a mí, ni al viejo, ni a vos... ¡ni a vos!... Y nosotros, ¿qué les hemos hecho? Nada. ¿Qué les ha hecho tata? ¿Qué les has hecho vos?... A ver, decíme...

Ella, para los dos o tres sentimientos encontrados pero claros que guardaba, faltábanle palabras que los expresara. Sólo veníale a los labios una:

—Perdonalos, perdonalos...

—No lo merecen, — respondía José con más disgusto que encono.

—Pero si vos los perdonás, no lo harán más, vas a ver...

El hermano sonrió y una vez más tomó entre sus manos la cabeza de Maricarmen.

¿No lo harán más?...

—Claro, no lo harán más...

José le miró los ojos un instante.

—Verdaderamente, —le dijo,— sos un ángel...

Maricarmen cada vez que oía una palabra que no llegaba a comprender por completo, se aturdía. Las últimas palabras de su hermano, la dejaron así, como perdida y sin atreverse a conjeturar nada que le sirviera para orientarse. ¿Quién le había dicho a ella

nunca que era un ángel? ¡Cómo, cómo podía ser ella un ángel! Los ángeles, ¿no estaban en el cielo?

Antes de dormirse aquella noche, aun estuvo dando vueltas en su cerebro a aquellas preguntas sin respuesta. Semidormida, se hizo como una luz en sus tinieblas: la madre. La madre tanto tiempo ausente: los ángeles que están en el cielo: la madre imaginada chiquita, niña, con una túnica blanca, transparente, coronada de flores, y una vara de nardos en las manos blanquísimas, con los piesecitos descalzos, sobre una nube más blanca que ella, que toda ella... ¿Sería posible? ¡Mamá: los ángeles!

Se quedó dormidita, sonriendo, a miles de leguas de distancia de la chacra...

4

Contaba Maricarmen dieciocho años, cuando una tarde, antes de sentarse a la mesa, díjole el padre:

—Decime, ¿vos lo querés a Ernesto?

Maricarmen quedó aturdida como siempre, más que siempre, y necesitó dejar pasar muchos minutos para comprender la pregunta del padre. Finalmente respondió:

—Yo no...

—¿Estás segura?

—¡Claro! ¿Y por qué me lo pregunta, tata?

El viejo, dejando vagar una sonrisa por la cara, le explicó. El padre de Ernesto, chacarero vecino y su compadre, fué una tarde a buscarlo a la hora en que se deja de remover la tierra, y después de conversarle mucho sobre varias cosas, le formuló en nombre de su hijo el pedido de Maricarmen para casarse con ella. Y la muchacha, ¿qué dice? — preguntó él. — ¡Ah!, eso yo no lo sé, — había respondido el compadre. — Pues le preguntaré a ella el parecer, ya que es ella y

no yo quien ha de casarse... — Naturalmente, dijo el vecino, — y me quedo esperando entonces el contesto de su hija... Y así se despidió y se fué...

—¿Vos qué me decís?

—¡Pero tata... yo no digo nada!

—Eso está bueno... algo has de decir...

—Nada, nada. Si yo apenas lo conozco.

—¿A quién? ¿A mi compadre?

—No: a Ernesto.

—¡Cómo! ¿No lo conocés?

El pobre viejo se sorprendió tanto como su hija. Resultábale curioso que un muchacho que no había hablado casi con su hija, que no "le hizo el amor nunca", le pidiera para casarse. El también confesaba que apenas conocía a Ernesto. Habíalo visto una docena de veces, pero siempre de pasada. Entendía que era un muchachón sano, que ayudaba al padre, que le obedecía, que le quería. Ni una sola palabra en contra del mozo oyera nunca y eso constituía para él la mejor recomendación, pero estaba visto que pecaba por tonto pidiendo a una mujer a quien no conocía de cerca.

A la otra tarde fué él a la chacra de su vecino y compadre y todo lo que pensaba se lo dijo tal cual. El vecino se sorprendió a su turno.

—¡Diablo de muchacho! — comentó.

—¡Ah! sí, muy diablo, — dijo el otro. — Hasta quiere que nos hagamos el amor nosotros en su nombre... Vea, compadre, — agregó después de inquietar a las cercanas gallinas con sus carcajadas, — dígale al mocito de su hijo que se arrime mañana por las casas... Vamos a conocernos de cerca, ¿no le parece? y que se deje ver por mi muchacha si busca una contestación, porque de no, sin saber ni qué cara tiene, ¿cómo ha de decir que sí o que no, mi Maricarmen?...

Al otro día no apareció Ernesto por las casas, ni al otro tampoco, pero al tercero, que era un domingo,

se vino el padre trayéndolo de la mano como a chico que va rezongando a la escuela.

—¡Aquí le traigo al hombre, compadre!...

—¡Hombre! — dijo para sí don Juan, y, en voz alta: — Dichosos los ojos que los ven arrimarse. ¡Caranchos, con los mozos de hoy que son flojazos pá agachar el ala!...

Se encontraron y dieron la mano en el pequeño corredor que daba a la pieza grande de la casa, los tres hombres. Maricarmen se escondió en la cocina y desde allí observó al grupo, pero especialmente a Ernesto, a su gusto. Cuando el padre la llamó y vino, su pretendiente enrojeció hasta el cuello y ella se quedó tal cual, como si no supiera el objeto de aquella rara visita.

—Decime vos, — le había dicho dos días antes a su hermano José, — ¿hacen ustedes siempre así cuando les gusta una muchacha?

—¿Cómo ustedes?

—Sí, los hombres...

—Ah, eso no sé bien, pero se me figura que el vecino ese está medio abombao...

—¿Por qué?

—¿No te parece a vos?... A qué esa manera de querer hacerte su mujer si no te conoce de cerca, si no sabe a qué jedés... si a flor o a...

—Eso es también lo que a mí se me ocurre...

—¿Y vos lo conocés a él?

—De vista...

—¡No vé! ¡Cómo se han de querer!...

—¿Querer?...

—Sí, vamos, porque pá casarse hay que quererse...

—¿Así como nosotros?

—¡Eh! ¡no!... Nosotros nos queremos de otra laya... Como hermanos, y los hermanos no se casan...

—Entonces, ¿menos que nosotros?

—No sé... No sé si es menos o es más, pero de siguro que es distinto...

—Vaya, vaya... Y qué tengo que hacer hoy, cuando venga...

—Nada, vos no tenés que hacer nada... Lo atendés como a cualquiera. Ese abombao viene de visita a conocerte... Vos, conversá, miralo, oílo... ¿Qué vas a hacer?...

Y eso fué lo que hizo Maricarmen la tarde de aquel domingo, es decir, conversó y lo miró, porque en cuanto a oírlo, no pudo. El muchachón enamorado no despegó los labios más que para balbucear un saludo al llegar y otro al irse, ya comenzado el oscurecer...

Por la noche, delante de José, preguntóle el padre a la "nena":

—¿Y qué te ha parecido el vecino? ¿Eh?...

A Maricarmen no se le había ocurrido el averiguarlo y por lo tanto lo ignoraba. Ante la pregunta del padre forzó una respuesta y después de un buen rato de estar contemplando las patas de una silla que tenía delante, apenas dijo:

—¡Nada!...

—¡Algo ha de ser! ¿Te ha parecido bueno o malo?

—Regular no más...

El padre rió de buena gana. Seguía llamándole la atención aquella rídicula manera de enamorar que usaba el mocito hijo de su compadre.

José aventuró:

—¿Pero ha visto, tata, que ese muchacho es medio asonsao?...

—No he visto... ¿y vos?

—A mí me parece...

—¿Y a ella?

Maricarmen no contestó. José lo hizo en su nombre:

—¡Ella qué va a saber! ¿Por si acaso se elige el marido como si juera un tiento?...

—Bueno... me parece que vos ahora hablás de más. Al fin vos no sos a quien me han pedido pa casarse...

Y los tres se echaron a reír.

5

Ernesto fué varias veces por casa de Maricarmen. Siempre calladito y sonriente, comenzaron a mirarlo todos como a un antiguo amigo a quien podía conversársele de cualquier cosa pues a todas prestaba atención, aunque la mayoría de las veces no opinara sobre ellas nada. Estos amigos que oyen, se callan y sonríen, son a veces muy útiles y se termina por tenerles simpatía, a la inversa de lo que acaece con los amigos entrometidos y discutidores que están a toda hora dispuestos a dar su opinión, aun en contra de lo que opine el dueño de casa.

El que más parecía estimarlo era don Juan. Para ello no olvidaba en ningún momento los datos que poseía de su conducta y de sus excelentes disposiciones para el trabajo, y que por contraste con sus dos hijos mayores, resultaba impagable candidato a ser el esposo de su hija.

—No sea el diablo, — pensaba, — que la Maricarmen se me case con algún bandido que háiga que darle de comer y vestir...

José no podía aceptar al pretendiente sin sus reparos del primer momento. Para él no era más que un "abombao" y de ahí no se apeaba ni dejaba apearse a su hermana, que al fin, parecía inclinarse más a la opinión del viejo, sin que se le asomara por parte alguna el cariño que ella esperaba se manifestase antes de dar el "sí" que andábanle reclamando.

Por aquellos días se apareció Juancito en las casas. Vino flaco, barbudo, mal vestido, recién salido de la penitenciaría. No quiso enfrentarse con el viejo, por un resto de vergüenza que ni él mismo hubiérase sospechado y aprovechaba las horas en que no estaba en casa para visitar a Maricarmen, o hablar un rato con José cuando lo encontraba desocupado.

Parecía cambiado. Una mansa resignación había trocado al impulsivo y una más o menos suave manera de hablar, con grandes pausas, a aquel zafado y provocador de hacía unos años. Maricarmen alegróse mucho al advertir aquellas transformaciones, aun cuando se entristecía pensando en los sufrimientos de su pasada prisión, de la que nunca se hizo referencia. José se esforzó por olvidar el pasado y atendiendo a un pedido del hermano lo llevó a un horno no muy distante para que se ganara un jornal cortando ladrillos.

Cuando Juancito comenzó a trabajar diéronle la noticia al padre. Este escuchó el relato que le hicieron y las ponderaciones a su cambio de conducta, sin pronunciar ni una palabra y sin que tradujera su semblante, en el más rápido guiño, un solo pensamieto. Cuando terminaron el relato, el viejo comenzó a tironearse las guías rebeldes de su bigote entrecano, mirando al suelo. Marincarmen y José se quedaron con el deseo de saber qué le había parecido al padre el regreso del hijo mayor.

Y ese deseo le dejó a Maricarmen mucha pena. Ella había ya perdonado todo a su hermano. ¿Por qué no lo perdonaba el padre?

6

Unos meses después, en la misma casa de la chacra, Juan se encontró con Ernesto. La hermana los

presentó, sencillamente. Luego, José le explicó quién era y a qué venía aquel vecino a visitarlos. La explicación pareció disgustarle mucho y por primera vez después de tanto tiempo, volvió a asomársele a los ojos un reflejo de maldad.

No dijo nada, pero averiguados los días en que acostumbraba a concurrir Ernesto a la casa, no dejaba pasarlos sin hacer acto de presencia para estorbar toda conversación del pretendiente, y pasarse las horas mirándole provocativamente, con aquel su inconfundible reflejo en la mirada. Una antipatía cada día creciente, íbasele convirtiendo en profundo odio por el vecino inofensivo que respondía con miradas bonachonas a sus incomprensibles provocaciones. Juan no podía encontrarse frente a Ernesto sin experimentar la necesidad de zaherirlo, buscando en cada una de sus palabras coyuntura para molestarlo, para reirse de él, enseñándole la despareja dentadura. A solas con Maricarmen habíase atrevido a manifestarle su descontento por aquel "novio que se había echao" sin atinar a darle ninguna explicación, pero tercamente dispuesto a ahuyentarlo de la casa.

—¿Pa qué querés, — le había dicho, — un hombre de esa facha? ¿Acaso no podés esperar a que te salga uno que sea más hombre?...

El no podía dar razón alguna en justificación de lo que pensaba y decía. Ernesto no era un hombre merecedor de ingresar a su familia, de ser su "cuñao" y eso le llenaba de ira. Quería para cuñado un hombre completo, según él lo entendía, es decir, hecho al caballo, al cuchillo, al lazo, a la taba, al monte, al guitarreo... Para qué diablos servían estos mocitos que no sabían hacer nada más que lo enseñado por los padres, cuidar de los terrones, ir al mercado, vender unas verduritas, y manejar, como cualquier gringo el mancarrón de un carricoche... Muchachos que por no saber

hacer nada de "hombre", hasta hablaban en voz baja y con miedo, acurrucados en la silla, como chicos en lección de doctrina...

A estas ocurrencias de Juan, Maricarmen no había sabido qué responder, pero ratificó con oportunos movimientos de cabeza lo que díjole José, saliendo como siempre en su defensa, defensa útil únicamente para exacerbar la profunda antipatía del hermano mayor por el vecino pretendiente.

Y así continuaron las cosas, hasta que un día...

7

Lo encontraron muerto a Juan cerca del alambrado divisorio de las dos chacras...

Avisada la policía, Ernesto se presentó al comisario, declarándose autor de aquella muerte.

Según él, Juan lo esperó en aquel lugar y cuando cruzaba en dirección a la casa del padre, le salió al paso para prohibirle volviera a visitar a la hermana.

El primer impulso de Ernesto había sido el de volverse a su casa evitando una disputa que no deseaba, pero una palabra de Juan le agitó un poco los nervios y le movió la lengua para responder. Se cruzaron, entonces, como latigazos, algunas palabras, pocas:

—Gallina...

—Ladrón, presidiario...

Juan extrajo de su cinturón un largo cuchillo que rebrilló ante los ojos del odiado vecino. No tuvo más remedio que defenderse... De un brinco cayó sobre Juan, le tomó forzudamente los brazos y en un instante, arrebatado el cuchillo, enceguecido, se lo clavó en el corazón...

Después de declarar, desahogó su pena en llanto...

8

Desde entonces Maricarmen vivió exclusivamente dedicada al cuidado de la casa; del padre, mientras existió, luego del hermano José que casó con una muchacha del mercado, con la que tuvo tres hijos... Para todos fué la "insustituible". Hoy, los tres hijos de José están "creciditos" y van al Colegio Nacional. La tía Maricarmen los cuida, más aun que la madre, los guía, los mima... Su "historia", su historia trunca, no la sabían hasta ahora, más que José y su mujer. No solamente los vecinos sino sus tres sobrinos la ignoraban como ignoran todos qué se hizo de aquel hermano, Alberto, hace tantos años perdidos...

Maricarmen está ahora casi igual que cuando Ernesto mató a Juancito. Los años transcurridos apenas le han marchitado el semblante. Sus ojos de color moscatel miran aun, como entonces, de una manera extraña, difícil de explicar. Las interrogaciones que ella formulara, inquiriendo verdades que la vida no quiso darle a conocer, están patentes en sus ojos. Cuando ella quiso saber cómo se amaba encontróse con una mezcla de dolores, de indiferencias y de sangre que sólo sirvieron para ensuciarle de ceniza el corazón. Le atemorizó desde entonces, de tal manera el mundo, que nunca sale de su casa sin darse a temblar como una enferma...

La Botica del Pueblo

PROLOGUITO

—¡Pero cómo fué a parar, amigo, a ese pueblo y nada menos que de ayudante de boticario...!

—Esa es la gran pregunta en nuestra tierra... "¿A dónde fué a parar?"... ¿Quién, y con qué palabras se responde a esa pregunta tan argentina?... ¿Cómo fué a parar a ese pueblo?... No lo sé... No lo he sabido... No lo sabré nunca...

—Pero, ¡qué bueno!

—Pero, ¡qué malo!...

—Como guste...

—¡Claro!... En Buenos Aires se ignoran muchas cosas, entre ellas, la geografía del interior... Cuando a uno le da la loca por salir de la capital, sale sin tomar rumbo... Todo el mapa es igual... ¡Plano!... y todo el porvenir es nuestro. Natural y afortunadamente nuestro. ¡Qué importa marchar hacia el norte o hacia el sur! No importa nada. ¿Sabe uno a qué va? No lo sabe... Pues no sabiendo el objeto del viaje, tampoco es menester averiguar por qué vías correrá el tren que nos lleve...

—Eso será, porque al fin le fué bien, en el caso particular suyo...

—¿Y de quién estoy hablando yo, si no de mí mismo?... ¡Pues amigo!... Además, cuando me indigno no es necesariamente porque a mí me fastidiara lo que es objeto de mi indignación... Me fué bien, como usted dice, pero pudo irme malísimamente mal, y si a esta hora yo estuviera pudriendo tierra en el camposanto de aquel lugar, nadie sabría aquí una palabra ni nadie iba a indignarse por la cuchillada que me partiera el corazón...

Se hizo necesaria una pausa en aquella ya desviada conversación. Transcurrido el espacio prudencial de la pausa, Evaristo reanudó su relato, hasta el fin.

Cuando Lucio, su amigo, quiso recordar aquel relato, advirtió que había olvidado la mitad por lo menos. Y para no olvidar la otra mitad, durante una convalecencia, trasladó a un cuaderno lo que aun quedaba en su memoria.

Las cuartillas que siguen copian lo escrito por Lucio conforme lo relatado por Evaristo.

Y aquí, precisamente, termina el prólogo.

1

El pueblo se achaparraba entre unas cuantas ringleras de álamos. Los álamos parecían centinelas puestos a su alrededor para avisar, con el arqueo de sus estiradas copas, cuando se aproximaba el enemigo: el viento. El viento podía venir de cualquiera de los cuatro puntos sin que se le conociera. Siempre era igual. Bravo, fuerte, arremolinado... Se venía arrastrando arenas desde leguas de distancia, las zamarreaba en lo alto, las envolvía luego en unos cucuruchos y las azotaba sobre el pueblo sin historia y sin nombre. Durante horas, durante días enteros, el enemigo del pueblo se entretenía en eso. Sabía que nada ni nadie podía con él. Por eso se ensañaba, y a veces, el en-

sañamiento era brutal. Cubría el lugar con arena, finísima, la echaba a un lado y a otro, la levantaba, se la llevaba a las nubes, tapando el sol y tornaba a dejarla caer sobre aquella miseria de lugar y sobre aquella miseria de hombres... Los álamos eran la única defensa. Una compañía de soldados, de uno en fondo, dándose la mano para circundar el pueblo. Una compañía de soldados que parecían un grupo de chicos jugando a la ronda-catonga... Y no servían de nada, en realidad. Contra el viento y la arena nadie podía. Y cuando el juego de ir y volver, alzar y dejar caer, parecía poco, daba en aullar, y enfurecerse, y entonces levantaba los techos de las casas de adobe como tapas de juguetes, se llevaba volando la paja y el barro seco que cubría los ranchos, derrumbaba paredes, arrancaba los pobres y escasos frutales, quebraba las pocas plantas que encontraba y hasta, una vez, mató a una nena que se venía por el Camino Real jineteando un tordillo. Primero la cegó llenándole los ojos de arena. Cuando ella llevó sus manecitas a la cara, la volteó del recadito, — un cuero viejo de oveja y un par de arpilleras sucias, — y le abrió la cabecita, en el suelo...

¡Era terrible el viento! E incansable. ¡Cuándo dejó una semana de venir a amolar! ¡Una vez, —claro,— una vez! ¡La vez que llegó Evaristo a aquel pueblo sin historia y sin nombre!...

Durante unos días se gozó de calma. A Evaristo le hablaban del viento, y él sonreía. Él no conocía más viento que el que sopla en las calles de la ciudad, un poco molesto, un poco sucio, pero nada más. Exageraban aquellos pueblerinos para asustar al forastero...

En la fonda, —almacén, bar, billares, cancha de bochas y acopio de "frutos del país"— pasó Evaristo cuatro días. Al quinto comenzó a buscar qué hacer, porque le fastidiaba el estar quieto y se acababan los veinte pesos del capital. El fondero, —Pepe Gómez,—

le indicó la conveniencia de hablar con el boticario Y Evaristo fué a verlo.

Cruzando la plaza, —una hectárea baldía, con cuatro árboles, dos faroles y cien bocas de hormigueros,— estaba la casa del señor farmacéutico. Hacía esquina y era una casa como todas, chata, descolorida, de adobes viejos. Una tabla, sobre la puerta de tablas y vidrios sucios, decía: "Botica del Pueblo", a la antigua y sin pretensiones. Y así era el dueño, tal cual, sin pretensiones y a la antigua. Llamábanlo don Buenaventura, cuando no ganaban silabas diciéndole el Boticario. Don Buenaventura tendría cuarenta añitos. Llevaba diez en el lugar. Decían que estudió dos años de medicina y fué, durante cinco, mozo de farmacia en el Rosario. Lo cierto es que no tenía diploma alguno que acreditara estudios de farmacología ni de medicina, pero él era un farmacéutico concienzudo y un médico como todos los demás, pues acertaba el cincuenta por ciento de sus curas, y sin muchos aspavientos, a la pata la llana, o como él decía "a la buena de Dios".

Casó en el pueblo con una muchachita, hija de un bodeguero retirado de sus negocios. De ella tenía un hijito Caupolicán, nada menos. Caupolicán García, nada más. Don Buenaventura con su botica, su mujer y su hijo, era un hombre feliz. No tenía vicios. Un poco de naipes las noches de sábado, con unos amigos, alguna carrera la tarde dominical que el comisario quería, un paquete diario de cigarrillos, vino morado en la mesa, y si cuadraba, una copita de grapa fuera de hora, era todo, pero, en cambio, era un esclavo de su deber... ¡Ah, ser boticario en aquel pueblo!...

Evaristo se le presentó como un futuro boticario. No sabía nada, pero necesitaba aprender y hacer algo a cambio, por lo menos de un catre y un plato lleno.

Don Buenaventura lo entendió después de la octava palabra.

—Hecho, —le dijo,— quédese ya no más, si gusta... Vamos a ver si me sirve... Yo necesito un mozo como usté, que venga de la civilización, para que me ayude en lo poco que hay que hacer y me cuide la Botica cuando salgo...

—Pero, fíjese bien en que yo no entiendo nada de botica, — recalcó la honradez de Evaristo.

—Ya lo oí y ya lo sabía... pero eso no es nada, amigo, usté aprenderá en quince días... y, mire... si quiere, le voy a hacer lo que me hizo a mí un boticario, allá por la calle Piedras, cuando yo, siendo estudiante, entré como aprendiz. No me daría sueldo hasta que yo no aprendiera el nombre, el precio y la aplicación de cincuenta productos medicinales, por lo menos. Yo acepté el trato. A los ocho días, yo conocía cien productos. Pedí "mesa examinadora". El mismo dueño me examinó y, comprobada mi sorprendente aplicación, no tuvo más remedio que fijarme sueldo... Y ahí no más me señaló treinta pesitos mensuales como quien no quiere la cosa...

El mismo don Buenaventura se reía de su anécdota. Evaristo también rió, pero de pena.

—Acepto... — dijo el futuro boticario.

—Muy bien, amigo... y ya no más se queda, si le parece...

Evaristo se quedó, y aquella misma noche, en cuanto se tiró sobre un catre viejo en la trasbotica, comenzó a soplar el viento endemoniado de aquel pueblo sin historia y sin nombre...

2

A todos los vecinos del lugar y a los que se desparramaban por sus alrededores, los fué conociendo

Evaristo desde el pequeño mostrador de pino pintado de negro de la "Botica del Pueblo". A los que más tardó en conocer fué a los linderos de la misma casa. Pero al mes, ya sabía el nombre de todos, ¡porque todos eran tan pocos!

Los vecinos, — tenían la casa a cincuenta varas de distancia de la puerta de la Botica, después del patio y de la huerta, — le resultaron a Evaristo muy simpáticos. Un matrimonio italiano venido hacía medio siglo al país, un par de hijos varones, tres nietos. Y uno de los tres nietos, una muchacha —Julia— preciosa. ¡Qué simpáticos aquellos vecinos!

A Julia le calculó Evaristo poco más de quince años, acaso, estirando mucho, dieciocho. Pero... ¿cómo se daba aquel fruto tan blanco, con un cabello tan rubio, y unos ojos tan azules y unos labios tan rojos, en aquel lugar donde todo era arena. color de arena y con gusto a arena?...

Evaristo se quedaba perplejo. Julia había nacido allí. Sus padres también. Los únicos europeos eran los abuelos. Y era un milagro aquella blancura de jazmincito del país nacido entre el yuyal... ¡Milagro, y allí estaba! La veía casi todos los días. Con frecuencia por la mañana y por la tarde. Ya la saludaba con el "buen día" que allí se daban todos. Ella tenía una manera muy graciosa de devolver su saludo. Sabía sonreir, enseñar los dientes, achicar los ojos.. A Evaristo se le iban sus ojos, y el alma, detrás de ella... Al verla el pueblo entero se llenaba de alegría. Como por ensalmo se borraba aquella pátina de áspera tristeza que lo cubría. El adobe de sus casas no era gris. Las techumbres de paja y barro tenían un brillo que era como si también se alegraran. La arena que llenaba calles y callejas, que estaba en todas partes, ¿no tenía como un ligero resplandor dorado? Y los mismos álamos que hacían guardia, que formaban

cuadro al pueblo, ¿no eran gentiles mosqueteros erguidos hacia el cielo más azul y más blanco?

¡No, no era tan feo y triste aquel achaparrado pueblo sin historia y sin nombre!...

3

Bien de mañana se ponía de pie el flamante aprendiz de boticario. Antes de lavarse la cara en el tazón que estaba junto al brocal del pozo, enrollaba su flaco colchón y plegaba el catre de tijera que por las noches instalaba en el centro de la trasbotica. Después de eso, abría la puerta de calle del negocio. Con una botella de a litro, tapada con un corcho agujereado, dibujaba con agua sobre el polvo arenoso del piso de tablas. Hacía unos dibujos circulares como los aburridos que encuentran a mano una lapicera y un papel. Luego, empuñaba la escoba y barría hacia la calle, la mitad del polvo. La otra mitad se iba solita a posarse sobre el mostrador negro, sobre los dos grandes frascos de agua teñida —uno de rojo, otro de azul— que lo adornaban, y sobre la estantería con sus botes más o menos parejos y sus leyendas abreviadas en latín. Con un viejo plumero expulsaba de allí el polvo después de barrer. El polvo al caer de nuevo buscaba con predilección las manchas que quedaban del agua. Y entre eso y la primera nube que tornara el viento a meter en la botica, quedaba el piso como si no hubiera sido barrido nunca.

Don Buenaventura dormía hasta media mañana, si algún pedido urgente no lo despertaba. Su dormitorio familiar quedaba dentro de la casa, entre las cuatro piezas que daban al corredor. Su mujer y su hijo lo acompañaban en el sueño. Una china, en la cocina, fregaba como podía sus ollas, y encendía el

fogón de ladrillo para calentar el agua del mate. Cuando estaba a punto, llamaba a Evaristo y éste se desayunaba sorbiendo amargos hasta terminar el contenido de la calderita...

Los clientes mañaneros eran escasos y casi siempre en busca de purgantes. Los primeros días, Evaristo tenía que llamar a don Buenaventura para que los atendiera, pero en seguida aprendió a conocer el nombre y el frasco en que se guarban aquellos tan codiciados productos: sal inglesa, o sulfato de soda, a pasto. Y todos en busca de "un diez".

Así comenzó a servir de algo, hasta que una mañana se vino una mujer con un frasquito pidiendo:

—Diez centavos de alimento...

Y se le quemaron los papeles al hombre y hubo que preguntarle, por la puerta entreabierta, a don Buenaventura.

—Es la untura blanca, pues... — respondió malhumorado.

Y linimento, y sales purgantes, y aceites ídem, y harina de lino para cataplasmas, y píldoras de quinina para la fiebre palúdica, y barritas de azufre para los "aires", constituían el renglón fuerte de la casa. Todo de a moneditas, miserablemente...

A las nueve se levantaba el boticario y su familia. Con eso comenzaba el caserón a animarse. La señora, doña Cándida, empezaba dando un trepe a la china cocinera. Sus chillidos taladraban los adobes, se colaban en la trasbotica, se hundían entre los frascos y desaparecían en la calle, acaso en mitad de la plaza. Cuando decrecían, dando una sensación de alivio, iniciaba una de sus brillantes y sostenidas sinfonías araucanas el famoso Caupolicán. Tres cuartos de hora más tarde, la sinfonía se transformaba en un berrinche en toda regla, hasta que intervenía don

Buenaventura aplicando uno de los dos principios inalterables que para el caso tenía: uno, dar en el gusto al mocoso, aunque pidiera la luna; otro, tomar su látigo de andar a caballo y sobarle las nalgas y las piernas al encaprichado chiquilín hasta que callara o viniera la madre, "como una leona", a quitárselo de entre las manos. No había término medio, ni hacía falta, a la verdad.

Vuelta la calma, doña Cándida se llevaba el chico a la plaza. Al rato, don Buenaventura salía también a visitar sus enfermos. Si quedaban cerca, se iba a pie, si lejos, ataba un caballejo a una "mariposa" y se iba en ella, muy orondo, después de hacer algunas recomendaciones a su ayudante que quedaba al frente del "establecimiento"...

Y ni doña Cándida con su indomable indígena, ni el señor boticario volvían a verse por allí hasta la hora, nunca la misma, del almuerzo...

La tarde era de siesta, para los de la casa y para el pueblo. No aparecía por allí un alma hasta mucho después de las cuatro. Las horas se estiraban como ofidios al sol. Evaristo, sobre un banco, se amodorraba. Leía, a trozos, un manual de farmacopea, sin entenderlo. Dormitaba. Hasta que terminaba su siesta la china y venía a avisarle que estaba el agua para el mate, y en pago, pedirle media docena de pastillas de goma, de las que era golosa.

Al obscurecer, se preparaban dos lamparones a querosene. Uno para el negocio, otro para la trastienda. Si no soplaba el viento, el atardecer se iba colando lentamente en la "Botica del Pueblo" y con él los esperados clientes, que atendía en persona don Buenaventura. Si venteaba, la noche se venía de sopetón, era necesario cerrar la puerta de vidrios y encender los lamparones antes de tiempo. Entonces,

los clientes demoraban su compra y echaban un parrafito con el boticario.

Otros venían que no eran compradores: el cura cachafaz, el Juez de Paz enriquecido con los mendrugos hurtados legalmente, o el comisario famoso.

Como don Buenaventura era el único boticario, todos eran, o fingían ser, amigos. En política, a él lo ayudaba, además, su condición de "forastero". Era forastero todo individuo nacido fuera del lugar aunque allí se eternizara. En aquel pueblito sucio y chato no se daba jamás carta de ciudadanía al nacido en otro pueblo. Era la defensa del crustáceo, según dijo alguna vez el cura, —también forastero,— sin que nadie lo entendiera.

Oficialistas y opositores, —verdes y azules— divididos de manera irreductible, sólo coincidían en la "Botica del Pueblo". Las purgas eran tan necesarias a unos como a otros. Las indicaciones médicas de don Buenaventura atendidas por todos. Y el hombre sabía hacerse querer. El se reía de los azules y los verdes. Los conocía por dentro y por fuera. Todos le debían algo. Él no debía nada a nadie. Por sobre todo eso, estaba su bondad, y su bondad brillaba magníficamente en aquel reducido espacio donde todos rezumaban rencores de pueblo chico y terroso. Sin duda no se atrevían a confesarlo, pero todos lo sabían. La superioridad del boticario no estaba en saber dar una medicina, en aliviar un dolor, en vendar una herida, sino en ser un hombre bueno.

Estas observaciones las fué haciendo Evaristo sin proponérselo, a medida que iba conociendo y ahondando en la psicología de los habitantes de aquel pueblo sin historia y sin nombre...

4

Frío, viento, y el cielo encresponado. En cuanto Evaristo hizo la limpieza sumaria del negocio, cerró la puerta y se quedó mirando hacia la plaza desierta, desde lo más profundo de su alma desierta, fría y encresponada...

La nostalgia comenzaba a morderle otra vez. Una idea asomaba medrosa, en su cerebro: volver a Buenos Aires.

El viento no dejaba un solo instante quietas las hojas caídas en la plaza y en la calle. Soplaba sobre ellas, las llevaba, las traía, las obligaba a danzar enloquecidas, y al momento, de un empujón alzábalas hasta las copas crujientes de los árboles, las confundía con sus hermanas aun prendidas a la rama materna, hacíalas, acaso, soñar con una imposible vuelta a su lugar de origen y en seguida las dejaba caer para reanudar su juego inacabable: llevarlas, traerlas, hacerlas danzar...

La nostalgia del árbol originario mordía en el alma de Evaristo. ¿Qué harían los suyos, tan alejados?... Miraba las hojas, se miraba él... Hojas... viento...

Una figura se interpuso detrás de los vidrios sucios. Se abrió la puerta. Una mujer descubrió la cabeza que venía arrebujada en un manto de colores: Julia. Venía a buscar una pomada encargada la víspera, para aliviar los dolores reumáticos del abuelo... Sonreía, sonreía...

Evaristo fué a buscar el bote y demoró allí unos minutos para serenar su ánimo. Sintió que la sangre había comenzado "a galopar" desde el corazón a las muñecas...

—¡Pero qué linda! — se decía.

El reuma del abuelo, y la mañana fría y el tema eterno del viento, sirvieron para que Julia permaneciera un momento junto al mostrador.

Evaristo se aniñó de puro contento. Y cuando ella se fué con la pomada, en los ojos de él quedaba alegría para toda la jornada.

—¡Pero qué linda! — se decía. Y al repetirlo por tercera vez, se relamía los labios...

La tarde de aquel mismo día vino el cura a charlar con don Buenaventura. Un chascarrillo del boticario puso sobre aviso al ayudante, unas palabras del párroco le llenaron de inquietud. Adivinó más que otra cosa... Pero fué una adivinación que le llenó la boca de acíbar...

La fama de "tenorio" del Juez de Paz había traspuesto los límites de álamos del pueblo. Hasta las chacras lejanas llegó. Era acaso, el único galanteador con suerte del lugar. Era joven, era rico y permanecía soltero. Las muchachas todas le estimulaban a proseguir en sus galanteos. Todas veían en él un "buen partido" y cada una se consideraba con fuerzas suficientes para hacer su conquista. El aprovechaba la ocasión, pues le sobraba picardía para ello. Los hombres de sus condiciones eran allí escasísimos. Ponía un poco de vanidad femenil y resultaba el Don Juan del Pueblo, cuidadoso de su indumento, de las vueltas engomadas de sus bigotes y de la pretensión de su jopo perfumado con aromas que hacía traer directamente de la capital. Otra virtud tenía: su charla. Los aburridos hombres del lugar apenas hilvanaban frases de tres o cuatro palabras dificultosamente pronunciadas. Don Juan, Juez de Paz, perfumado y sonriente enristraba hasta una docena de vocablos y resultaba elocuentísimo cuando tenía por oyente el espíritu no menos aburrido de una mujer. El tenía para su uso personal, —acaso mandadas a buscar a

la capital, como los perfumes,— una serie de palabras acarameladas que las ponía en circulación con más o menos oportunidad, pero con indudable éxito. Siempre encontraba alguna muchacha deseosa de oírselas decir, creída de que habían sido inventadas o compuestas exclusivamente para ella.

De aquella conversación entre el cura y el boticario sacó Evaristo la certidumbre de que don Juan era un adversario serio.

Y el día aquel que comenzó mordiéndole el alma y removiéndole recuerdos, para aclararse luego, jubilosamente, con la presencia de Julia, terminó incubándole uno de esos odios que, aunque nacidos en motivos distintos, resultaban tan comunes como estériles en aquel chato pueblo sin historia y sin nombre...

5

Organizaron unas fiestas populares en la calle Real, de la plaza hacia la Bodega Vieja.

Se corrían "sortijas", carreras de dos y cuatro, un "juego del pato" final y se repartían entre los asistentes quinientas empanadas, otros tantos litros de vino "morao" y tabletas y alfajores para el mujerío y la gente menuda.

Después del almuerzo comenzó el baile y en seguida la "Botica del Pueblo" debió abrir sus puertas para el "servicio público", sin que ni el boticario, ni su mujer, ni su ayudante, pudieran concurrir a los festejos.

Se conformaron con verlos desde la puerta, a ratos perdidos, y a una cuadra de distancia.

Pero tomaron lenguas de los heridos y sus acompañantes, y por ahí dedujeron que el festejo no desmerecía de otros memorables en el lugar.

Primero trajeron a un viejo con el cuero cabelludo adornado con dos tajos. Habíasele ocurrido ir a la fiesta a protestar. Un amigo del comisario y del Juez, se adelantó a convencerlo de su error. Uno era un hombre joven, con cara de matasiete; el otro era un viejo que no tenía más defensa que sus razones y su experiencia de sesenta años. Recibió media docena de talerazos dados con el cabo del rebenque en un santiamén. Sus ideas políticas estarían más abajo del cuero cabelludo y del cráneo, y no sufrieron alteración alguna, pero se le abrieron dos heridas que arrojaban sangre a chorros, llenándole la cara y la blusa. Corriendo se lo trajeron a don Buenaventura, para que le parara la sangre, le desinfectara las heridas, les diera unos puntos. Casi una hora gastaron en ello el boticario y Evaristo.

Cuando ya lo tenían remediado, vino una mujer con un chico que se había "torcido una pierna" al saltar una acequia para ver si pescaba unos dulces que daban. El chico gritaba como un demonio. Parecía tener fuera de su sitio la rótula. En cuanto le ponían una mano en la pierna daba alaridos que debían de oirse a diez cuadras, mucho más allá de donde alcanzaban los descoloridos gallardetes que adornaban la calle Real desde la plaza hacia la Bodega Vieja.

Doña Cándida, Evaristo y la madre del chico ayudaron a don Buenaventura que, jadeante, vociferante, gastó media hora en enderezar como mejor pudo la pierna. Fué un trabajo que los dejó a todos sudorosos, rabiosos, con los tímpanos rotos, y al chico, afónico, deshecho...

Después trajeron una "empanadera" borracha. Era una de las chinas que habían comenzado su fiesta el día antes, "cimbando" y horneando empanadas entre trago y trago de vino morao. Estaba ya impo-

sible, cuando "se le dió vuelta el buche", según aclaraba otra que la acompañaba. La descompostura era de órdago y costó Dios y ayuda calmársela y despacharla con orden de irse al rancho y tirarse en el catre... para que no bebiera más.

Al final, trajeron acostado sobre una escalera, a un jinete que rodara en plena carrera. Venía dormido del golpe, sin herida visible. El pecho se le partía con la fuerza y la dificultad de la respiración. Don Buenaventura, renacida la calma habitual que parecía hacerle hecho perder el chico de la pierna dislocada, comenzó dándole a oler éter a ver si volvía del desmayo, mientras Evaristo y un hombre lo desvestían para revisarlo mejor. Esa ocasión la aprovechó doña Cándida para mandarse a ver la fiesta donde ya estaba el famoso Caupolicán con la china cocinera...

Vuelto en sí el hombre, quejábase de un dolor en la cabeza y de otro dolor en la cadera, sin que acertara a decir cuál de los dos merecía más importancia. Por sus pies se fué, aunque rengueando un poco, en busca de un boliche cercano, pues le parecía bien la receta de un acompañante:

—"En cuanto te tomés dos "potrillos" de "morao" te quedás nuevo..."

Se iba la tarde, acababan los números principales de la fiesta, parecía haber terminado la misión del boticario, cuando un tropel de gente llenó el despacho, azorada. Entre todos traían a un hombre, como una bolsa. Un chorro de sangre, espesa, casi negra, iba señalando el paso del tropel.

Lo entraron a la trasbotica. Evaristo trajo su catre de tijera, y sobre su lona, extendieron al herido.

Bastó abrirle un poco la camisa a la altura del pecho. Entre un puñado de vello espeso y negro se abría en charco la sangre, y a la medida del corazón,

sujetaba a medias la hemorragia el mismo cabo del cuchillo tan ferozmente clavado...

—¡Qué bárbaros!... — exclamó don Buenaventura tomándose la cabeza con ambas manos.

Todo el grupo, lo miró, interrogante.

—Cúrelo, don... sálvelo...

—¡Pero, hijo! — gritó el boticario. — ¡Qué le querés hacer!...

—Cúrelo... sálvelo al pobre...

—¡Ojalá!...

—Sí, sí...

Don Buenanventura lo miró con ojos de asombrado dolor. Iba a decir una palabra, pero no hizo falta. Todos miraron la cara del herido y lo supieron. Estaba muerto.

—¡Pero qué barbaros!... ¡Qué manera de hundir el cuchillo!...

Cuando alzaron al muerto para llevarlo sobre la misma escalera que sirviera para traer al de la rodada, don Buenaventura levantóle la camisa por la espalda, y llamando a Evaristo con una seña, le dijo:

—Mire...

Evaristo vió asomar como un centímetro de la punta del cuchillo...

6

Encendido el lamparón de la Botica, se barnizó con un rectángulo de luz amarilla la vereda de ladrillos y la calle de tierra.

Evaristo cubrió la sangre del piso con aserrín y sacó su catre a la huerta para lavarlo al otro día.

La gente regresaba a sus casas, de vuelta de la fiesta, y entraba a informarse de la herida de Eulalio. Al saber que había muerto, se lamentaban, hacían un breve elogio de su vida, recordaban a la ma-

dre, una viejita paralítica que vivía a sus expensas, y luego condenaban el ardor de la sangre moza que transforma en tragedia la más insignificante discusión. Y marchaban a desparramar la noticia, con el apresuramiento inconsciente de los que gozan en ser los primeros en llevar y traer las malas nuevas. Detrás de ellos venían otros y se volvía a explicar la muerte de Eulalio, y cómo lo habían traído hasta la Botica, y cómo tenía hundido el cuchillo a la altura del corazón, y cómo de esa herida no podía salvarse nadie, y cómo se lo llevaron acostado en la escalera, hasta el rancho de la madre paralítica. Y cada uno daba su opinión y cada uno tenía la noticia exacta del hecho, de la discusión que terminó de tan mala manera y del nombre del autor...

Con sus hermanos, pasó Julia rumbo a su casa. Se detuvieron en la puerta de la Botica. Evaristo procuró atenderla. Él mismo le dió las noticias que pedía. Ella estaba pálida, asustada, un poquito temblorosa. Evaristo, por retenerla allí unos minutos más, después que dijo cuanto sabía, comenzó a preguntar a ella y a los hermanos. Y así estuvieron como un cuarto de hora, barajando un tema ingrato que a Evaristo, — que Dios lo disculpara, — le pareció gratísimo.

—Pero qué linda es la Julia, hasta pálida, asustada y trémula... — decíase Evaristo mentalmente.

Antes de irse, la muchacha dió unos pasos hacia adentro del negocio y le encargó a don Buenaventura otro bote de ungüento para el abuelito.

—Sí, para mañana... — dijo el boticario.

—Para mañana tempranito... — agregó Evaristo.

—Bueno — dijo ella, — hasta mañana, buenas noches, ¿no?...

Evaristo creyó leer en los ojos de ella la promesa de que vendría personalmente a buscar el bote y

que lo haría bien de mañana para encontrarlo a él solito en la Botica... Porque eso era lo que él había querido decirle. Y creía, estaba seguro, sospechaba, acaso, podía ser, que ella lo hubiera entendido así... ¡El corazón le "galopaba" en el pecho! Del corazón a la cabeza, de la cabeza al pulso, pero ¡cómo se aceleraba el ritmo de su circulación!... "¡Pero qué linda es la Julia!"...

Al acostarse, — el colchón en el santo suelo, sobre unos diarios viejos, pues el catre había quedado inservible hasta que no se lavara, — Evaristo se prometía para la mañana siguiente uno de los más inolvidables episodios de su vida. Estaba ya dispuesto a decirle a Julia que...

Y se durmió tardísimo, después que cantaron los gallos del corral de la casa, de los corrales lejanos, de más allá. Oíanse aquella noche perfectamente todos los gallos del lugar. Sus cantos eran fanfarrones y alegres, clarinadas anunciadoras de una victoria inmediata e inevitable. Los gallos con sus alertas nocturnos le dijeron a Evaristo que el amor iba a florecer para él en el corazón de Julia, tan lozano y magnífico que sobraría para llenar de color y perfume al pobre pueblo sin historia y sin nombre...

7

Las nueve de la mañana y parecía amanecer. Desde la puerta de la Botica veíase un trozo grande de cielo, sobre la plaza, sobre algunos tejados, hasta un poco más allá. En el centro de aquel trozo se apelotonaban, quietas, un centenar de nubes espesamente teñidas de gris, en los bordes se rasgaban en algodones, y a la distancia de los álamos una ligera coloración verdosa podía dar la ilusión de que aquellos pinceles de los árboles se lavaron en el cielo.

A esa hora llegó Julia en busca del ungüento. Evaristo estaba solo, solo con su temblor de emoción, un propósito que retrocedía hacia el renuncio y un profundo afán de ver en los ojos de la muchacha la sentencia de su destino...

Tras de los saludos largos y repetidos que allí se usaban, ella preguntó por el remedio y él se arrojó de cabeza hacia el propósito hecho desde la víspera para que no se le perdiera.

Don Buenaventura había olvidado el encargo el día anterior por culpa de las visitas abundantes que tuviera. Pero eso no iba a decirlo Evaristo hasta el final. Fué a la trasbotica. Hizo como que buscaba el bote removiendo unos frascos, y volvió, romántico muchachón de veinte años, con una flor en las manos. Comenzó a hablar ofreciendo a la muchacha aquel clavel hurtado hacía poco a una maceta de doña Cándida. Las palabras le brotaban una tras otra atropellándose, como si tuvieran prisa. Él las arrojaba fuera, vinieran o no al caso, con esta o aquella voz, sin reparar en puntos ni en comas, interrogando las admiraciones y admirándose de las preguntas. Desocupaba, en realidad, una enorme caja llena de vocablos, buscando uno solo, y tenía el ademán nervioso del que echa a rodar un baúl entero de ropa blanca muy planchada para encontrar un botón de camisa. Hablaba del pueblo y del viento, del día que llegó, del feliz instante que la conoció a Julia, de cómo recordaba su primera mirada y cómo guardaba en un medallón del alma su primera sonrisa. Creía que pecaba de audaz, y entonces hablaba otra vez del pueblo, la plaza y el viento, de las fiestas del día anterior, del pobre Eulalio, de la ferocidad con que le clavaron el cuchillo y terminaba el período condoliéndose de la pobre madrecita paralítica que se quedaba sola en el mundo.

La muchacha sorprendida por aquel chaparrón, sonreía, se enseriaba, arrugaba cuanto podía su entrecejo, volvía a sonreír, abría la boca para decir una palabra que no se oía. Evaristo por que no la dijera, temiendo oírla, reanudaba con nuevo ímpetu su discurso, y las frases que se hacían largas, retorcidas, vacías, sonoras, como en un discurso de "comité"... Era otra vez el pueblo amodorrado bajo la guardia tan incesante como ineficaz de los álamos; eran los álamos gentilmente cuadrados con el penacho de su gorro hundido en el cielo; era el cielo obscurecido ahora como para hacer más magnífica la aparición del sol que se esperaba; era la plaza abandonada, con sus bancos que nadie ocupa, con sus faroles que nadie enciende, con sus cien bocas de hormigueros destruyendo lentamente lo que aun restaba de su pasada lozanía, y era, en fin, su corazón, como el pueblo amodorrado esperando que lo despertase ella; su corazón, como los álamos haciéndole guardia de honor, gentilísima, a ella; su corazón, que, como el cielo, se encresponaba de temores mientras aguardaba una palabra de ella para volver a iluminarse magníficamente de sol; su corazón abandonado, como la plaza que estaba ansiando que ella viniera a pasearse por él, a llenarlo con su presencia, a alegrarlo con su amor...

La enorme palabra estaba dicha; el botón encontrado dentro del gran baúl lleno de ropa blanca... Y como si ya no necsitara nada más, calló. Se quedó trémulo, sudoroso, con las dos manos juntas, frente a ella.

Julia se contemplaba achicada sobre el botellón de agua azulada, en la mano el clavel, en el cerebro un gran vacío y, en su corazón de mujer, apuntando, nada más que apuntando, la satisfacción de saberse amada por Evaristo.

Sin decir una sola palabra se marchó. Él la dejó irse... Quedóse mirando la calle y la plaza, el cielo embadurnado de nubes, los álamos lejanos que cuadraban aquel pobre pueblo sin historia y sin nombre...

8

El más chico de los hermanos de Julia vino por el ungüento poco antes del mediodía. A Evaristo le dejó este mensaje:

—Que eso de la mañana se lo pregunte a don Buenaventura.

Evaristo se hizo repetir tres veces aquella frase, y como el chico la recitó exactamente igual cada vez se dió por enterado de ella y aguardó a que el boticario regresara de visitar a sus enfermos.

Por suerte volvió temprano, y mientras esperaban que llamaran para almorzar, el ayudante le dijo a don Buenaventura:

—He conversado esta mañana con Julia, largamente...

—¡Sí! ¿Y de qué?...

—De cosas nuestras...

—¡Hombre! Eso está bueno...

—Regular, nomás, señor... Ella no ha querido decirme algo que sin duda se reserva...

—¡Claro! ¡Qué mujer no se reserva algo!...

—Y me ha dicho, en cambio, que hable con usté...

—¿Conmigo?...

—Sí, señor, con usté, que le preguntara a usté...

—Sí, pero que me preguntara qué cosa...

—No sé. No me lo ha dicho. Seguramente eso que ella no me ha querido decir esta mañana... Dígamelo usté, se lo ruego...

—Pues no entiendo palabra...

—¡Cómo!...

—Nada, nada Evaristo, no entiendo nada... Si no sabes qué es lo que tienes que preguntar, la cosa es graciosa... Pero vamos a ver... ¿De qué hablaron ustedes, cuáles son esas "cosas nuestras"?...

Evaristo sintió que se le coloreaba el semblante y le entraba uno de aquellos miedos pueriles que sentía frente a su padre cuando éste le interrogaba por alguna fechoría de la escuela o de la calle. Pero en seguida, sonriendo, respondió:

—Mire, don Buenaventura... Yo creo que la quiero a Julia...

— Ah, sí... crees que te has enamorado de ella y esta mañana...

—Sí, señor, esta mañana se lo confesé...

—¿Y ella entonces no te respondió ni sí ni no y te dice que hables conmigo?...

—Eso, eso...

—Pues ya sospecho lo que sea... Ha de ser esto... Mira... No te vayas a asustar...

—No, no me asusto...

—Es que ese sinvergüenza del Juez, ¿sabes?, ha pedido la mano de Julia a su padre, para casarse con ella...

A pesar de la advertencia del boticario, Evaristo empalideció.

—¿Y se la concedieron?

—Todavía no, todavía no...

El ayudante repitió como un eco lejano:

—Todavía no...

—Eso es — dijo el boticario — pero se la concederán...

—¿Por qué? ¿Ella lo quiere?...

—No lo sé, pero aunque no lo quiera... El Juez es temible... Aquí le tienen miedo... En comandita

con el comisario y unos cuantos cachafaces más, hace aquí lo que se le ocurre. Tiene carta blanca del gobierno... El que se le atreviese... arrea con él de una manera o de otra... Mira a ese pobre Eulalio de anoche...

—Sí, ¿fué él?...

—Él personalmente, no; pero como si lo fuera... Era un rival afortunado que le molestaba. Dicen que le llevó el cariño de una chinilla que vive allá por el lado de las viñas... Y el tipo se la juró. Y anoche le buscó pelea un forajido que no es de aquí, que vive en la Villa Rica, y ya viste como lo despachó... Y todos temblando y callados... El asesino se fué... Recién esta mañana dicen que salió una partida a buscarlo... Sí, que lo busquen... que hagan sumarios, que ensucien papel de oficio... ¡Un escándalo y una vergüenza, Evaristo, una vergüenza que ocurran estas cosas en nuestro país!...

—Sí, pero en este caso, — dijo un rato después Evaristo — la cosa no es igual. Julia no es una chinilla. Tiene padres...

—Sí, pero los padres, los tíos, los abuelos, tienen miedo... Lo único que podrán es hacerlos casar... Pero la muchacha se la darán, con libreta del Civil y con bendición del cura, pero se la darán, de miedo...

—Eso no, si ella no quiere...

Don Buenaventura miró sonriente y de reojo a su engallado ayudante.

—Me gusta que digas eso... Pero no te apresures... Con estos tipos conviene andar con paso tardo... Piensa qué se puede hacer, que yo también lo pensaré; pero, por Dios, no hables de esto con nadie, con nadie, ¿me entiendes?

—Sí, entiendo... entiendo...

Por la tarde vió Evaristo al hermano de Julia y lo llamó: Le obsequió con unas cuantas pastillas y le

pidió que fuera a decirle a su hermana que ya había él hablado con don Buenaventura. Antes de obscurecer vino la muchacha en busca de un poco de harina de lino. Evaristo le despachó la harina y le dijo:

—Ya lo sé todo... Es decir, ahora necesito saber una cosa que es importantísima. Y es ésta...

Titubeó un instante. Bajó cuanto pudo la voz, como si los frascos pudieran oírlo, y añadió:

—Necesito saber si usté lo quiere...

—¿Yo?...

—Sí, a ése que ha... pedido... su mano...

Julia estaba ya roja y unas gotitas de sudor le abrillantaban la frente.

—Dígamelo... dígamelo...

—No... no lo quiero...

—¿Verdad?...

—Cierto... sí...

—¡Oh!, qué suerte... qué suerte... Julia, ¡qué suerte!...

Ella sonrió fugazmente. Temblaba.

—¿Pero le dijo don Buenaventura quién es ése?...

—Sí, me lo dijo, y lo conozco... es un canallita... hace usté bien en no quererlo... es un indigno...

—Sí, pero...

—Ya... ya sé que es un hombre temible; pero, ¿qué importa?... ¿Eh?...

Julia lo miró con asombro y alegría. Se le agrandó la figura de Evaristo en su espíritu.

Él continuó hablando:

—Qué importa siempre que usté me quiera...¿Me quiere usté?...

Ella bajó los ojos, sin responder.

—Necesito — añadió él — saber que usté me quiere... y si usté me quiere como yo la quiero....

Desde el interior de la casa vino un estruendo de loza y vidrios rotos. Caupolicán acababa de hacer

una de las suyas. Doña Cándida comenzó a chillar agudamente.

—Bueno, me voy... — dijo Julia — hasta mañana...

—¿Pero se va?...

—Sí, sí... me están esperando...

—¿Y no me dice usté?...

—Mañana, mañana...

—¡Mañana! ¿Vendrá?...

—Sí, sí... ¡Adios!...

Desde el umbral de madera de la puerta lo saludó con una mano y sonrióle. Él la vió divina, entre aquel marco, con aquel fondo descolorido que ofrecía la plaza y la calle.

Evaristo suspiró, feliz. De la dulcedumbre de su arrobo lo sacó el indio Caupolicán que, corrido por la madre, entró a la Botica con un estruendo de artillero y unos alaridos de loco.

Ya estaba la noche encima. Vino una mujer en busca de una barra de azufre y Evaristo se la despachó a tientas. Cuando quedó solo, encendió los lamparones a querosene. La calle, después, pareció más negra. El cielo tenía un resplandor lechoso recortado en sus bordes por los álamos, como ese papel a picos que se ponen en los estantes de las cocinas para alegría de las cocineras y regocijo de las moscas.

Evaristo se quedó mucho tiempo contemplando, sin ver, la plaza y el cielo. Estuvo vagando, muy lejos, entre estruendo de calles centrales de la lejana Buenos Aires, con una preciosa muchacha del brazo. Los que pasaban a su lado volvíanse a contemplarla, ¡y a Evaristo le daba una rabia!...

Cuando regresó de su vagabundeo, vió otra vez la plaza negra. En el otro extremo habíanse encendido tres luces, como tres estrellas parpadeantes y

amarillas. Eran los lamparones de la fonda, — almacén, billar, tienda, etc.,— de don Pepe Gómez, también amigo de los del gobierno, prestamista y usurero...

9

Ocho días después don Buenaventura y su ayudante no tenían más que una solución para el problema. Para ponerlo en práctica no se dieron más que unas horas. El Juez de Paz urgía a los padres de Julia por la respuesta. La respuesta iba a ser favorable, pues entre el cura y el boticario tenían averiguado que en aquella casa no había ni uno que se atreviera a decirle que no a don Juan, por mucho que llorara y rogara la pobre muchacha.

—¿Te atreves?...

—Sí... sí... — respondió ella, firmemente.

—¿Te atreves? — habíale preguntado don Buenaventura a su ayudante.

—Sí... sí... — respondió él, sin titubear.

—Pues bien... se hace así, y que salga lo que Dios quiera... alguna vez hemos de vencer a los pillos aunque los ayude el gobierno...

Y se hizo, tal cual lo imaginaron.

Sin que entrara nadie en el secreto, más que los tres, aquella noche preparó Evaristo la "mariposa" del boticario. Después de las doce, subieron a ella, él y Julia, más un pequeño atadito de ropas. Había que tomar el camino del oeste, cruzar un campo extenso, las salinas chicas, vadear el arroyo del Palo-roto, caer al camino que conducía a Palmar y alcanzar el tren que pasaba por aquella estación, al amanecer.

Evaristo no conocía aquella ruta, ni la sospechaba. La imaginó el boticario, sonriente como un conspirador seguro de triunfar, y habíasela explicado

varias veces, detalladamente, a Julia. Ella misma guiaría.

Don Buenaventura le entregó a Evaristo cuanto dinero encontró a mano. Su ayudante lo recibió lagrimeando de emoción y prometió devolverlo desde Buenos Aires, en cuanto pudiera.

—Eso no me interesa —díjole el boticario—. Lo que quiero es que los dos me aseguren que, suceda lo que suceda, no digan ustedes nada de mi intervención en este asunto. Y el por qué ya lo saben... Tengo mujer, tengo un hijo...

—Sí, sí, don Buenaventura, lo comprendemos y juramos callar...

—Bien... De lo demás yo me encargo... Ustedes me dejan abandonada la "mariposa" en el Palmar... Cuando la reconozcan y me avisen, sabrán por dónde han escapado y yo me haré el sorprendido... Diablo de Evaristo, diré...

Y se echó a reír, con sordina.

—Y tú, Julia, cuando lleguen a Buenos Aires y se casen, pones un telegrama a tus viejos... con la gran noticia... En el fondo, yo estoy seguro de que se alegrarán...

Partieron. Lo que restaba de noche gastaron en llegar al Palmar. Diez minutos antes de que pasara el tren pudieron sacar sus boletos. La estación, en el amanecer, vacía, facilitó el embarque de Julia sin que nadie la reconociera. Evaristo palmoteó cariñosamente al caballo, y se prometió escribirle a don Buenaventura para que lo premiara. en su nombre, con buenas raciones suplementarias de maíz.

Ya en el tren, y en marcha hacia la capital, Evaristo y Julia se miraron, primero como con sorpresa, después alegres, en seguida tristes...

—¡Pobre mamá!... — dijo ella, y se le humedecieron los ojos.

Un rayo de sol, el primero, dió en el cristal de la ventanilla y se derramó sobre la falda de Julia.

Él, arrojando una gran bocanada de humo, dijo:

—Todo ha salido mucho mejor de lo que yo creía... Eso quiere decir que vamos a ser muy felices, muy felices, lejos de ese terrible pueblo en que naciste...

Ella lo volvió a mirar entre llorosa y sonriente. Luego se le arrimó un poquito, mimosa. Había sentido la necesidad de que la protegiera aquel desconocido que se la llevaba arrancándola de los suyos. Él cruzó su brazo por sobre los hombros de ella y la atrajo dulcemente, feliz de sentirla ya bajo el ala, como una de esas grandes aves de presa que protegen al polluelo después de haber roto a picotazos la entraña del enemigo..

El tren corría, corría como si supiera que aquellos dos pobres muchachos confiaban su futura felicidad a la distancia que los separaba de aquel lugar dejado atrás, de aquel achaparrado, triste y trágico pueblo sin historia y sin nombre...

EPÍLOGO

Esta novela termina como las viejas novelas y como los flamantes argumentos cinematográficos: con el castigo de los malos y el triunfo de los buenos, con bendiciones y besos. No siempre la vida humana se encuentra libre de estos ejemplos, y, a veces, sus desenlaces se parecen a los imaginados por los antiguos novelistas.

Evaristo casó con Julia a los tres días de llegar a Buenos Aires. Vivió en casa de sus padres mientras encontró empleo y pudo poner su casa, de acuerdo al precepto.

Después llegó, de regalo, un hijito...

Durante el año, vinieron a la capital, de visita, los padres de Julia. Vinieron sus tíos y sus hermanos, por turno, a medida que las circunstancias lo permitían.

El último en venir, coincidiendo con el nacimiento, fué don Buenaventura. Entre todos iban trayendo noticias del pueblo lejano e inolvidable.

El comisario había sido exonerado cuando cambió el gobierno de la provincia. El cura, ascendido a parroquia más rica. El Juez de Paz...

El Juez, enfurecido, había jurado vengarse del padre de Julia, creído de que él había facilitado la fuga para burlarlo. Fueron unos días, unos meses de angustia para todos. El inocente suegro de Evaristo no podía salir de su casa — ni los suyos lo dejaban — temiendo una agresión en cada bocacalle. Hasta que un día corrió por el lugar la gran noticia. Frente a la puerta de la fonda de Pepe Gómez, al ir el Juez de Paz a montar a caballo, se le acercó un hombre que nadie reconoció. Todos aseguraron siempre que la noche estaba muy obscura... Se oyeron unas palabras agrias. Parece que se insultaron mutuamente. El Juez, con el talero que usaba siempre, le dió un golpe en la cabeza al desconocido, que cayó. Sonó un tiro. Un tiro certero, exacto. Entró por un ojo, cruzó el cerebro, y volvió a salir la bala, tan desconocida e inhallable como quien la dirigiera con tanta puntería. Don Juan no necesitó la ayuda del boticario; quedó instantáneamente sin vida.

—¡Lástima! — dijo Evaristo.

—¿Y doña Cándida? — preguntó Julia al boticario, para cambiar de conversación.

—Pero muy buena... con muchas ganas de verlos...

—¿Y don Caupolicán?

—Un indio, como siempre, un indio... ¡Nombre más bien puesto!... Está tan grande que ya tengo que darle con el arreador...

—¡Jesús!

Todos se pusieron a reír, mirando al crío de Julia, a quien resolvieron ponerle en la pila, de dónde iba a sacarlo el boticario convertido en cristiano, la mitad de su nombre: Ventura.

Al otro día fué el bautizo...

¡He venío en coche...!

La niña Jacinta de la Higuerilla formaba parte de una de las familias más distinguidas y linajudas de la localidad. A falta de pergaminos acreditadores de su rancio abolengo, estaba la tradición oral y parte de la escrita en tal cual manual de historia patria donde figuraba modesta pero heroicamente un Higuerilla cualquiera, ascendiente que venía dando lustre y pesos a la familia, pues en el Congreso se otorgó pensión a cuanta soltera o viuda se presentara con sus solicitudes, sus "cuñas" y sus probanzas de Registro Civil...

No era la niña Jacinta, aparte de eso, ridícula, ni interesaba mayormente, eclipsaba en el "mundo social" por otras de sus amigas o enemigas, pero contemporáneas, que habíanse caracterizado por algún rasgo propio. Era la niña Jacinta simplemente una buena señorita de cincuenta y tantos noviembres (nació el día de todos los muertos, válgame Dios), que hizo ruido en su época como bella y buena moza, y que sin tener en su pequeña biografía sentimental ni un solo poema, quedó sin enmaridarse por culpa exclusiva del "ambiente mezquino y estrecho", al decir de un hermano suyo, antiguo periodista lugareño, jubilado por antiguo precisamente, muy pegado a las frases hechas.

Tenía la niña Jacinta predilección por los "quesillos", el "arrope de uva" y el dulce de cuaresmillo. En su juventud leyó una novela del tiempo de Enrique IV y se refería en su conversación, con harta frecuencia, a aquellos tiempos, encantadores para ella. Guardaba algunas viejas relaciones de familia (y un juego de sala de jacarandá que perteneció a un tío abuelo ilustre) y nada más.

Su placer consistía en hacer visitas, y si era a enfermos, mejor, cumpliendo así el cristiano precepto. Conversaba mucho y reía más. Eso era todo.

Pero pasaba casi inadvertida en la localidad. Otras eran las que monopolizaban la atención dando lugar a esas chismosas historietas que iban y venían de "recibo" en "recibo", de reunión en reunión, de grupo en grupo, removiendo un tanto la quietud de aquellos espíritus.

De pronto, púsose de actualidad la niña Jacinta. Corrió por ahí una frase que le atribuían y que hizo reir de buena gana a más de uno, no obstante su simplicidad.

*

La niña Jacinta fué, un oscurecer, a hacer una visita a su amiga doña Pepa "que recién se levantaba de un fuerte ataque de chucho que la tuvo una semana en cama dejándola muy descaisida".

La casa de doña Pepa distaba de la suya unas cinco cuadras, distancia enorme en el lugar y especialmente para las piernas de la "niña". El tranvía que tomándolo en la puerta de su casa dejábala en la puerta de la casa amiga, no pasó en media hora de espera, por lo que se decidió la buena mujer a "tomar un coche", cosa que no tiene nada de extraordinario según se ve.

Al llegar a la casa de doña Pepa, pagó los cincuenta centavos de su viaje, golpeó con el aldabón cabeza de tigre de la puerta y comenzó a ascender la ancha y sonora "escala", descansando en cada peldaño, con lo que dió lugar a que media familia de doña Pepa se asomara a recibirla, saludándola en voz alta, casi a gritos:

—¡Jacinta! ¿Cómo te va? — le dijeron desde el final de la escalera y ella respondió con su aguda tonada y su excelente voz:

—¡Qué me decís... he venío en coche!... porque esos tranvías del diablo... etc., etc., (e hizo el relato de su espera).

Fué el cochero o cualquier transeúnte, conocido y curioso que acertó a pasar por la puerta en ese mismo instante, quien oyó el principio de la frase: "¡Qué me decís, he venío en coche!" sin oír nada más — cosa que no se tiene bien averiguada — pero es lo cierto que al otro día medio pueblo estaba enterado de que la niña Jacinta al entrar en casa de doña Pepa había dicho a gritos el: "¡Qué me decís... he venío en coche!" palabras que repetidas, remedándole su tonada, hacían las delicias de cuanto mal intencionado las divulgaba, y que quedaron célebres casi, en poder de todos, para aplicarlas, como un nuevo refranejo popular, en las ocasiones en que valía la pena criticar sintéticamente la sorpresa de algún palurdo ante un suceso cotidiano. Así, en el lugar, pasó a la historia, popularizándose, la buena de la niña Jacinta y su frase, mucho más feliz, si así quiere mirarse, que su hermano "el viejo periodista", que en veinticinco años largos de garrapatear papeles no había conseguido encajar en el vocabulario del pueblo una sola de sus frases, aunque las repitiera esperanzado y machacón todos los días de un año.

Los besos que dió Cándido

Y si la dieron por muerta, pues ¡Bien muerta había d'estar!... — rezongó Cándido, un negro grandote, costrudo, que en la chacra hacía las veces de peón sin jornal, de ahijado sin padrino, de agregado sin invitación.

La rueda de hombres, formada en las proximidades de una falda de percal, dentro de la enorme cocina, no prestó atención alguna a los rezongos de Cándido. Era la costumbre. Al negro lo soportaban los dueños de casa, los trabajadores y hasta los amigos, sin explicárselo ninguno de una manera medianamente satisfactoria; pero se vengaban no oyéndolo cuando hablaba, no respondiéndole cuando formulaba una pregunta, fingiendo no verlo cuando se acercaba.

Cándido, después de varios años, habíase acostumbrado a tales tratos, en forma que ya ni pensaba que pudieran dispensarle otros. Pero no por eso callaba cuando sentía deseos de hablar, ni dejaba de acercarse a cualquiera, y mucho menos, válganos Dios, de "hacerle la corte", "agacharle el ala desplumada" a la Tomasa, cuyas faldas de percal iban y venían todo el día dentro del cocinón...

Hablábase aquel día de una muerte llena de misterio, ocurrida en la chacra vecina.

Don Crispín, el zapatero remendón del pueblo más cercano, General Martín Martínez, había llegado ,de pasada para la otra chacra, en una "mariposa" recrujiente, vistiendo sus pilchas extranjeras, las de "cristianar", "casar" y "enterrar", ceremonias de todo su respeto.

El fué el que en su media lengua alborotó el avispero.

Según don Crispín, en la chacra lindera, "Los Palos", sufrió una caída del caballo el dueño, Javier Cruz, casado con Luisita, la sobrina del zapatero, mujer joven, flacucha y enfermiza.

La caída de Cruz no fué gran cosa, poco más de un revolcón, pero la noticia, dada con tal premura y tanta estupidez por uno de los peones, hizo que Luisita sufriera un desmayo que duró más de una hora. Al volver en sí, vió a su lado a Javier, al que daba por muerto en la rodada, y, consecuencia de la alegría de contemplarlo sano y salvo, comenzó su corazón a correr en tan desenfrenada carrera, que no hubo manera de detenerlo.

Luisita se oprimía con ambas manos el pecho, como queriendo sujetarlo.

—¡Parece loco! — decía.

Nadie atinó a nada. Un muchacho salió en la volanta para el pueblo a avisar a don Crispín y pedir consejo al boticario. Mientras tanto, el corazón de Luisita continuó su carrera desenfrenada.

—¡Parece un loco! ¡Se quiere salir, se quiere escapar! — repetía la enferma a media voz, con los labios trémulos, las mejillas hundidas, los ojos ennegrecidos y agrandados.

Y de pronto, el corazón dió su postrera voltereta, y cayó.

Cuando volvió el muchacho del pueblo, con don Crispín y el boticario, Luisita, estirada en la cama, no necesitaba ya la ayuda de nadie.

Estaba muerta.

Estaba muerta para todos, menos para su marido, Javier Cruz.

—¡Cómo, cómo — decíale éste al boticario — se me puede morir la Luisa en las manos, sin yo verlo, sin yo sentirlo!

El boticario sentía ganas de reírse de aquella ocurrencia. Callaba y escuchaba por respeto a la muerta.

—Estaba diciéndome por centísima vez que el corazón iba a salírsele del pecho, cuando comenzó a cerrar los ojitos, despacio, despacio, quedándose dormidita... En eso vinieron ustedes.

—Pues no está dormida, don Javier, por desgracia, no está dormida...

—¡A ver! Hágame el favor... vuelva a verla.

Entraron otra vez al cuarto. El boticario repitió sus "experimentos". Puso cerca de la boca de la muerta un espejito, al rato lo retiró, lo observó y se lo enseñó a Javier.

—¿Ve, don Javier?... No respira... Un dormido empaña el espejo...

—Sí, —respondió el incrédulo Cruz—; pero yo sé que a un difunto se le abre la boca sola, y ésta de Luisita no...

—Hay casos así, don Javier; yo conozco muchos...

Hizo otra prueba. Encendió un fósforo, y levantando sábana y cobijas, aplicó la llamita inquieta a la planta de un pie de Luisita.

—¿Ve, amigo? No siente el calor, no le quema el fósforo.

Sobre la planta rosada quedó una pincelada negra de humo.

Esta última prueba le pareció a Cruz definitiva. Y comenzó a llorar.

Don Crispín se ocupó de los preparativos del velorio y entierro. En el mismo cuarto colocaron el ataúd. Circuló la noticia con rapidez, y a la noche estaba la chacra llena de gente.

Ninguno vió a la muerta sin decir:

—¡Parece dormida...!

Luisita estaba lo más linda dentro del cajón,

De los vecinos más cercanos a "Los Palos" todos habían ido al velorio, menos el negro Cándido. El tuvo que quedarse, a la tarde, para dar agua a las vacas, al obscurecer para vigilar a las gallinas, a la noche para cuidar el fuego de la cocina... Pero, como siempre acaece, el que no fué a ver la muerta, fué quien más pensó en ella.

Cuando comenzaron a regresar los peones, dispuestos a tomar unos mates y acostarse, oyó el negro las conversaciones, aparentando no prestar atención, y su reflexión fué definitiva.

—Si la dieron por muerta, bien muerta ha de estar... Es en lo único que naide s'equivoca... La muerte engaña antes de venir, pero cuando ya está agarrada, hasta por el olor se la conoce..

A la medianoche, regresó la Tomasa con la patrona.

En cuanto la vió, se le acercó el negro enamorado.

—Pero, ¿es cierto, Tomasa, lo que óido decir a Juan?

—¿De qué, catinga?

—¿De que la difunta no hiede a nada y parece dormida.

—No sé... ¡Como yo no he ido a olerla!...

Cándido quedóse rezongando, y Tomasa se perdió por el obscuro corredor de "las casas".

Al alba el negro se fué al velorio. Sabía que es esa la hora en que los muertos se quedan solos.

Llegó a "Los Palos". Salieron a recibirlo media docena de perros, mudos, enseñando los dientes, moviendo el rabo. Cándido se quitó el sombrero agujereado y sucio, miró a todos lados buscando "algún cristiano" a quien saludar, y enderezó hacia la pieza que tenía luz.

Entró, persignándose, queriendo recordar el Padrenuestro, que se tenía olvidado hacía años.

Un ronquido le llamó la atención. Era Javier, dormido sobre un banco, apoyados los brazos y la cabeza en el respaldo de una silla.

El negro se acercó al cajón y púsose a contemplar con mucha atención a la muerta.

—Parece dormida... — dijo también él. Continuó observando y oliendo, abriendo y cerrando la nariz con apresuramiento, pues tal cosa parecía que hacía con aquellas sus grandes y carnudas alillas.

—No güele... — díjose a sí mismo, unos minutos después.

—No güele... — se repitió al cuarto de hora.

Salió al corredor. Crecía la luz lechosa del amanecer, y en los árboles comenzaban su sinfonía los pájaros. Un vientecillo frío batía el crespón verde de los sauces...

—¡No parece difunta! — pensaba el negro. — ¡Cosa rara! ¡Ni se pone amarilla, ni se hincha, ni güele!

Con la mano costruda y nudosa, estuvo rascándose fuertemente la cabeza.

—¡Cosa rara!

Y se fué.

Pero a medio camino volvió sobre sus pasos. Entró de nuevo en la casa, en la pieza donde estaba Luisita, donde roncaba sentado Javier.

La luz del día disminuía la de los cirios, y la cara de la muerta parecía más rosada y más sonriente.

—¡Qué linda! — pensaba Cándido. — ¡Cha, que hay injusticia en el mundo! ¡Con tanta miseria como hay viviendo!

Los ojos del negro se agrandaban como si intentaran ver más de lo que veían. Las alillas de la narizota continuaban inquietas. De pronto, inconscientemente, Cándido estiró una de sus manoplas hasta la cara de Luisita, y con un dedo, queriendo suavizarlo todo lo posible, empujó uno de los cerrados párpados hacia arriba. Hizo en seguida lo mismo con el otro.

Abiertos los ojos, grandes, oscuros, la belleza de la muerta se duplicó, y el negro quedó como fascinado.

¿Cuánto tiempo estuvo allí contemplando la cara de Luisa? Mucho. Seguramente una hora, hasta que Cándido logró recuperar sus sentidos adormecidos, quitar los ojos de los ojos de la muerta.

Entonces dijo Cándido, en voz alta:

—¡No está dijunta!...

Y volvióse instantáneamente, asustado por su misma voz. Sin querer movió el cajón, colocado sobre dos mesitas inseguras. Para que no cayera, tuvo que sujetarlo con ambas manos. Volvió entonces a mirar los ojos de Luisita, y...

El negro Cándido dió un grito.

—¡La muerta pestañeaba!

Javier se despertó sobresaltado, como soñando.

El negro tenía abrazada a Luisa, sentada en el ataúd, y la besaba sobre los labios, en las mejillas, sobre los ojos, en la frente.

¡Los únicos besos que dió Cándido en su vida!

El sol entraba, jubiloso, hasta la mitad de la pieza, y amortiguaba la luz amarilla de los cirios.

¡Que va a volver..!

La china le puso la mesa. Como estaba solo, extendió una servilleta sobre la mesa chica, de pino bien fregoteado. Puso sobre ella un pan, tres cubiertos, un vaso, otra servilleta doblada y una botella mediana de vino tinto.

Se fué y regresó al rato, con un plato en la mano.

—Ya está... — dijo.

Don Simón parecía esperar el aviso. Buscó un banco y lo arrimó a la mesita. Ya acodado sobre ella, estuvo, como si vacilara, medio minuto. Después se sirvió un vaso de vino; bebió; carraspeó; se limpió los bigotes. Por fin inició su almuerzo.

El no reparaba nunca gran cosa en lo que comía, pero entonces, como si no tuviera nada en qué pensar o anduviera con desgana, puso todos sus sentidos en lo que le habían colocado delante. Tres huevos se amontonaban en franca fritanga de blanco y rosa fuerte, en medio del hondo plato. Alrededor, como tierra de acequia, los defendían unas papas hervidas, deshechas de puro arenosas.

—Estas son papas de médano — dijo, como si estuviera allí quien lo escuchara.

Rompió el pan, sopó un pedazo. Cuando iba aquel trozo hacia la boca, marchaba acompañado de medio huevo, pringando tocino.

Un mal pensamiento le andaba rondando sin descanso, pero él quería sacarlo del medio y se empeñaba en meter todos sus "juicios" en el plato que tenía delante, en aquellas papas hervidas y en aquellos huevos fritos.

Vino a ayudarlo un peoncito. Desde el umbral pidió permiso, adelantó dos pasos más y allí rezongó:

—Ya'stá el tordillo otra ves con el calambre... — y se quedó mirando el piso de ladrillos.

Don Simón tragó las papas que en ese instante le ocupaban la boca a medio cerrar. Miró detenidamente al muchacho, miró la botella de vino, miró también el piso.

—¡Ca...ray! El tordillo... ¡Cosa más rara!

Suspiró. Como le parecía que le picaba el cuero cabelludo, se rascó fuerte, con toda la mano.

—Andá no más... Ya voy yo... Vamo a darle otra friega 'e grasa... Vé si queda aguarrás...

El peoncito se marchó. Unas moscas se atrevieron con el borde grasiento del plato. Entró de nuevo la china, con un pocillo de café.

—¿No ha vuelto! — le preguntó don Simón.

La interrogada movió la cabeza, levemente, sin mirarlo. El hombre suspiró otra vez. Bebió el café despacito. Se puso de pie.

—¡No ha vuelto!... — se dijo, y en lugar de enderezar para el potrerito en que estaba el caballo enfermo y el peoncito que lo esperaba para darle las friegas de grasa y aguarrás, se metió en otra pieza en penumbras y se echó pesadamente sobre una mecedora de mimbre. Allí volvió a decirse:

—¡No ha vuelto!...

El pensamiento que le andaba rondando se marchó y entonces él comenzó a reconstruir episodios lejanos.

*

Durmió su buena siesta en la mecedora. Cuando despertó y reapareció en el corredor, iba la tarde más que mediada. El peoncito parecía esperarlo, en cuclillas, bajo la sombra de los paraísos. Al ver al patrón se enderezó.

—¿Y...?

—Murió...

Don Simón se puso repentinamente triste. La manopla le rascó hasta rayarlo, el cuero cabelludo.

—¿Y, qué hiciste?

—Nada. Lo fregué... Como usté no venía lo fregué y solo. Pero inútil... Se tiró y al ratito se quedó, no más...

—¿Dónde está?

—En el potrero.

—Habrá que cuerearlo...

—Sí pues...

—Pero esperate... Ya voy...

Don Simón se estiró "las coyunturas" dando sonidos de palitroque. Caminó hasta debajo de unos árboles. Allí se quedó apoyado en un tronco que era puro muecas y arrugas...

—No ha vuelto... ¡No volverá más!...

Tenía entre los ojos una figura de mujer que iba y regresaba. Llevaba una pollera floreada en azul y amarillo y una blusa blanca. Sonreía. Era linda cuando sonreía; cuando estaba seria, no. Los ojos grandes, oscuros, se cubrían a medias con los párpados, a favor de unas pestañas largas, sedosas. Eran del color del pelo, cortado en melena, dejando al aire

un cuello redondo, tostadito por el sol. La figura iba y volvía, de la cocina al corredor, del corredor hasta los paraísos. Cuando don Simón manoteó una mosca que le estaba dando en la cara, aquella figura se borró.

Se acercó la china con el mate. Don Simón, mecánicamente, le preguntó:

—¿No ha vuelto?...

La china movió la cabeza, negando. El se aplicó a sorber con mucha atención, hasta que la figura recién desaparecida volvió a surgir, pequeñísima entre los restos de yerba que quedaron en el borde del mate. Allí estaba, con irisaciones verdes. Sonreía como ella "sabía sonreir" para embobarlo...

*

El la había criado. Se la trajeron hacía más de diez años, cuando la madre desapareció del pago y el padre estaba preso. Una cocinera —la Cipriana— la crió. Andaba entre los peones y las mujeres del servicio, hasta que un día le dió a don Simón "como un arrepentimiento" — según decía — y resolvió "criarla mejor". La trajo a casa, le puso su camita en una pieza al lado de la suya y la muchacha, dejándose querer, hacía como de hija. Cuando se hizo moza, el padre postizo, comenzó a sentir que la quería de otra manera y entonces se puso a hacer cálculos de edad. Cuando la muchacha cumplía quince él se acercaba a los cincuenta. ¡Era mucho! ¡No era nada! Ponía y borraba números como quien plantea negocios y las cuentas no le salen. ¡Era mucho! ¡No era nada! El podía, muy bien ser... Pero él no debía hacerlo porque... ¿Y qué peligros allí, en su casa, respetado por todos? Pero es que el respeto se pierde muy fácilmente. Porque todavía podía pegar un re-

bencazo y si lo apuraban... ¡Sin embargo! La diferencia era mucha... ¿Dónde quedaba su experiencia de hombre maduro, que ha visto mucho por esos caminos de Dios? El tenía el recuerdo de aquel matrimonio desigual, uno que conociera siendo muchacho. Era una pura risa las "judiadas" que le hacían al viejo. Pero él, ¡caray!, él no era viejo, ni aunque lo fuera iba a permitir que... ¡Nada, nada! Era mucha la diferencia... ¡Aunque bien mirada la cosa! Bueno... y al fin dejaba el problema para resolverlo al otro día, a la semana siguiente...

Mientras tanto... ¿Pero, qué diablos pasó? Mientras tanto, la muchacha sacó novio, un tremendo sabandija, y antes de que él se decidiera, antes de que él se atreviera a manifestarle sus dudas, sus cariños, sus propósitos...

—¿Ya está? — inquirió por el mate la china.

—Si, pues, tomá...

Y devolviendo aquello, que ya tibio se le había quedado dormido entre las manos, andaba rememorando días que no estaban muy lejanos en el tiempo y ya adquirían las nebulosidades de los cuentos de fogón.

—Claro ¿Qué va a volver!... — se dijo, y quedó sorprendido, como si otra persona se lo dijera.

Comenzó a caminar —le pesaban los pies— rumbo al potrero, para ver al tordillo muerto.

*

El peoncito chairó largo rato su cuchillo. Luego se aplicó a cuerear el animal.

—No me lo tajiés, porque quiero guardarlo. Voy a hacer una alfombra...

El muchacho trabajaba bien, sabía lo suyo. Don Simón consideró que su presencia allí no hacía nin-

guna falta. Entonces, para despedirse, le dijo al peoncito:

—¡Ya no va a volver!...

El muchacho lo miró de reojo, sin dejar su tarea.

Era el oscurecer. En los árboles una algarabía de pajarera despertaba al paso de don Simón, mientras él iba acallando recuerdos con ejemplar tozudez:

—¡Qué va a volver!...

Nochebuena en campo pobre

El año, malísimo, había que "romperlo" para que no se continuara en el esperado. Tanto mezquinar los centavos y cada vez más pobres y más fundidos ¡Entrampaos hasta los huesos¡ Las "navidades" bien saludadas tendrían el privilegio de traer tras de sí un año nuevo próspero.

Lo pensaba, sin decírselo, con diferentes palabras y muchas otras razones brotadas como de un manantial oculto, que ni él sabía de dónde podía venir. Acaso un "léido" diría que aquello le brotaba subconcientemente. El no lo sospechaba, pero lo comprendía, y era bastante.

Rompería el año malo derrochando unos cuantos pesotes, ¡lo que nunca! — para festejar la Nochebuena, saludar la Navidad, y esperar con el resto, el día de Año Nuevo para darle una bienvenida principesca en mitad de su rancho pobre, de sus tierras asoladas por la langosta y la seca, de sus galpones a medio vaciar, con las viejas cosechas invendibles...

Y lo iba a romper nomás, aunque protestara la mansa de su mujer y lo estimara por loco toda la parentela...

*

Al amanecer ató la carrindanga y se marchó a la Estación. Lo acompañaba su hijo Tulio, de doce añitos, avispado, color de miel.

—Te volvés para casa y me venís a buscar para el tren de las cinco. Si no llego en ése, me esperas en el de las siete y cuarenta y cinco. ¿Entendido? Y a ver como te portás, si querés que te quiera...

Era su encanto el muchacho. Como lo presumía por dentro, él mismo, lo amenazaba con lo peor: con no quererlo ¡Porque si aquel mocoso dejara de quererlo!

A la hora y media de tren estaba en Buenos Aires, rumbo al "centro", en busca de una juguetería, pues lo primero, claro está, los muchachos. Iba a armar un árbol de Navidad, como él había visto desde chico en las revistas ilustradas. Velitas encendidas, faroles chinescos, juguetes colgados de las ramas para que los chicos se dieran el gusto de elegir. Eran tres y tres más del capataz, y el chinito de la cocinera y cuatro o cinco que vendrían de los ranchos cercanos, y si no venían, él no más los iba a buscar... Y había que colgar cosas para los grandes; su mujer no iba a despreciar el colgarse de una rama como si buscara fruta madura; al capataz le iba a colgar un rebenque nuevo, y a la cocinera cualquier baratija; un espejo, una cajita de polvo rosado, un prendedor con piedras. ¡Una novedad!

Compró, compró. El rollo de pesos enflaquecía en sus manos y los líos se le multiplicaban. Almorzó por ahí sin poder recordar lo que metiera en la boca. Media tarde se le fué en hallar lo que él había creído más fácil: el rebenque. ¿Para qué se querian ahora en Buenos Aires rebenques? Por fin, otra vez en el tren, contento, con ganas de reirse de todo. A medio camino se hizo una confesión, que creyó profunda: ¡qué lindo comprar juguetes! Era una alegría. Le

quedaba el corazón agradecido para mucho rato. En cuanto su mujer volviera a enfermársele de tristeza, como la otra vez, la traía a Buenos Aires y el dinero que se le llevaban médicos y boticas, lo empleaba en comprarle juguetes, que ella los eligiera, los tratara, los viera empaquetar y los cargara rumbo a la Estancia, pensando: "Este para Tulio; la muñequita para Elisa; el trencito para Raúl"...

Aunque, ¡el Diablo! se gastaba la plata que era un gusto ¿Cuánto? No había querido sacar cuentas, para no amargarse, qué embromar. El año malísimo, iba él a cortarlo de esa manera precisamente; derrochando unos pesos. Y ya estaba. Ahora...

*

Llegó el tren. Allí estaba Tulio con la carrindanga, los caballos resudados.

—¿Cómo te has portao? — le preguntó, dándole un beso.

Y sin esperar respuesta, siguió:

—¡Cómo están los tungos de sudaos!... ¿Se te hizo tarde? Claro, ustedes nunca saben medir el tiempo... Apuesto a que se te vino la hora estando todavía allá...

Empuñó las riendas después de acomodar los paquetes. No enderezó para el camino grande. Se metió en el pueblo. Hizo una escala en el Almacén del Porvenir. Cargó media docena de botellas. Hizo otra en la Panadería de La Plaza. Otro paquete. Pasó por el puesto de fruta del gringo Diecci. ¡Uvas, nada menos que uvas! ¿De dónde serían? Toda la provincia había perdido sus parrales. Por eso estaban carísimas. ¡Gringo pícaro!

—¿Te acordás el año pasado? Uno ochenta el canasto, la vendimos. Ve ahora, si tuviéramos uva...

Pero, en fin, vale la pena. ¡A tu madre le vamos a dar un gustazo!

Apuraron los caballejos. A la hora llegaron, entre dos luces. Contentos. El muchacho con unas ganas locas de manotear los paquetes.

*

—Tiene que ser un pino, — pensaba él.

—¡Pero, hombre! —rezongaba ella—. ¡Estás loco! ¡Estando como estamos, ponerte a hacer estos gastos inútiles! ¡Qué cabeza!

—Bueno, mujer, no me digas nada... Ya está. Nos irá mejor el año que viene. Por eso mismo... Pero, mirá, tiene que ser un pino, pero como pinos no hay, ¡qué te parece si lo hacemos en ese granado grandote!... Ese me parece a mí bueno. Ancho y petisón... Vos vas a alcanzar las uvas sin subirte a una escalera.

Reía, reía. Ella continuaba alzando las manos a la altura de la cabeza. Se arreglaba las greñas, y de paso, soltaba sus exclamaciones aprovechando el ademán.

—¡Pero, qué cabeza de hombre! ¡Dónde se ha visto, fundidos como estamos!... ¡Sin poder pagar las libretas!...

Ya estaba la noche encima cuando el árbol quedó listo. Entre las granadas verdonas, colgaban los juguetes, se paraban las velitas de colores, asomaban sus caritas unos perros, monos, caballitos, borregos...

—¡Tulio! Andá a avisar a los muchachos de Gómez. Que se vengan ya mismo... Y los padres también...

—Ya voy...

—Andá que se hace tarde... Ya vas a tener tiempo de elegir...

—Yo quiero el rebenque.

—El rebenque ya sabés para quien está ahí, y lo dejás quieto... ¡Andá te digo!

El muchacho se fué protestando que no quería juguetes. Los otros dos acapararon todo sin querer esperar. Era una algarabía. La cocinera olvidada de su cocina y con su chinito prendido del delantal llorando...

*

Comenzó a soplar viento ¡Caray! Todos miraban para el sur. En el cielo galopaban unos nubarrones enormes. Se venían derechito.

—Pasará, — dijo, por decir algo, la cocinera.

—Se te va aguar la fiesta... — exclamó la mujer.

—¡Qué embromar!... — decía él, sin dejar de mirar a lo lejos.

El viento aumentó su fuerza. El granado grande comenzó a moverse. Se cayeron algunos juguetes. Se apagaron las velitas. La noche se hizo oscura. Apenas llegaba hasta ellos el resplandor de la lámpara encendida en el corredor.

—¡Adentro, adentro! — ordenó la madre, prendida de sus chicos. — ¿Y Tulio? Ahora lo va a tomar la tormenta en el camino ¡Corre a buscarlo!... ¡Corré a buscarlo!...

—Pasará... Pasará — decía la cocinera, triste.

—¡Vaya a la perra! ¡Que caray!...

Estaban los caballos de la carrindanga todavía sin soltar. Enfrenó uno. Montó en pelo. Salió. El viento levantaba el polvo del camino de una manera que espantaba. Por momentos no se veía nada. Los árboles cimbraban, quejándose del esfuerzo necesario para volver a enderezarse. Unos eucaliptos enormes empavorecían el barullo del viento; es el árbol que se queja llorando a gritos.

El corazón empequeñecido, iba él queriendo gritar el nombre del hijo, por si venía ya para no pasar sin verlo. El viento, dándole de frente, como si le metiera las palabras otra vez en la boca, llena de polvo, reseca.

Iba a llegar a los ranchos de Gómez. Un abanicazo de luz lo enceguecio del todo. El caballo se detuvo, entre espantado por correr a lo loco y temblequeante por quedarse en el lugar para mucho rato. Un ruido compuesto por mil pequeños ruiditos de desgarramiento estuvo como medio minuto restallando en el cielo. Luego castigó a lo lejos, con la rapidez enloquecedora del rayo. Un eucaliptos se desgajó y cayó a su lado.

—¡Epa!... — el caballo echó a correr, enarcando el lomo, dispuesto a dar un gran salto.

*

Llovió, si Dios tenía agua, durante una hora larga. Calmó el viento. Desde la puerta del rancho de Gómez, vieron llover, padre e hijo, pensando en el susto de la madre en las casas.

—¿Y los juguetes? — inquirió Tulio.

El padre alzó los hombros. Después encendió un cigarrillo:

—¡Qué!...

Estaban empapados. En cuanto escampara un poquito se irían, para calmar la angustia que presumían devorando a la mujer y a la madre.

Media hora más tarde los dos se acaballaron en el mancarrón, sobre un par de bolsas secas. Saludaron:

—Vé, Gómez... Véngase mañana... Algo ha de quedar...

Al tranco, porque el camino estaba resbaladizo, se fueron. Antes de llegar a las casas reinició su caí-

da el agua, pero esta vez fina, mojadora, como si desde arriba estuvieran echando la yapa, después de meses y meses de sequía implacable.

—Esta es agua buena, muchacho pero... ¡La perra overa, ya podía haber esperao!...

La mujer los esperaba — ¡con el Jesús en la boca! — rodeada por los muchachos, dormidos.

—¡Por Dios, qué rato me has hecho pasar!...

—No pudimos volvernos. ¡Nos cazó el agua allá, caray!

Sobre la mesa había un montón de juguetes, medio mojados.

—¿Y esto? — preguntó Tulio.

—Son los que pudimos salvar... La mitá se quedaron en el granado. No tuvimos tiempo...

Tulio quiso comenzar a acomodarlos, secándolos con la manga de la blusa más mojada que los juguetes. El padre lo miraba con los ojos achicados por las lágrimas.

De pronto se le ocurrió una idea que lo dejó confundido:

—¡No vamos a poder romper el año!... El que viene será peor que éste...

La mujer, como si le adivinara los malos pensamientos, se enserió a su turno.

El reaccionó al instante. Malbaratados los juguetes, quedaba el vino y los bollos. Trajo una botella, desenvolvió un paquete:

—Tomá, servite...

No tenían ganas de beber, pero los tres —el muchacho también,— alzaron sus vasos llenos de viño rubí frente a la negrura de la noche que se colaba por la puerta del cuarto...

Velorio

Murió la "guagua" en manos de la "medica", casi sin que lo advirtiera nadie. Estaban untándole el pechito huesudo con un emplasto inofensivo —sangre de paloma, grasita de riñonada, unas hojitas de poleo, tres gotas de alcohol y una oración a no sabemos qué soterrada divinidad capaz de vérselas con la Muerte en persona y de ganarle, si quiere, su presa.— Estaban desparramando aquella untaza por sobre el pecho puro huesito de la "guagua", cuando ésta cerró los ojillos, chiquitos, negros, vidriosos, y dejó de alentar...

La curandera alzó entonces sus dos retorcidos brazos negros, y a la altura de su cabeza ensombrerada marcó, en el aire, primero dos círculos y después una cruz.

Cinco mujeres, detrás de ella, echaron las caras sobre las palmas de sus manos y pusiéronse a lloriquear. El cuarto de adobes —pura tierra gris, reseca, dura, pura tierra el piso desigual, las paredes y el techo— se llenó de sollozos, espaciados, roncos, cada instante más lentos.

Así estuvieron un largo cuarto de hora. En seguida la misma curandera se volvió hacia la puerta, movió los labios como si dijera oraciones y se fué. Las otras mujeres hiciéronle paso, sin mirarla.

Al rato, sobre los cantos de la calleja, se oyó el paso menudito y a compás de una mula.

*

Un año cumplía la "guagua" cuando "se cortó". Pesaba menos que al nacer. La madre no tuvo con qué amamantarla. Sus senos no eran más que dos piezgos resecos. Le dieron al crío leche de cabra y empachó. Empachado siguió hasta morirse, aquel montocito de huesos bajo el pellejito negruzco y áspero.

Lo envolvieron, las mujeres, en tres o cuatro lienzos distintos, luego en una manta de lana gruesa y la ataron con una cinta interminable. Del envoltorio sólo quedó a la vista media cara, la boquita arrugada, la naricilla, los ojos entrecerrados. Por detrás, el sobrante de la cinta se convirtió en un lazo y de él quedó colgando el lío, en el ancho clavo de la pared que daba frente a la puerta. Una velita de sebo comenzó a sahumarlo, oliendo a miseria, empujando hacia los rincones del cuarto unas sombras desmesuradas, fantásticas, alargadas y retorcidas...

Y todos esperaron la noche, tranquilamente, sin decirse nada.

El rancho de adobe abría su puerta sin puerta a un pino callejón. Los cerros cercanos, lejanos, arrojaban su sombra sobre el callejón y así los crepúsculos se apresuraban en el anuncio todo violeta de la noche. El pueblo, achaparrado, rodeábase de cardones gigantes, centinelas espinudos, donde a veces los lechuzones detenían su vuelo en ronda, su giro lerdo, y se quedaban mirando fantasmas con sus ojazos humanos...

El pueblo centenario se amodorra temprano. Las serranías circundantes soplan durante toda la noche

sobre las techumbres de torta, sobre las casuchas de adobes, sobre las callejas de cantos, un viento agudo, frío, meterete; un viento que chista en las bocacalles reclamando silencio...

En las primeras horas de la noche llegaron hasta el rancho tres o cuatro parejas de coyas amigos. Vino un tamborilero, un guitarrista, un hombre grandote, resudado, con una enorme y vieja escopeta al hombro. Vino también una mujeruca achacosa arrastrando una tinaja de barro y detrás de ella un changuito con una olla: la chichera y su hijo. Además, llegó un muchacho trayendo una docena de botellas de cerveza compradas al turco de la estación. El hombracho de la escopeta traía su chuspa con coca, su bolsillo de pólvora y su medio litro de alcohol puro.

A la mitad de la noche, el velorio era un fandango. Escopetazos, música machacona de la guitarra y el tamboril, gritos, cantos de dolor, alaridos y baile.

La "guagüita" muerta, colgada de la pared, sahumada de miseria por la vela de sebo, alargada su sombra hasta el techo, entrecerraba sus ojillos negros para no ver.

Afuera, el viento chistaba como una vieja regañona, y se iba y volvía, por las callejas pinas, por las callejas empedradas de cantos, por las callejas empalidecidas por la luz de la luna...

*

El amanecer se anuncia. Trinos de pájaros; perfumes de hierbas lejanas; ruido adormecedor de agua de acequia... El viento se aquieta, en las esquinas de las callejas, las viejas enojadas dejan de chistar, y un resplandor lechoso se alza por encima de los cerros de oriente, arrojando la gran sombra de sus picos sobre los techos de torta...

En el velorio ya no queda nadie en pie.La música continúa, el tamboril repite sin descanso su golpe espaciado, lento, ¡pom, pom, pom!... la guitarra se queja, carrasposa, desafinada, bajo el pesado manotón del guitarrero. La mitad de los coyas duermen ya su "machadura" sobre la tierra desigual del piso, los otros, en cuclillas, rumian su acuyico de hojas de coca y de vez en cuando dan como un alarido, la mitad de una copla.

La madre de la "guagua" muerta, cansada de repartir coca y chicha, se ha quedado contemplando una pared.

Y así están todos hasta media mañana en que viene un grupo multicolor de mujeres y hombres, con otro tamboril y un violincito, con otro escopetero que atruena el aire con sus descargas, y se llevan el "angelito" para colgarlo en otro rancho lejano y continuar el velorio por veinticuatro horas más.

Por las callejas empedradas cruzan los coyas como si fueran a un festejo. Las ojotas van dando su chasquido plano sobre los cantos, una vieja grita coplas incomprensibles, al rato resuena un escopetazo y, por sobre todos, por sobre el grupo bullanguero y multicolor, el sol derrama su polvo de oro y el silencio los sigue, un silencio de viejo pueblo perdido entre los cerros verdes, rosados, azules, amarillos, negros, rojos; un silencio de viejo pueblo cansado, que se acuesta a dormir su siesta antes de las doce...

¡La vida es tan juguetona!

En eso de amorío, no hay manera de averiguar la verdá, hasta que no se hace la prueba.

—Así será, pero cuando el corazón le dice a uno que...

—Por que en el aparte de la mujer sucede lo mismito que cuando vos te ponés a elegir potro en la tropilla pa hacerte de un sillonero, ¿cómo vas a saber de qué laya te va a salir el animal antes de amansarlo? ¿decí?...

—Por la estampa...

—¡Por la estampa! Es decir, ¡por la apariencia! Fácil te vas a equivocar, y equivocar fiero, muchacho, si te guiás por la estampa pá elegir flete... No ves que a veces el animal más disgraciao en la tropilla, peludo y como dormido, en cuanto le asentás la mano y lo tratás con cariño y le das a comer grano, te resulta el mejor de los mejores!...

—Así suele ser...

—Y otras veces te quedás en el aparte con el más bien plantao, con el más limpito, las manos finas, la cabeza chiquita, los ojos vivarachos, cosquilloso, juguetón, como una cabra, y al mes se te convierte en un mancarrón sotreta, en un burro que sólo sirve pa tirar el carro del verdulero...

—Así suele ser, pero usté mismo dice que el animal hay que elegirlo de mamón y por el pelo si se le ha de tener confianza...

—¡Claro, muchacho! Por el pelo, por que dende que vino Dios al mundo se sabe que caballo blanco no sirve... más que pa traer el rayo y asustar a las viejas los días que rejucila...

—¿Y entonces?...

—Y entonces... no te quiero decir que no los elijás por el color. Potro alazán peludo y flacón, tiene más ocasiones de salir bueno que yegua blanca y gordita... pero como de todo hay, no sé manera de no equivocarme en la elesión hasta que no lo pruebo por lo menos dos veces...

—Así que usté me quiere decir, volviendo al principio...

—Yo te quiero decir que en amores no se piden consejos. Igual vas a errar el camino con guía que solo; igual vas a andar a oscuras, con la luna o con el sol, y no has de saber si te va a mojar el agua o sacudirte la tormenta, hasta que no te apartés de las casas y te hallés en mitá del monte... ¡La vida es así, muy juguetona, muchacho!...

—Pero cuando el corazón le dice...

—¡Yo no conozco a nadie más embustero que el corazón! Enredista como comerciante en baratijas. ¡Uff! ¡El corazón! Hacele caso al corazón y te vas a romper el alma en cualquier poste; hacele caso al corazón y tomarás agua abombada teniendo cerca un manantial; hacele caso al corazón y te morís de hambre al lado de una majada , gorda y sin dueño...

—Pero en amor a mujeres, don Braulio, ¿quién mejor que el corazón pa enseñar el camino?

—¿Camino? ¿pa dónde?

—Pa la dicha, pues...

—Pa la dicha o pa la desdicha, lo mesmo es, sólo se diferencia en unas letras... Hay caminos en los pueblos, que sirven pa dir a todas partes. Por el mesmo camino te yevan a la iglesia o al cepo; por el mesmo te arrastra un jues o una chirusa; por el mesmo podés dir a la gloria o al camposanto... Es cuestión de saber dónde has de pegar la güelta, hasta qué lao se ha de seguir sin doblar...

—Ahí'tá... Si uno sabe pa donde debe enderesar, por cual senda se ha de salir del camino, la cosa queda arreglada y sin peligro de errar...

—Eso sí...

—Y eso es, don Braulio, lo que yo tengo determinao hacer con la Ermelinda.

—¿Determinao, decís?

—Claro... De-ter-mi-nao...

—Pa llevarla enancada por tu vida, che ¿ya has apretao bien la cincha, sabés si el animal va a responder, va a poder con los dos?...

—Creo..

—Y pa el último caso, si te quedás sin caballo, ¿sabés si podés vos mesmo alsarla a tu mujer en brazos sin miedo, sin cansancio y sin asco, pa seguir andando?

—Si.

—Estás seguro de no dejarla, con la disculpa de que tome sombra hasta que refresque, bajo cualquier arbolito del camino?...

—Bah, don Braulio, usté...

—Yo sé lo que pregunto, en cambio vos no sabés lo que me respondés ni lo que me preguntás, por que si lo supieras, ¡a qué te me ibas a venir a pedir consejos, a mí, que ni me va ni me viene, ni llevo un real en la partida! Algo te ha de hacer dudar...

—Nada, don Braulio, nada...

—Porque el hombre pide consejos cuando no los necesita o cuando siente que no está bien afirmao con los dos pieses en los estribos. Lo sé por esperencia... Y al fin, si vos estás conforme y determinao, hacé la prueba.

Así lo vi hacer. El corazón, aunque usté no lo crea, siempre me sabe decir cosas buenas...

—¡M'hijo! ¡Qué querés que te diga! Hacé la prueba. Puede que tu corazón no te resulte un bolichero embaucador como fué siempre el mío. Al darte el güelto hacé sonar los reales sobre una piedra. ¡Probá! Y Dios quiera que no te meta, al verte engolosinao por el amor, algunas latas... Probá. ¡La vida es tan juguetona, muchacho!...

Don Braulio tomó con sus dedos cortos y retorcidos una brasa en la hornalla y dió fuego a un pucho olvidado entre los labios, frío y húmedo. La cocina habíase llenado de sombras. Sólo eran manchas de un rojo espolvoreado con ceniza, los carbones que asomaban alrededor de la "pava". Dos dedos de agua dentro de la calderita comenzaron a hacer un ruidito de gárgaras...

El muchacho se fué, cruzó el patio, perdióse en lo gris del obscurecer con el recuerdo de su Ermelinda en los ojos. Y el viejo, allí estuvo, buscando hacia adentro antiguos recuerdos que, como las brasas, sólo eran manchas de color rojo en la negrura de lo pasado.

ÍNDICE

	Pág.
MANGANGA	7
"NO TE AFLIJAS"...	17
LA FEA	21
EL ESTERICAO	35
¡CAVAR UN HOYO!	49
¡PERO VÉ...!	55
¡COMO UNA SONSA!	63
TRETAS DE ENTERRADORES	69
Y SI ENCONTRARA...	75
BORDAME UN CLAVELITO COLORAO	83
MARICARMEN	87
LA BOTICA DEL PUEBLO	105
¡HE VENIO EN COCHE!...	135
LOS BESOS QUE DIÓ CANDIDO	139
¡QUÉ VA A VOLVER...!	145
NOCHEBUENA EN CAMPO POBRE	151
VELORIO	159
¡LA VIDA ES TAN JUGUETONA!	163

Esta segunda edición de "Mangangá" se terminó de imprimir el día 15 de diciembre de 1953, en los talleres gráficos de la Librería y Editorial "Castellví" S.A. San Martín 2355/59 — Santa Fe (Rep. Argentina)